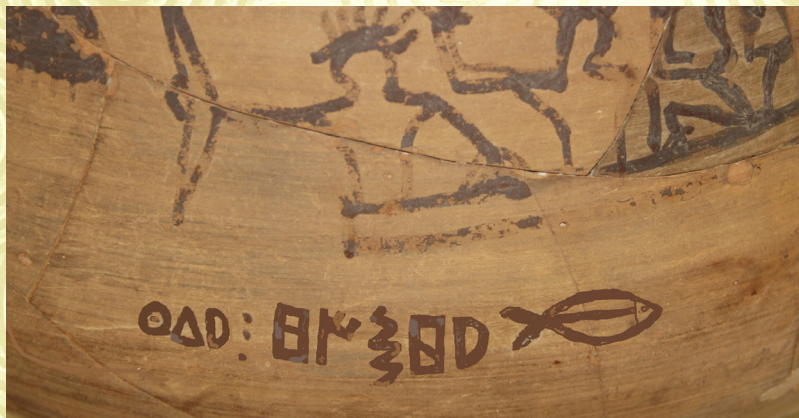


BANCO DE DATOS
HESPERIA
DE LENGUAS PALEOHISPÁNICAS
(BDHESP)

IV. ESTUDIOS Y SUPLEMENTOS

I. VASCO E IBÉRICO

Gerhard Bähr



Edición a cargo de **Joaquín Gorrochategui**
con la colaboración de **José M^a Vallejo** y **Carlos García Castillero**

2016

eman ta zabal zazu



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea



EUSKALTZAINDIA
REAL ACADEMIA DE LA LENGUA VASCA
ACADEMIE DE LA LANGUE BASQUE

BANCO DE DATOS HESPERIA DE LENGUAS PALEOHISPÁNICAS
(BDHESP)

IV
ESTUDIOS Y SUPLEMENTOS
I. VASCO E IBÉRICO

Gerhard Bähr

Edición a cargo de **Joaquín Gorrochategui**
con la colaboración de **José M^a Vallejo** y **Carlos García Castellero**

eman ta zabal zazu

Universidad
del País Vasco Euskal Herriko
Unibertsitatea


EUSKALTZAINDIA
REAL ACADEMIA DE LA LENGUA VASCA
ACADÉMIE DE LA LANGUE BASQUE

2016

**BANCO DE DATOS HESPERIA DE LENGUAS PALEOHISPÁNICAS
(BDHESP)**

Editor general: Joaquín Gorrochategui
Consejo Editorial: Francisco Beltrán (U. Zaragoza), Javier de Hoz (UCM),
Eugenio Luján (UCM), Javier Velaza (U. Barcelona)
Responsable técnico del Banco de Datos: Eduardo Orduña

CIP. Biblioteca Universitaria

Bähr, Gerhard

Estudios y suplementos. I, Vasco e ibérico [Recurso electrónico]: Banco de Datos Hesperia de lenguas paleohispánicas (BDHESP) IV /Gerhard Bähr; edición a cargo de Joaquín Gorrochategui ; con la colaboración de José M^a Vallejo y Carlos García Castellero. – Datos. - Bilbao : Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea, Argitalpen Zerbitzua = Servicio Editorial, 2016. - 1 recurso en línea: PDF (136 p.)

En port.: Euskaltzaindia/Real Academia de la Lengua Vasca.

Dentro del plan general de publicación del Banco de Datos Hesperia, la sección IV está dedicada a la publicación de Estudios particulares y Suplementos, estando la sección I dedicada a la Epigrafía, la sección II a la Numismática y la sección III a la Onomástica indígenas.

Modo de acceso: World Wide Web.

ISBN: 978-84-9082-449-8

1. Euskara (Lengua). 2. Ibérico (Lengua) I. Gorrochategui Churruca, Joaquín, ed. II. Vallejo, José M^a, colab. III. García Castellero, Carlos, colab. IV. Real Academia de la Lengua Vasca. V.Tít.: Banco de Datos Hesperia de lenguas paleohispánicas.

809.169

809.160.4

Dentro del plan general de publicación del Banco de Datos Hesperia, la sección IV está dedicada a la publicación de Estudios particulares y Suplementos, estando la sección I dedicada a la Epigrafía, la sección II a la Numismática y la sección III a la Onomástica indígenas.

Trabajo finalizado en el marco del proyecto de investigación de MINECO FFI2012-36069-C03-01, del grupo de investigación consolidado del Gobierno Vasco (IT698-13) y de la Unidad de Formación e Investigación de la UPV/EHU (UFI 11/14).

Cubierta: Detalle de un gran vaso pintado de Lliria (Valencia). Museu de Prehistòria de València.

Fotografía actual (Azanzazu López Fernández, Hesperia) con la inscripción repintada según una fotografía de 1954, en la que aún se percibían los contornos de todas las letras.

© Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua

© Euskaltzaindia/Real Academia de la Lengua Vasca

ISBN: 978-84-9082-449-8

ÍNDICE DE MATERIAS

PRESENTACIÓN	7
Cartas de Bähr a Julio de Urquijo	13
ABREVIATURAS	19
BIBLIOGRAFÍA	20
VASCO E IBÉRICO	
Prólogo del editor (K. Bouda)	27
I.- Introducción	29
Anotaciones históricas y arqueológicas	33
Prehistoria, arqueología, etnografía	37
II.- El vasco	
Sus características	43
El sistema fonético del vasco	46
Evolución histórica de los sonidos	48
III.- Los vascones y sus vecinos en la antigüedad	
Vasco y celta	53
Vasco y aquitano	60
IV.- El ibérico	
Los sistemas de escritura ibéricos	67
La escritura ibérica septentrional	60
Sistemas de escritura ibéricos meridionales	69
Signos gráficos de la zona de Cástulo-Iliturgis-Urci-Illiberris	80
La lengua ibérica	81
I. Inscripciones celtas tenidas por ibéricas	82
II. Inscripciones propiamente ibéricas	84
A). El plomo de Alcoy	84
B). Las inscripciones de los vasos de Liria	97
C). El plomo de Castellón de la Plana	92
D). Inscripciones más breves	102
E, F). Las inscripciones de Albacete y Mogente	105
III. Inscripciones celtibéricas	110
La inscripción de Luzaga	113
IV. Los antropónimos del diploma de Ascoli (<i>Turma Salluitana</i>)	121
V.- El parentesco lingüístico	129



Gerard Bähr, Legazpia 1900 – Berlín 1945

PRESENTACIÓN.

La traducción castellana de la tesis doctoral de Gerhard Bähr, 75 años después de su redacción y más de 65 años después de la publicación de la versión original alemana, sirve de la mejor manera posible a la difusión del pensamiento académico del estudioso legazpiarra, compensando tardíamente los infortunios que la edición y difusión de la obra sufrieron por las trágicas circunstancias que acompañaron los últimos años de la vida de su autor.

Gerhard Bähr había nacido en Legazpia en 1900 en el seno de una familia alemana, cuyo padre era el ingeniero encargado de unas minas localizadas en las estribaciones de la Sierra de Aitzgorri. Su educación fue básicamente alemana, ya que contó con profesores alemanes particulares hasta la edad de doce años, en que fue enviado a Alemania para los estudios de bachillerato. Su conocimiento del castellano era, sin embargo, perfecto como puede apreciarse por la amplia correspondencia conservada; en cuanto al vascuence, fue una lengua presente en su niñez, cuyo conocimiento profundizó en su juventud, a la vuelta a Legazpia después de finalizados sus años de bachillerato.

La sólida formación clásica y humanista adquirida en Alemania, su natural facilidad para el aprendizaje de las lenguas y su profundo interés por la lengua vasca le valieron la estima de D. Resurrección M^a de Azkue, presidente de la Real Academia de la Lengua Vasca o Euskaltzaindia y máximo conocedor de la lengua en aquellos momentos, que vio en él a la persona idónea para llevar adelante investigaciones lingüísticas con el rigor necesario. La academia le encargó la recopilación del material y estudio de las formas dialectales del verbo guipuzcoano, dentro del gran proyecto de la encuesta dialectal denominada Triple Cuestionario, trabajo que llevó adelante con la precisión que se le exigía. Durante los años sucesivos publicará en Euskera, órgano de Euskaltzaindia, o en RIEV, la revista fundada por Julio de Urquijo a quien le unirá también una profunda amistad, diversos artículos que versarán sobre aspectos relacionados con el verbo vasco, a los que añadirá estudios etimológicos sobre diferentes campos semánticos. En el año 1921 Bähr se vuelve a Alemania a iniciar sus estudios universitarios (Química y Lenguas), que terminará en 1927-28, aunque aprovechará las vacaciones estivales para hacer una visita a sus padres y proseguir sus estudios sobre el vascuence. Tras la muerte de su padre en San Sebastián en 1926, la familia entera abandona el País Vasco y Gerhard, aunque ligado a los asuntos académicos gracias a su condición de correspondiente de Euskaltzaindia y las insistencias de Azkue, irá espaciando progresivamente sus visitas, tanto por razones personales como por las inestables situaciones políticas que experimentarán España primero y Alemania después.

Por la correspondencia que mantuvo con Julio de Urquijo sabemos que ya para el año 36 estaba interesado en el estudio de los textos ibéricos, porque le cuenta que Schulten le propuso la publicación conjunta de plomo de Alcoy. Pasan tres largos años (los de la guerra civil española) hasta que en otra carta del 1 de junio del 39 le dice “yo estoy ocupado en la cuestión ibérica tantas veces tratada por nuestro Schuchardt. Sin embargo, las lecturas en que

se basaba eran defectuosas, pues las de Gómez Moreno marcan un progreso muy importante”. Veinte días más tarde le escribe una larga carta, prácticamente por entero dedicada a la cuestión vasco-ibérica, en la que le resume a su amigo con claridad su posición y la de los demás estudiosos contemporáneos. Al año siguiente, en concreto el 1 de marzo, presenta la tesis en la universidad de Gotinga, obteniendo así el título de Doctor. Los últimos cinco años de la vida G. Bähr estarán marcados enteramente por la guerra mundial, ya que desde el principio es movilizado y participará en varias campañas en labores de traducción e interpretación. En marzo del año 40, desde su puesto en el ejército alemán, le vuelve a escribir a Julio de Urquijo otra carta en la que le repite a grandes rasgos los resultados conseguidos en su tesis, aunque en esta ocasión se aprecia ya una preocupación por lo dificultoso de la publicación. A pesar de las circunstancias de la guerra, siempre adversas para el trabajo intelectual, Bähr sigue interesado en la cuestión vasco-ibérica y ávido de todo tipo de nueva información que pueda venir de España, como sabemos por otras dos cartas del año 42, enviadas desde Berlín. Las cosas empiezan a torcerse para los alemanes. Bähr es enviado al frente ruso, donde pasa veintidós meses como intérprete y enlace de la División Azul española, aprovechando el tiempo no solo en seguir cultivando su conocimiento del vascuence con voluntarios vascos de esa división —aunque por su juventud y poca instrucción no le sean de gran ayuda en sus pesquisas lingüísticas—, sino perfeccionando también su ruso e iniciándose en el aprendizaje del estonio, además de estar dos meses convaleciente a causa de una herida por metralla en su espalda. Como las desgracias no vienen solas, en el bombardeo de Hannover por las fuerzas aliadas perdió su casa y como le escribe a D. Julio “y, lo que más siento, mi biblioteca. ¡No me queda ya un solo libro vasco! Vd se figura lo grave que es esa pérdida para mí”. No tenía por qué extenderse en lamentaciones para transmitirle a su amigo, uno de los bibliófilos más insignes del momento, la desolación que sentía por la pérdida de sus libros. No conocemos los detalles de la muerte de Bähr; fue visto en Berlín por última vez antes de la toma de la ciudad por las fuerzas rusas.

Afortunadamente la esposa de Bähr pudo salvar el manuscrito de la tesis, que entregó a K. Bouda, amigo de Bähr y a la sazón catedrático en Erlangen, con el ruego de que lo publicara. Al final pudo ver la luz en las páginas de la revista *Eusko Jakintza* de Bayona, por entregas en el año 1947 y en forma de libro en 1948. Pero por un lado era ya demasiado tarde, porque su aportación a la justificación del desciframiento de Gómez Moreno, es decir la parte del libro que trata sobre las escrituras, aparecía después de los trabajos de J. Vallejo (1943) y J. Caro Baroja (1946) sobre el tema, y por otro lado el hecho de que se publicara en alemán y además en una revista vasca de Francia —sospechosa de nacionalista por el régimen franquista— limitaba enormemente su difusión en España, donde podían servir sus aportaciones metodológicas para la comparación del vascuence con otras lenguas, en especial la ibérica, así como sus sugerencias sobre cuestiones de detalle en la interpretación de los textos ibéricos, p. ej. el plomo de Alcoy. Además es curioso que el editor Bouda aproveche una de las conclusiones más sólidas del estudio de Bähr, la imposibilidad de probar el parentesco vasco-ibérico, para arrimarla a su hipótesis de parentesco vasco-caucásico. A pesar de las afirmaciones tan rotundas de Bouda en el prólogo al libro acerca de la bondad del

parentesco vasco-caucásico, parece que el tiempo le ha dado la razón a Bähr en su postura escéptica y crítica a toda comparación que no tenga en cuenta la historia de los sonidos y los morfemas bien asentados en vascuence.

La tesis doctoral de Bähr supuso en su tiempo un avance considerable en varios aspectos relacionados con las lenguas y las escrituras prerromanas de Hispania. En el apartado básico de las escrituras, aceptando el desciframiento de Gómez Moreno —cuyo núcleo ya había intuido independientemente, según le relata a J. de Urquijo—, procede a un estudio sistemático y justificativo de las lecturas en escritura levantina o ‘iberische Nordschrift’, como él la llama, proponiendo un origen fenicio al sistema, así como los pasos de la adaptación. Otra conclusión segura y perdurable de su trabajo es la nítida separación entre textos ibéricos y textos celtibéricos que se obtiene de la lectura de los documentos redactados en escritura indígena, tan evidente para Bähr que se asombra de que Gómez Moreno no la expusiera con la claridad debida. Esta división se volvió clásica en los trabajos siguientes de A. Tovar o de J. Untermann y viene expresada gráficamente por los mapas de distribución de los topónimos en *-ili* y en *-briga* en la península ibérica, como representantes de los territorios de habla ibérica y céltica respectivamente.

La conclusión básica de su estudio tiene que ver, sin embargo, con aspectos relacionados con la comparación lingüística del vascuence con el ibérico, es decir con la revisión de la hipótesis de Schuchardt, que queda definitivamente arrumbada a la luz de los nuevos datos y exigencias. A pesar de que las inscripciones ibéricas conocidas fueran poco numerosas —de ahí el gran valor que concedía a cada nuevo hallazgo, según se desprende de la correspondencia con J. de Urquijo—, había textos lo suficientemente largos y explícitos, como el plomo de Alcoy, que deberían recibir una luz explicativa a partir de la lengua vasca, si ambas lenguas estuvieran emparentadas. La falta de resultados en la interpretación de los textos ibéricos era la mejor prueba de la falta de relación, al menos empíricamente constatable, entre ambas lenguas. Por otro lado, su trabajo es un perfecto modelo de cuáles son las exigencias mínimas que debe cumplir la comparación para ser congruente con lo que sabemos de la prehistoria de la lengua vasca. Así, p. ej., no se puede emparejar sin más la secuencia *ildu* de Alcoy con el verbo vasco *ildu* ‘él lo ha matado’, ya que la forma vasca de los dialectos orientales, *hil* con aspiración, es más arcaica y, por otro lado, el auxiliar *du* debe tener su origen en **dedu* o **dadu*. En este sentido, tiene en cuenta circunstancias que eran pasadas por alto —y lo han sido después hasta nuestros días— por la mayoría de los que se dedicaban a la comparación vasco-ibérica: el conjunto de los sonidos más antiguos de la lengua, con especial atención a la presencia de aspiración /h/ que consideraba como uno de los rasgos significativos del vasco antiguo y del protovasco; la estructura de los morfemas, tanto ibéricos como vascos, y en especial la secuencia de los morfemas verbales; nítida separación de lo que es léxico patrimonial del abundante léxico incorporado por la lengua vasca de las lenguas circundantes, en especial el latín y sus descendientes románicos. Es de suponer que la lectura de esta obra de Bähr por algunos defensores de buena fe del vasco-iberismo les hubiera alertado sobre los peligros de las similitudes superficiales, aunque para otros no hubiera supuesto la más mínima llamada a la reflexión. ¡Qué atinadas parecen aún las líneas dedicadas

por Bähr al plomo de Alcoy y cuán alejadas de los desvaríos filológicos, etimológicos e históricos de J. L. Román del Cerro, profesor de la universidad de Alicante que en 1990 dedicó un estudio a la misma inscripción!

La tesis de Bähr también tiene sus puntos flojos y, curiosamente, se centran en los aspectos prehistóricos y etnológicos relacionados con el tema. No queda nada claro en su libro el estatus del aquitano, cuya vinculación con el vasco le parece estrecha, aunque por otro lado la concibe como lengua con relaciones con el ibérico y mezclada con lo galo. Es curioso que llegue a la conclusión de que la lengua vasca en la vertiente septentrional de los Pirineos se deba a una incursión de vascones hispanos en la Edad Media, después de la total romanización de la zona y desaparición del aquitano; las pruebas aportadas son inconsistentes. Para Bähr el vascuence era la lengua de los vascones, tal como vienen descritos por los autores clásicos, de modo que su presencia histórica en los territorios no estrictamente ‘vascónicos’ (tanto Aquitania como el País Vasco) era consecuencia de invasiones, tempranas en el caso del País Vasco y Rioja, como consecuencia de la presión ibérica procedente del Mediterráneo, y medievales en el caso vasco-francés. Pero esa equiparación exclusiva entre vascones y lengua vasca no es más que un supuesto, o un prejuicio, que en su época no contaba con ninguna prueba empírica. Ya Gómez Moreno se había dado cuenta de que no solo en las provincias vascongadas, sino también en Navarra, faltaban indicios claros de vasquismo, mientras que se apreciaban elementos célticos al oeste e ibéricos al este. Bähr no se siente en la necesidad de justificar el vasquismo de los vascones, sino que lo da por supuesto, como toda la tradición anterior, y recurre al movimiento de pueblos para explicar los procesos de aculturación, la ibérica de todo el valle del Ebro y la vasca de las actuales provincias vascongadas.

Sobre esta edición

Para finalizar esta presentación, quiero referirme a algunos aspectos de esta edición.

El germen de este libro se halla en una idea que surgió en el ámbito de Euskaltzaindia, Real Academia de la Lengua Vasca, hacia 1995, con ocasión del 50 aniversario de la muerte de G. Bähr. Pareció interesante que, al calor de los actos del aniversario (Euskaltzaindia 1995), se ofreciera una versión vasca, o al menos española, de la tesis de Bähr, teniendo en cuenta el considerable valor historiográfico y hasta de contenido y método que aún conservaba la obra. Poco tiempo después mi colega Patxi Goenaga me suministró una primera versión española del texto, realizada por Ana Iparragirre, con el encargo de revisar la traducción, en especial aquellos aspectos más técnicos que tenían que ver con la nomenclatura específica, como son los nombres de pueblos o las transcripciones de las leyendas ibéricas. La lectura de la traducción me hizo ver que la noción de ‘término técnico’ abarcaba disciplinas muy amplias, de modo que la precisión de términos y la corrección de pasajes se multiplicó enormemente. Para el año 2001 ya tenía una versión mejorada del texto, que había que completar con la introducción de las leyendas ibéricas y transcripciones manuscritas del autor. Redacté también en aquellas fechas buena parte de esta presentación. Pero al mismo tiempo

surgieron dificultades para una pronta publicación y el proyecto fue quedando relegado a la espera de mejores tiempos. Solamente con el nuevo impulso que ha supuesto el proyecto Hesperia de la Base de Datos de Lenguas y Epigrafías Paleohispánicas he visto la oportunidad de publicar la obra como un volumen de sus Suplementos, en versión digital.

Con respecto a la versión que aquí se ofrece, quiero señalar que independientemente de las dificultades de toda traducción técnica, había en este caso, además, una dificultad añadida procedente de las imprecisiones y erratas del propio original alemán. En más de una ocasión se aprecian erratas puras y simples en el texto alemán, que solventé cuando no habían sido ya detectadas en la traducción de base; aun así, quedan en ocasiones pasajes algo oscuros que dependen de la interpretación dada a abreviaturas del original. Más dificultad presentan las erratas en las leyendas indígenas, porque aquí solo en los casos claros podemos concluir que se trata de una errata (p. ej. *calariqos*, por la leyenda monetaria *calagoriqos*, ya que viene citada bien en otras ocasiones). En todos estos casos he señalado en notas los problemas planteados y la solución adoptada.

En el caso de los textos en escrituras indígenas, he preferido ofrecer la versión manuscrita de Bähr (en el supuesto de que sea de Bähr y no de Bouda) antes que componer el texto con medios modernos, ya que este proceder implicaba en la mayoría de los casos una interpretación y, por otro lado, una falta de adecuación a la forma paleográfica de los signos, cuestión que tiene importancia vital en más de un pasaje de la obra. De todos modos, los medios modernos han sido de gran utilidad para escanear los signos y formar archivos informáticos que luego han sido incluidos en el texto. He decidido seguir el mismo procedimiento con los mapas de la obra; dado que están superados en muchos aspectos hoy día, al menos les queda la fidelidad total a la versión del autor. Espero que los étnicos y otros nombres de estos mapas, aunque estén en alemán, sean comprensibles a todos los lectores; solo he traducido las leyendas explicativas externas.

También me ha parecido necesario confeccionar un listado de las abreviaturas empleadas en la obra, que no venía en la versión original. Cualquier especialista sobre asuntos hispanos adivinaría que Hü. es la abreviatura de Hübner, el nombre del editor de las inscripciones latinas de Hispania (CIL II) y de las prerromanas (*Monumenta Linguae Ibericae*), pero ya le sería mucho más difícil saber que Do. está por Dottin, autor de un estudio fundamental sobre la lengua gala. Por otro lado, Bähr hace mención en múltiples ocasiones a bibliografía cuyas referencias son inexistentes o muy imprecisas, y al tratarse en todos los casos de bibliografía antigua, resultaba difícilmente accesible para los lectores actuales. He confeccionado una lista de bibliografía completa, que recoge no solamente las citas y menciones del autor, sino todas aquellas usadas en el libro, tanto en esta presentación como en las notas de editor. En este sentido he unificado el modo de citación a estándares modernos.

Me ha parecido también oportuno dar a conocer como anexo a esta edición el contenido de cuatro cartas dirigidas por G. Bähr a Julio de Urquijo, que tratan concretamente sobre aspectos de su tesis, a fin de que se comprueben directamente tanto la precisión y justeza en el uso del castellano por parte de Bähr, como las circunstancias vitales que

acompañaron su investigación. Cuando hice la primera preparación de este libro aún no estaba editada la correspondencia epistolar de Gerhard Bähr con D. Julio de Urquijo. Ahora el lector puede consultarla en Jauregi (2005).

Quiero agradecer, por último, la ayuda dispensada por varios colaboradores, empezando por la del entonces estudiante Julen Manterola, que señaló los lugares para las leyendas indígenas en la traducción. Han sido sustanciales la de José M^a Vallejo, que se ha encargado del escaneado de todos los signos, gráficos y mapas, de la introducción de las leyendas y de la corrección final de pruebas, y la de Carlos García Castillero con quien he revisado minuciosamente la traducción, cambiándola y mejorándola en numerosos pasajes, y decidido la interpretación de algunos puntos oscuros. Agradezco a la Institución Sancho el Sabio de Vitoria por el escaneo de los mapas y algunas ilustraciones obtenidos de un ejemplar conservado en sus fondos, así como a Euskaltzaindia por haber puesto a mi disposición el primer borrador de la traducción.

Joaquín Gorrochategui

Vitoria-Gasteiz a 22 de mayo de 2015

Anexos: Cartas de Gerhard Bähr a Julio de Urquijo¹.

1. Hannover, 20 de junio de 1939.

(...)

Como no le he dado antes razón de mi<s> estudios le sorprenderá el saber que llevo muy adelantado un trabajo sobre la lengua ibérica y la cuestión vasco-ibérica. Hice primero un estudio sobre la inscripción de Alcoy. Luego a instancias de un catedrático de Göttingen amplí el estudio proponiéndome redactar una tesis doctoral sobre el asunto. Es un problema sumamente atrayente pero complicado y que requiere mucho tiempo. Y en esto consisten mis dificultades, pues estoy metido en tantas cosas que no tengo aun terminado lo que pensaba concluir el año pasado. Anticipando mis resultados le diré que en mi opinión no es posible dar solución definitiva al problema porque los documentos que quedan del ibérico son tan escasos que no permiten traducirlos ni mucho menos el hacerse una idea de la estructura de la lengua o el compararla con otras. Pero lo que resulta es que un parentesco con el vascuence —aunque no es completamente imposible— parece poco probable.

Es cierto que desde la publicación de la “Iberische Deklination” hace treinta años ha habido progreso notable, pues desde entonces se encontraron la inscripción de Alcoy, las inscripciones en vasija ibérica de San Miguel, Liria, etc. cerca de Valencia, y por último el curioso plomo de Mogente que yo me encargo de publicar y explicar en lo posible (pues Pericot en su “Historia de España” no da más que una fotografía). Recordará Vd. que Schuchardt se mostró un poco desilusionado con el plomo de Alcoy, el cual no parecía justificar sus teorías de la Iber. Dekl., y él mismo sólo se atrevió a decir que no era ‘imposible’ que se tratara de un idioma emparentado con el vascuence. Pero si realmente la declinación ibérica y vasca fueran más o menos idénticas, debería ser posible descifrar el plomo de Alcoy mediante el vascuence, y eso precisamente no resulta. Ahora bien, lo que cambia mas facilmente son las desinencias, y no los vocablos mismos, hay pues una contradiccion que parece indicar que las bases no están bien puestas. Creo yo que en esto tiene razón Gómez Moreno y que en general su punto de vista es correcto en cuanto al ibero. Pero al contrario de lo que el suponía en la Rev. Fil. Esp. (1922, 345 ..), cuando Schuchardt dijo de el (RIEV 1923, 514) que “se confiesa solo vergonzante e indirectamente partidario del Anti-iberismo”,

¹ Los textos ofrecidos son fiel copia de los mecanografiados originales de Bähr. Los acentos y el diacrítico de la ñ fueron añadidos a mano. He señalado los errores mecánicos, falta o exceso de letra, mediante corchetes adecuados. He tratado los añadidos a mano como si fuera texto normal y no he recogido texto tachado conscientemente por el autor. No he usado letra cursiva sino que he preferido mantener el modo del autor para resaltar elementos, ya que frecuentemente lo hace de sílabas y no de vocablos enteros.

más tarde G-M se ha convertido al Iberismo del Vascuence, y eso precisamente me parece hoy menos probable que antes. Lo que no parece agradable en G-M es el tono poco simpático en que se explica sobre Schuchardt en su artículo de 1922. También tiene Vd. razón al sospechar que sus conocimientos del vascuence son escasos. Pue<s> ni Gortazar se puede comparar con el ibérico (o celta) Gurtarno, ni Berástegui con Bilustibas, ni probablemente tampoco Arana con Arranes ni arren 'cojo' (mas bien erren) con Arranes, ni ume (de *hume, *khume) con umar-. (Hom. a Men.-Pid. t. III p. 491, 1925). El único ejemplo sugestivo sería tan solo zuzen : Sosin-.

El progreso mas importante se ha hecho en el desciframiento del alfabeto, o mas bien de los alfabetos (pues hay por lo menos cuatro) ibéricos. Y esto es sobre todo mérito de G-M. Me sorprende que Hübner en su Monumenta Linguae Ibericae no haya hecho progreso sobre Delgado y que el mismo Schuchardt haya modificado la lectura de Hübner sólo en unos detalles. Al comenzar yo hace dos años de estudiar el alfabeto del Levante (escrito de izquierda a derecha), descubrí que el signo antes explicado por k era en realidad be, y la p en realidad bi. Entonces llegaron a mis manos por conducto de Schulten de Erlangen, que tiene interés en mis estudios, los artículos de G-M con su sistema completo de lectura. Creo yo que este es correcto en lo esencial, pues hay varias pruebas de que por brevedad no hago mención. Y hay aún más. Yo creo haber descubierto el sistema según el cual los iberos han adaptado el alfabeto fenicio, es decir tomando unas veces el valor de la primera letra del nombre del signo (según ocurre en fenicio y griego, alfa = a, beta = b), y en otros el valor de las d o s primeras letras del nombre fenicio. Así el signo ibérico derivado del aleph fenicio suena en ibero = a, pero el beth, tiene valor de be (en ibero), el gimel es = gi o ki, pues en el alfabeto ibérico no se distinguen las sordas y las sonoras, y faltan las aspiradas. Así el thet vale te o de, el qof = ko, go, el taw = ta, da. No tengo yo la mas mínima duda de que esta explicación es correcta, pues quedan justificadas la lecturas por los nombres propio<s> ibéricos transmitidos por los escritores de la antigüedad y tambien en parte por el plomo de Alcoy redactado según le consta, en alfabeto griego. Es natural que los iberos han tenido [que] inventar una serie de signos ad hoc, como para bu, ku, ti, porque [en] fenicio no existían nombres de letras que comenzaban con las dos letras correspondientes. Esto todo esta muy claro, las dificultades solo comienzan cuando el sistema de escribir de los iberos creado en conformidad al sistema fonético de la lengua ibérica, se ha aplicado a idiomas diferentes como el celta y el celtiberico. Este es el caso de la inscripción de Lúzaga (Hübner, XXXV) y otras mas breves, que a todas las luces difieren lingüísticamente de las de la costa de levante (como Castellon de la Plana, Hübner XXII, Alcoy y Mogente que constituyen el verdadero patrimonio del ibérico). Los documentos del interior de la península, aunque esten redactados en caracteres ibéricos, no pertenecen a esta lengua, sino a otra, en que se divisa un elemento celta innegable (según tengo explicado en detalle en mi estudio), y tal vez esa lengua resultaria ser la celta misma (o una lengua mixta en que p<r>pondera el elemento indogermánico), pero como el sistema del alfabeto ibérico, muy mal aplicable a las lenguas arias, no nos permite por ahora aclarar mas el problema, basta haber establecido que el verdadero ibérico solo ocupaba el este de la

península y probablemente no llegaba al menos en su forma pura a la meseta. Todo esto concuerda con lo que dice —es verdad sin probarlo— Gómez Moreno.

En la Andalucía hay al menos tres sistemas de alfabeto distintos pero todos ellos de derecha a izquierda (con ciertas excepciones). Aunque G-M se muestre muy escéptico en cuanto a los ensayos de desciframiento ha habido ciertos descubrimientos. El de Asido (cerca de Gibraltar) es un alfabeto libio puro representando solamente las consonantes, según descubrió Zyhlarz en Hamburgo. El mismo Z. me escribe que sospecha ser del tipo libio-fenicio también el alfabeto de Obulco en la Andalucía central representando tan solo las consonantes y a veces también las vocales de las sílabas acentuadas. El tercero usado al Norte de Alicante es el del plomo de Mogente, y según mi lectura es parecido al ibérico del norte, es decir representando letras separadas (consonantes y vocales) y sílabas (del tipo consonante + vocal), según he explicado más arriba. Este último sólo parece dar textos ibéricos, mientras que los otros se usaban para otros idiomas, probablemente semíticos. La otra zona de la península, la del noroeste (Galicia y norte del Portugal) no tiene alfabeto propio sino se vale del latino según resulta de las inscripciones de Lama de Moledo (Hübner LVII) y otras. Aunque desde hace muchos años se había sospechado que el idioma era celta, la prueba ha sido dada hace pocos años tan sólo por su compatriota C. Hernando Balmori (Sobre la inscripción Bilingüe de Lamas de Moledo, del Boletín “Emérita” Tomo III, 1º - 1935, Madrid, Calle de Quintana núm. 21). No hay duda de que las demás están también en un idioma muy afín al celta, y que no tienen que ver lo más mínimo con el ibero. Sin embargo Schuchardt las utiliza para establecer su sistema de la declinación ibérica.

La Iberische Deklination de Sch. esta basada en las inscripciones de la península entera y por lo tanto contiene una serie de citas y de ejemplos que hoy día deben descartarse. Lo que he hecho yo es pues examinar los datos de Schuchardt, de los cuales la mayoría no quedan en pie. Sin embargo, son innegables en ibero ciertos sufijos -k (-g), -n, -i que hacen recordar el plural, genetivo y dativo vascos. Pero por ahora no hay prueba ni sospecha siquiera —al contrario de lo que opinaba Sch.— de que los dichos sufijos tuvieran la misma función en ibero. Si esta semejanza es real y no coincidencia, todavía cabe explicarla por influencia mutua, pues los iberos y los vascos primitivos han vivido juntos durante muchos siglos. Pero hay otra semejanza, la de los sistemas fonéticos de ambas lenguas. Ambas carecen de grupos de consonantes como kr, pl, tr etc., tan abundantes en las lenguas arias, y también de la f y la r- inicial. Por otra parte el ibero carece de p que el vasco posee aunque no como letra inicial. Al revés el ibero abunda en t- y d- iniciales que no ocurren en voces genuinas del vasco (a parte de las flexiones verbales del tipo d----). Es pues innegable la semejanza del tipo fonético vasco y del ibero. Pero a pesar de ser bastante seguras las lecturas de esta última lengua no se descubren en los textos ningún vocablo vasco ni tampoco ninguna flexión o numeral u otro elemento característico de indudable autenticidad. Las semejanzas deben explicarse pues por la larga convivencia de los dos pueblos o por un parentesco muy lejano. La cuestión esta pues donde estuvo antes de Humboldt.

Ahora me doy cuenta de haberle dado casi un extracto de mi estudio y eso en forma confusa y embrollada. Pero como Vd. esta, por decir así, en el centro de los estudios de esta

índole, tal vez le haya interesado saber en que se fundan mis resultados. Mi estudio si llego a terminarlo abarcará un resumen del aspecto lingüístico de la península, los alfabetos ‘ibéricos’ y su derivación, y un examen de los textos estrictamente ibéricos mediante el vascuence y por fin una ‘mise au point’ de la Iber. Deklin. Ya puede Vd figurarse que trabajo enorme supone esta tarea, en las condiciones en que me encuentro actualmente.

(...)



2. Feldpost (Posta de campaña), 28 de marzo de 1940.

Muy señor mío:

Con el gusto de siempre he recibido su grata fecha el 13 de enero, en la cual Vd me da tan abundantes y agradables noticias de esa. Yo no he podido contestarle antes, como lo deseaba, pues estaba ocupadísimo con mi tesis, de que le escribí antes. En el mes de enero y en febrero aproveché de unas semanas de permisión que tenía a mi disposición, para terminar mi tesis que Vd. conoce, y el primer día de éste mes pasé el examen oral con la nota de “magna cum laude”. Si no me equivoco, esta es la segunda tesis que tiene como objeto la lengua vasca, pues la primera será la de León. Yo estoy muy satisfecho primero por el resultado extraordinario que he conseguido, y también por haber acabado casi de golpe y con un esfuerzo también extraordinario una tarea que me inquietaba desde hace algunos años. Ya sabrá Vd. que hace tres años redacté un estudio sobre el plomo de Alcoy y que después lo amplié de modo que al fin y al cabo mi tesis abarca todo el problema vasco-ibérico, según lo indica el título “Baskisch und Iberisch”. Mis conclusiones con respecto al problema principal no son definitivas ni pueden serlo, pues los materiales que nos quedan de la verdadera lengua ibérica, es decir la de la costa levantina, se prestan tan sólo a la identificación de un documento, pero no a la traducción y menos a la comparación con otras lenguas, como la vasca en este caso. Es decir que la comparación es cosa aventurada y que no da resultados definitivos. Yo creo que el problema tal como lo presenta Gómez Moreno en el Homenaje a Menéndez-Pidal esta bien visto, y varias veces me he servido de ese estudio como guía. Por otra parte parece que G.-M. que era antiiberista al principio (“er bekennt sich nur verschämt und indirekt zum Antiiberismus” según escribió Schuchardt) se convirtió cada vez más en iberista y que hoy cree en el parentesco estrecho entre el vasco y el ibérico. Yo creo haber probado que un parentesco directo y cercano es improbable y que las combinaciones tan sagaces de Schuchardt caen en su mayoría con las nuevas lecturas que son en lo esencial las de Gómez Moreno.

Schulten que estuvo en España el año pasado, no ha logrado por desgracia procurarme los centenares de inscripciones ibéricas que alguien pretendía haber excavado en vasos y fragmentos de ánforas. Así he tenido que limitarme a los documentos de antes y eso que cada inscripción nueva, aún la mas breve puede aportar aclaraciones preciosas. La única cosa nueva

que publico son el plomo de Mogente y las inscripciones de los vasos de plata de Albacete. Su alfabeto es el turdetano o ibérico del sur que Gómez Moreno juzga completamente oscuro pero que yo creo haber descifrado en parte. En cuanto al alfabeto ibérico propiamente dicho, el de la Citerior según Hübner, o el del norte según digo yo para mayor claridad, su desciframiento se debe a Gómez Moreno. Pero yo creo haber descubierto su derivación del fenicio y la idea que ha presidido a su transformación. También creo haber probado que las inscripciones encontradas en el centro de la Península, sobre todo la de Luzaga que es la más larga, son de tipo celta, de manera que los celtíberos, que habitaban esa comarca, eran lingüísticamente celtas en lo esencial y que no tienen traza de mezcla con el ibérico.

No voy a entrar en los detalles de mi tesis, pues observo que ya estas pocas alusiones que le comunico son confusas y que carecen de claridad. Mi tesis aunque terminada en todos los puntos esenciales, no está todavía preparada para la impresión, y probablemente yo no podré hacerlo sino cuando la guerra haya terminado, pues no dispongo del tiempo necesario. La impresión será probablemente bastante costosa, pero creo que se han conservado los tipos ibéricos empleados para la impresión de la magnífica obra de Hübner “*Monumenta Linguae Ibericae*”. Así espero no será preciso encargar tipos especiales. No necesito decirle que cuando termine la impresión, le mandaré a Vd uno de los primeros ejemplares.

(...)



3. Berlín, 8 de febrero de 1942.

(...)

Si Vd quisiera corresponderme con un favor, le agradecería mucho el envío de un tomo de la revista “*Ampurias*”. Schulten quien continuó el año pasado sus investigaciones arqueológicas en España, me ha participado que el segundo tomo de dicha Revista (creo que es el que corresponde al año 1939) contiene el número de inscripciones ibéricas inéditas. Bien puede Vd figurarse cuánto celebraría yo el conocer más inscripciones dada su escasez y la poca confianza que merecen las transcripciones antiguas incluso las de Hübner. Estoy seguro de que mi tesis ganaría mucho con cada uno de los documentos aún inéditos.

Un tal Cabrera o Cabré en Madrid (Ventura Rodríguez 2) también posee cierto número de inscripciones ibéricas según afirma el mismo Schulten, el cual por desgracia no pudo proporcionármelas. En estas circunstancias no me quejo de que mi tesis no pudo ser impresa ni podrá serlo antes que termine la guerra actual, porque con los materiales existentes en ésa podría completarla y tal vez hasta llevar mucho más adelante el problema.

(...)



4. Berlín, 10 de mayo de 1942.

(...)

En la revista *Ampurias* encontré muchos datos interesantes y en particular una breve inscripción ibérica cuya interpretación me dió por lo menos la comprobación de un sufijo que había encontrado antes en varias lápidas sepulcrales. El artículo de Schulten sobre los tirsenos en España lo conocía ya, es interesante, pero parece que aquí no están convencidos de su tesis. Mucho me llamó la atención la nota 2 de la página 175 en que se dice que un tal Pío Beltrán acepta la lectura del alfabeto ibérico (propuesta por Gómez Moreno), justificándola que es precisamente lo que yo hice en mi disertación. Schulten, en cambio, sigue ateniéndose a Hübner-Delgado, la cual es a todas las luces anticuada. En la página 207 se habla igualmente de “la más trascendental aportación de Gómez Moreno”. De todo ello deduzco que la cuestión está discutiéndose en esa y que están haciendo progresos, y siento mucho no poder hacer imprimir en estos momentos mi propia aportación.

(...)



Familia Bähr en Udana, Legazpia (Foto: Auñamendi)

ABREVIATURAS

- AMSEA = Actas y Memorias. Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria. Madrid.
- BRAH = Boletín de la Real Academia de la Historia. Madrid.
- CIL = *Corpus Inscriptionum Latinarum*; t. II: *Hispania*, ed. por E. Hübner, Berlín 1869.
- Do. = Dottin, G., *La langue gauloise*, París 1920.
- Eph. Ep. = Ephemeris Epigraphica. Berlín.
- GM = Gómez Moreno.
- Griech. Inschriften = Collitz, H. & Fr. Bechtel (eds.), *Sammlung der griechischen Dialekt-Inschriften*, Göttingen 1884-1915.
- Ho. = Holder, A., *Alt-celtischer Sprachschatz*, Graz 1896-1907 (reedición en 1961-62).
- Hom. = Gómez Moreno, M., “Sobre los iberos: el bronce de Ascoli”, *Homenaje a don R. Menéndez Pidal*, t. III, p. 475 ss., Madrid 1925. (= *Misceláneas. Historia, arte y arqueología*, Madrid 1949, pp. 233-256)
- Hübner = Hübner, E., *Monumenta Linguae Ibericae*, Berlín 1893.
- ID = Schuchardt, H., “Iberische Deklination”, *Sitzungsberichte der Wiener Akademie, Phil. - hist. Klass*, 157, II, Viena 1907 (traducido en RIEV 1, 1907 y 2, 1908).
- JDAI = Jahrbuch des deutschen Archäologischen Instituts. Berlín.
- KZ = Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung auf dem Gebiete der indogermanischen Sprachen. Göttingen.
- MLI = Hübner, E., *Monumenta Linguae Ibericae*, Berlín 1893.
- Mon. = Hübner, E., *Monumenta Linguae Ibericae*, Berlín 1893.
- Num. = Schulten, A., *Numantia*, (4 tomos), Múnich 1914-1931.
- RC = Revue celtique, París.
- Rev. Fil. Esp. = Revista de Filología Española. Madrid.
- RFE = Revista de Filología Española. Madrid.
- RIEV = Revista Internacional de Estudios Vascos / Revue International d'Études Basques, San Sebastián - Donostia.
- Sacaze = Sacaze, J., *Inscriptions antiques des Pyrénées*, Toulouse 1892.
- SBAW = Sitzungsberichte der Bayerischen Akademie der Wissenschaften. Múnich.
- Schuchardt, “Baskisch und Hamitisch” = Schuchardt, H. “Baskisch-hamitische Wortvergleichen”, *RIEV* 7, 1913, 289-340 / “Baskisch und Hamitisch. Zu 78 tsilber ‘Nabel’”, *RIEV* 8, 1914, 76.
- Schuchardt, Brevier = *Hugo Schuchardt Brevier. Ein Vademecum der allgemeinen Sprachwissenschaft* (ed. L. Spitzer), Halle 1922.
- TS = Turma Salluitana, CIL I² 709.
- Vives = Vives y Escudero, A., *La moneda hispánica* (4 tomos), Madrid 1924-26.
- ZDMG = Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft. Leipzig.
- ZRPh = Zeitschrift für Romanische Philologie. Halle.

BIBLIOGRAFÍA

- Audollent, Augustus. 1904. *Defixionum Tabellae quotquot innotuerunt : tam in Graecis Orientis quam in totius Occidentis partibus praeter atticis in "Corpore inscriptionum atticarum" editas; collegit, digessit, commentario instruxit Augustus Audollent. Luteciae Parisiorum [París]: A. Frontemoing*
- Bauer, Hans. 1937. *Der Ursprung des Alphabets* [Der Alte Orient, 36 Band, Heft 1/2], Leipzig: J. C. Hinrichs.
- Bosch-Gimpera, Pedro. 1925. "Die Vorgeschichte der Iberer", *Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien* 55, Wien, 69-116.
- Brandenstein, Wilhelm. 1937. *Die Herkunft der Etrusker* [Alte Orient 35, 1], Leipzig.
- Caro Baroja, Julio. 1946. "Sobre la historia del desciframiento de las escrituras hispánicas", *AMSEA* 21, 151-171.
- Cejador y Frauca, Julio. 1926. *Ibérica I. Alfabeto e inscripciones ibéricas*, Barcelona.
- Collitz, H. & F. Bechtel. 1905. *Sammlung der griechischen Dialekt-Inschriften*, III, 2, Göttingen : Vandenhoeck & Ruprecht.
- Dietrich, Albert. 1936. *Phönizische Ortsnamen in Spanien*. [Abhandlungen für die Kunde des Morgenlandes, Bd. XXI, 2], Leipzig: Deutsche Morgenländische Gesellschaft.
- Diputación Provincial de Valencia. 1935. *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1934*, Valencia.
http://www.museuprehistoriavalencia.es/resources/files/LaborSIP/LaborSIP_1934.pdf
- Dottin, Georges. 1920. *La langue gauloise. Grammaire, textes et glossaire*, Paris: Klincksieck.
<https://ia600302.us.archive.org/9/items/lalanguegauloise00dottuoft/lalanguegauloise00dottuoft.pdf>
- Fiesel, Eva. 1931. *Etruskisch* [Geschichte der indogermanischen Sprachwissenschaft, II 5, 4], Berlin.
- Fita, Fidel. 1910. "Epigrafía griega e ibérica de Cardenosa (Ávila)", *BRAH* 56, 291-301.

- Fita, Fidel. 1913. “Nuevas inscripciones ibéricas descubiertas en la provincia de Ávila”, *BRAH* 63, 350-363.
- Gavel, Henri. 1921. *Éléments de Phonétique Basque* [*RIEV* 12:1].
<http://www.euskomedia.org/PDFAnlt/riev/12/12001536.pdf>
- Giacomino, Claudio. 1897. “Intorno all’opera MLI di E. Hübner”, *Supplementi Periodici all’Archivio Glottologico Italiano*, ed. Ascoli, p.14.
- Gómez Moreno, Manuel 1922. “De epigrafia ibérica. El plomo de Alcoy”, *RFE* 9, 341-366. (= *Misceláneas. Historia, arte y arqueología*, Madrid 1949, 219-231).
- Gómez Moreno, Manuel 1925. “Sobre los iberos. El bronce de Áscoli”, *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal: miscelánea de estudios lingüísticos, literarios e históricos*, Vol. 3, 475ss. (= *Misceláneas. Historia, arte y arqueología*, Madrid 1949, 233-256).
- Goutman, Rodolphe. 1913. “Essai d’un petit vocabulaire basque-ougro-finnois”, *RIEV* 7:4, 571-4.
- Hermann, Eduard. 1929, “Herkunft und Alter der deutschen Buchstabennamen”, *NGG* 215-232.
- Hernando Balmori, Clemente. 1935. “Sobre la inscripción bilingüe de Lamas de Moledo”, *Emerita* 3, 77-119.
- Holder, Alfred. 1896-1907. *Alt-celtischer Sprachschatz*, Graz (reedición en 1961-62).
- Hübner, Emil. 1893. *Monumenta Linguae Ibericae*, Berlin: G. Reimer.
<https://ia600303.us.archive.org/14/items/monumentalinguae00hb/monumentalinguae00hb.pdf>
- Jauregi, Oroitz. 2005. *Correspondencia de Gerhard Bähr con R. M. Azkue, H. Schuchardt y J. Urquijo (1920-1944)*, Donostia – San Sebastián (= Anuario del Seminario de Filología Vasca Julio de Urquijo, 36:2).
- Jensen, Hans. 1935. *Die Schrift in Vergangenheit und Gegenwart*, Berlin (2ª ed. 1958, 3ª ed. 1969).
- Kirchhoff, Adolf. 1877. *Studien zur Geschichte des griechischen Alphabets*, Berlin: Harrwitz und Gossmann.
<https://ia700505.us.archive.org/14/items/studienzurgeschi00kirc/studienzurgeschi00kirc.pdf>
- Lafon, René. 1936. “Notes complémentaires sur «adiskide» et sur le suffixe casuel «-ekin»”, *RIEV* 27: 1, 66-72.

- Lidzbarski, Mark. *Ephemeris für Semitische Epigraphik* II 1903-1907, Giessen 1908: Töpelmann. <https://archive.org/details/ephemerisfrsem02lidzuoft>
- Martensen, P. 1922. “Über friesische Personennamen” [Vortr. auf d. Friesentag in Niebüll am 11. Sept. 1921], *Jahrb. d. Nordfries. Ver. f. Heimatkde. u. Heimatliebe* 9, 8-16.
- Martínez Santa-Olalla, Julio. 1934. “Una vajilla ibérica de plata, del país de los mastienos”, *Investigación y Progreso* 8, 163-167.
- Meinhof, Carl. 1930. “Über südspanische Münzen mit unbekannter Schrift”, *ZDMG* 84, 239-250.
- Menéndez Pidal, Ramón. 1939. “Sobre el substrato mediterráneo occidental”, *ZRPh* 59:1, 189-206.
- Merino y Urrutia, José J. Bautista. 1936. *El vascuence en el valle de Ojacaastro*. Madrid: Publicaciones de la Sociedad Geográfica Nacional.
- Niebuhr, Barthold Georg. 1811-1832, *Römische Geschichte* (3 vol). Berlin.
- Pauly-Wissowa = *Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*. Halbband 1 & 2, Band I, 1893-94 (Aal–Apollokrates), Stuttgart 1894: Metzlerscher.
- Pericot García, Luis. 1934. *Historia de España : gran historia general de los pueblos hispanos*, T. I: *Épocas primitiva y romana*, Barcelona: Instituto Gallach.
- Philipon, Édouard. 1906. “La déclinaison dans l’onomastique de l’Ibérie”, *Mélanges H. d’Arbois de Jubainville: recueil de mémoires concernant la littérature et l’histoire celtiques dédié a M. H. d’Arbois de Jubainville ... à l’occasion du 78^e anniversaire de sa naissance*, Paris, 237-269.
- Philipon, Édouard. 1906. “Provençal –enc; italien –ingo, -engo”, *Revue Romania* 35, 1-21.
- Philipon, Édouard. 1909. *Les Ibères. Étude d’histoire, d’archéologie et de linguistique*. Paris, 1909: Champion.
- Pokorny, Julius. 1940. “Zur Urgeschichte der Kelten und Illyrier”, *Zeitschrift für celtische Philologie* 21, 55-166.
- Sacaze, Julien. 1892. *Inscriptions antiques des Pyrénées*, Toulouse: Privat. <https://ia600305.us.archive.org/26/items/inscriptionsanti00saca/inscriptionsanti00saca.pdf>
- Saroïhandy, Jean. 1913. “Vestiges de phonétique ibérienne en territoire romain”, *RIEV* 7: 4, 475-497.

- Schoeller, August, 1931. "Beitrag zu dem unbekanntem südspanischen Alphabet", *ZDMG* 85, 351-4.
<http://menadoc.bibliothek.uni-halle.de/dmg/periodical/structure/69279>
- Schuchardt, Hugo. 1907. *Die iberische Deklination* [Sitzungsberichte der Kais. Akademie der Wissenschaften in Wien, Philosophisch-Historische Klasse. 157. Band, 2. Abhandlung], Wien.
- Schuchardt, Hugo. 1909. "Iberische Personennamen", *RIEV* 3:3, 237-247.
- Schuchardt, Hugo. 1910. "Iberische Deklination", *RIEV* 4:2, 323.
- Schuchardt, Hugo. 1913, "Baskisch Hamitische Wortvergleichen", *RIEV* 7:3, 289-340.
<http://www.euskomedia.org/PDFAnlt/riev/07/07289340.pdf>)
- Schuchardt, Hugo. 1915. *Baskisch - Iberisch oder - Ligurisch?*, Wien: Anthropologische Ges.
- Schuchardt, Hugo. 1923. "Iberische Epigraphik: die Bleitafel von Alcoy – Epigrafía Ibérica: el plomo de Alcoy", *RIEV* 14:3, 507-516. (<http://www.euskoikaskuntza.org/es/publicaciones/colecciones/riev/articulo.php?o=12156>).
- Schuchardt, *Brevier* = Spitzer, Leo (ed.) 1928.
- Schulten, Adolf. 1915. "Ein keltiberischer Städtebund", *Hermes* 50:2, 247-260.
- Schulten, Adolf. 1924. "Ein unbekanntes Alphabet aus Spanien", *ZDMG* 78, 1-18.
- Schulten, Adolf. 1927. "Las referencias sobre los Vascones hasta el año 810 después de J. C.", *RIEV* 18:2, 225-240.
- Schulten, Adolf. 1930. "Die Etrusker in Spanien", *Klio - Beiträge zur Alten Geschichte* 23, 365-432.
- Schulten, Adolf. 1933. "Forschungen in Spanien 1928-1933", *Archäologischer Anzeiger. Jahrb. des deutsch. archäol. Inst.*, 522-527.
- Schulten, Adolf. *Num. = Numantia*, 4 vols. I: 1914; II: 1931; III: 1927; IV: 1929. München.
- Siebs, Theodor (1909), *Helgoland und seine Sprache*. Cuxhaven (Reprint Wiesbaden 1968).
- Spitzer, Leo (ed.). 1922. *Hugo Schuchardt-Brevier : Ein Vademecum der allgemeinen Sprachwissenschaft*. Halle: Max Niemeyer.

- Uhlenbeck, Christian Cornelius. *Contr.*, “Contribution à une phonétique comparative des dialectes basques”, *RIEV* 3 (1909), 465-503: 4 (1910), 65-120.
- Uhlenbeck, Christian Cornelius. 1910. “Le basque et les langues caucasiques: à propos de la réponse de M. Winkler à la critique de M. Uhlenbeck”, *RIEV* 4:1, 121-4.
- Uhlenbeck, Christian Cornelius. 1912. “Basque et ouralo-altaïque (traduit per Georges Lacombe)”, *RIEV* 6:4, 412-4.
- Untermann, Jürgen. 1990. MLH = *Monumenta Linguarum Hispanicarum*. Band III: *Die iberischen Inschriften aus Spanien*. Wiesbaden: : Reichert.
- Untermann, Jürgen. 1997. MLH = *Monumenta Linguarum Hispanicarum*. Band IV: *Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*. Wiesbaden: Reichert.
- Vallejo, José. 1943. “La escritura ibérica. Estado actual de su conocimiento”, *Emerita* 11, 461-475.
- Vicedo Sanfelipe, Remigio, 1920-22. *Historia de Alcoy y su región*, Alcoy.
- Villar, Francisco. 1993. “Las sibilantes en celtibérico”, *Lengua y Cultura en la Hispania prerromana. Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas de la península ibérica*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 773-812.
- Vives y Escudero, Antonio. 1926. *La moneda hispánica*, vol. II. Madrid.
- Winkler, Heinrich. 1914. “La langue basque et les langues ouralo-altaïques”, *RIEV* 8:2, 282-323. (<http://www.euskomedia.org/PDFAnlt/riev/08/08282323.pdf>).
- Zyhlarz, Ernst. 1932. “Zur angeblichen Verwandtschaft des Baskischen mit afrikanischen Sprachen”, *Praehistorische Zeitschrift* 23: 1-2, 69–77.
DOI: [10.1515/prhz.1932.23.1-2.69](https://doi.org/10.1515/prhz.1932.23.1-2.69)
- Zyhlarz, Ernst. 1934, “Die «unbekannte» Schrift des antiken Südspanien”, *ZDMG* 87, 50-67. (<http://menadoc.bibliothek.uni-halle.de/dmg/periodical/structure/70312>).

Vasco e Ibérico



Plomo greco-ibérico de Alcoy. Cara A

Foto: J. Untermann.

Archivo: Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó. Alcoy

Prólogo del editor.

G. Bähr escribió este trabajo, *Baskisch und Iberisch*, antes de marzo de 1940. Lo presentó como su tesis doctoral en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Göttingen con merecido reconocimiento. Para nuestra gran preocupación, su autor, que ha acumulado notables méritos en la investigación de la lengua vasca desde hace varios años, se encuentra desaparecido desde 1945; en esta fecha fue visto en Berlín. He recibido de manos de su esposa el manuscrito de su trabajo, con su expreso deseo de publicarlo. A petición de su esposa, al no querer esta desprenderse del original y, aunque el autor describa su trabajo como un borrador, en mi versión apenas se dan modificaciones con respecto al original, excepción hecha de alguna que otra corrección de estilo. He seguido las anotaciones en los márgenes del lingüista de Göttingen Eduard Hermann. De otro modo, tendría que haber escrito el trabajo de nuevo, no habiendo razón para ello. Solamente he suprimido unas pocas páginas del manuscrito al final², porque el autor se manifiesta de manera breve, demasiado breve e influido por opiniones de otros autores, también de segunda mano, sobre nuevas tentativas de vincular el vasco con otras lenguas. Estos argumentos no tienen cabida aquí y han sido retomados con acierto por otros investigadores como C. C. Uhlenbeck en diversos trabajos más recientes. Bähr llega a la conclusión de que hay que calificar el vasco todavía como una lengua aislada.

Su escepticismo es apresurado: aquí no debe quedar ninguna duda de que ya no podemos hablar de una lengua aislada al referirnos al vasco. Mi amigo René Lafon y yo hemos avanzado en este terreno tan espinoso y les puedo asegurar que el parentesco entre el vasco y las lenguas caucásicas puede darse como un hecho seguro.

Sin embargo, en la situación actual de Europa, en la que las revistas especializadas difícilmente pueden ver la luz, no sabemos cuándo podrá ser publicada nuestra demostración, la cual hará que el presente escepticismo sobre nuestra hipótesis se convierta en aceptación.

El trabajo de Bähr ha demostrado, por fin, que ya no tiene sentido hablar del parentesco lingüístico entre el vasco y el ibérico. Este punto debería tenerse en cuenta también en obras de divulgación general. De todo ello resulta que no era necesario tratar y analizar el vasco más allá de lo conocido hasta ahora, pues ha salido un tanto malparado tras el intento.

² Así he soslayado una dificultad insalvable, porque es el único punto en el que falta una página irrecuperable del manuscrito (p. 153), que ya no aparecía en Göttingen, según se lee en una nota de E. Hermann. Asumo la responsabilidad de un final un tanto abrupto originado por ello.

Dado que no he modificado el texto original, quiero aquí mencionar algunas aclaraciones de las muchas que restarían por hacer. El sufijo ibérico *-cen* no puede mantener relación alguna con el sufijo genitivo plural del vasco, puesto que el sufijo de plural vasco *-k* de *-g* resulta del colectivo *-aga*. El autor hace una referencia al respecto en la página 130: así ocurre también en húngaro, turco, etc., lenguas en las que el sufijo de plural tiene su origen en el colectivo³. En la página 114 se asegura que el vasco no conoce género gramatical; pues bien, ¡en el verbo está muy claro todo lo contrario! Pero lo que no podemos saber es si el ibérico lo distingue o no (p. 114). El húngaro y el georgiano están indoeuropeizados y sin embargo no distinguían género gramatical ni sintieron la necesidad de adoptarlo.

¿Por qué tiene que señalar la *d-* de *dag-(e)* «situs est» (p. 103) la tercera persona? Tendría numerosas preguntas de este tipo.

Quien sabe vasco podrá confirmar mi impresión (no me he dejado engañar) de que la interpretación de Alcoy y de los otros textos ibéricos se hace desde un punto de vista euskérico y dirigido directamente hacia una perspectiva vasca, lo cual crea prejuicios y dificulta la observación objetiva. Sin embargo, hay que elogiar al autor en los siguientes puntos: a pesar de todo, no se ha dejado cegar y ha estudiado la materia con sumo cuidado, aunque a veces siga demasiado de cerca a Schuchardt y a pesar de que llegue a conclusiones erróneas sobre el pluralizador *-eta* y *-aga* al final de su trabajo, que, como ya he anunciado, he omitido.

Aquí y allá, es también una desventaja que el autor se fije demasiado en el vasco del otro lado de los Pirineos: no se puede demostrar de ningún modo que los dialectos de este lado de los Pirineos —el suletino y el bajonavarro— sean secundarios. Son muy arcaicos.

La etimología de *senhar* (p. 49, n° 4) no es correcta, pues la palabra corresponde a «niño» y *seme* a «hijo⁴». Tampoco me convence el n° 5, dado que hay una buena correlación caucásica para esta palabra. No me parece verosímil, no me parece creíble que el nombre *Chadar* tenga algo que ver con el vasco *adar*. Es imposible que el sufijo euskérico *-ko* proceda del celta (p. 117). Se asegura, a menudo, que en vasco no se han conocido las tenues [oclusivas sordas] en posición inicial (ver p. 49). Sin embargo, estas se dieron en abundancia, véanse, palabras como *e-thorr-i*, *i-khus-i* y otras muchas. Yo considero que *ekendu* es una forma secundaria con relación a *ken*. El cambio de *et* a *it* (p. 50, n° 7) se da también en galés.

Para concluir quisiera decir que el buen trabajo de Bähr aporta mucho para la historia de la escritura y que será aplaudido por los especialistas en este terreno.

³ Postular algo así para el ibérico, aunque sea con un signo de interrogación, carece de todo fundamento (p. 130ss).

⁴ Las etimologías románica o latina de *senhar* o *seme* que propone Schuchardt no son correctas.

Ahora bien, yo no creo que los textos de Alcoy correspondan a más de una mano, incluso a tres diferentes: a mi manera de ver, el *ductus* es uniforme. Es una lástima que el autor no haya podido hacer uso del trabajo de Manuel Gómez Moreno titulado «La escritura ibérica», Madrid 1943, que habría impulsado la reinterpretación de Bähr de manera esencial.

15 de enero de 1948

Karl BOUDA.



Leyenda monetal de *kalakorikos*
(BDHESPERIA Mon. 53)

I.- Introducción

La denominada cuestión ibérica, o como propiamente debería llamarse, la cuestión ibérico-vasca como tema de investigación, lleva ya recorrido un camino de unos cien años, es decir, es tan antigua como la misma lingüística moderna. Si en Alemania el interés por la lengua vasca se ha mantenido muy vivo, ha sido la relación entre el vasco y el ibérico la cuestión que más ha atraído la atención de los eruditos.

Como precursor de este proceso destacamos la figura de Wilhelm von Humboldt y como colofón provisional mencionaremos la persona de Hugo Schuchardt. Este autor presentó hace unas décadas (en 1907) su «Iberische Deklination», después de que Hübner, en su obra *Monumenta Linguae Ibericae* de 1893, hubiese publicado todas las inscripciones ibéricas conocidas hasta el momento, haciendo gala de una entrega y una minuciosidad alemanas. Aunque Humboldt y Schuchardt coincidan en sus conclusiones, debemos mencionar que llegaron a ellas desde caminos opuestos y empleando métodos diferentes. Cada uno examina los topónimos, antropónimos y etnónimos hispanos (dado que casi no se contaba con un legado lingüístico ibérico) con ayuda del vasco y creyeron poder demostrar que esta fue la lengua primitiva que se habló en toda la península. A pesar de algunas limitaciones, Schuchardt llega a la misma conclusión. Ahora bien, tomando como punto de referencia un trabajo elaborado por Hübner sobre un conjunto de inscripciones encontradas en España en lengua desconocida, la tesis de que la lengua vasca actual suponga la continuidad del ibérico primitivo constituiría en cierto modo la opinión más extendida, aceptada en general por los investigadores de la materia. Difícilmente podemos incluir dentro de este grupo a E. Philipon, quien en su obra «La déclinaison dans l'onomastique de l'Ibérie» (1906) y *Rom.* 35, 1906, 13 n.1 propone que el ibérico sería una lengua indoeuropea (a este respecto, Schuchardt, *ZRPh.* 30, 751 y Philipon «Les Ibères» 1909, así como Schuchardt, *RIEV* 1910 IV, 323). Únicamente Julien Vinson, fallecido en 1926, rechaza enérgicamente y con contundencia esta teoría, dedicado durante más de medio siglo al estudio de la lengua vasca sin haber seguido la invitación de Schuchardt a opinar sobre los resultados acertados de sus teorías.

Se puede asegurar que esta teoría estaba muy clara desde el principio y que su confirmación solamente necesitaba de algunas puntualizaciones. Dado que los «vascos» no llegaron a España en época histórica, sino que se les atestigua como vascones desde la antigüedad y encarnan de manera evidente el último vestigio de un pueblo primitivo; dado que los iberos han sido considerados como un pueblo primitivo prerromano y precelta, en consecuencia, parecía lógico considerar a los vascones descendientes del tronco ibérico. Esta tesis parecía aún más evidente cuanto más se avanzaba en el estudio de la evolución lingüística. Se establecía un paralelismo con otras tesis aceptadas: la lengua bretona

constituiría una evolución del celta y una prolongación del galo; el alban, la forma moderna del ilirio y el maltés sería descendiente del púnico. Pero de la misma manera en que estas afirmaciones solo son correctas en diferentes niveles, con diversos matices y numerosas limitaciones, así también a partir de ahora la teoría de la relación vasco-ibérica en general (tal y como lo hace Humboldt) solo puede ser aceptada con limitaciones. Schuchardt opina incluso que en las inscripciones monetales de la zona Asido en el sur de España no se esconde una lengua ibérica (*ID* 23).

Las dificultades para descifrar la lengua ibérica, prescindiendo de su clasificación dentro de las familias de lenguas conocidas, son excepcionales y equiparables al problema etrusco, de características similares. Referente al etrusco, contamos hoy en día con 9000 inscripciones y, aunque sean muy breves, su lectura apenas presenta dificultades. En relación con el etrusco, una multitud de investigadores durante varias décadas se ocupó del estudio de las breves inscripciones, en su mayoría epitafios, haciendo uso de métodos combinatorios y etimológicos y, si bien consiguieron descifrar su sentido, aún tardaron muchísimo en poder presentar la estructura de dicha lengua. Los denominados testimonios lingüísticos ibéricos, por contra, se reducen a una centena de inscripciones muy breves. Su autenticidad, estado de conservación e interpretación constituyen en sí un problema, es decir, el camino hasta la constatación de su sistema fonético está plagado de dificultades. Lo que para el etrusco constituyó el punto de partida y la base de su estudio, para el ibérico está aún por resolver. Existe la dificultad añadida de saber lo que se esconde tras el término «iberos». Si hasta la fecha no sabemos con seguridad lo que designa, ello es debido a que esta cuestión no ha sido abordada siempre desde una perspectiva correcta.

Debemos fijarnos con especial interés en la situación y en la condición geográfica de España. Por un lado, la península ibérica constituía una especie de zona de retirada, en la que se refugiaron los pueblos primitivos del este de Europa empujados por la afluencia de los pueblos indoeuropeos. La desarticulación geográfica de la península habría permitido que estos pueblos permanecieran en estas zonas. Por otro lado, España ha jugado a menudo un papel de puente a lo largo de la prehistoria y de la historia; un puente que ponía en contacto África con el continente europeo y que ha permitido a numerosos pueblos incursiones e invasiones. No se puede decir que ambas circunstancias faciliten la existencia de un único pueblo primitivo. Además, el término «pobladores primitivos» implica una connotación cambiante e insegura. En realidad, es una denominación confusa, pues solo denota que los pueblos mencionados son aquellos que el estado actual de la investigación nos permite registrar como los más antiguos. Este hecho no implica, de ningún modo, que esos pobladores constituyeran una unidad ni que se tratase de los pobladores más antiguos referidos a ese territorio. Aunque no debemos caer en el peligro de comparar pueblos y lenguas a un mismo nivel, hay que prestar tanta atención a las investigaciones lingüísticas como a los resultados arqueológicos y etnográficos, sobre todo en aquellos casos en los que se tiene constancia de migraciones, éxodo de pueblos o cruces entre ellos. En otros términos, debemos abordar la cuestión propiamente lingüística en relación con la cuestión etnológica; no como una parte de esta última, sino teniendo en

cuenta la interacción de ambos campos. Si en mi caso me paro a retomar y a revisar de nuevo la cuestión vasco-ibérica, así como a enfrentarme a la obra de Schuchardt «Iberische Deklination», de 1909, lo hago con todo mi respeto por su trayectoria investigadora, que se caracteriza por su conocimiento detallado de las mencionadas lenguas así como por la agudeza de sus tesis. Ahora bien, hay tres circunstancias que justifican un nuevo acercamiento a esta cuestión respondiendo, en parte, a un cambio de base:

- 1) el impulso que han recibido la arqueología, la etnografía y la prehistoria de la península en los últimos 25 años gracias a la labor de Schulten, Obermayer y Bosch-Gimpera;
- 2) el aumento considerable de los textos ibéricos desde Hübner;
- 3) el avance decisivo para descifrar la escritura ibérica septentrional, que debemos a Gómez Moreno.

Que yo sepa, hasta ahora nadie se ha servido de estos conocimientos y avances con respecto a la cuestión que nos ocupa. Al retomarla y tratarla de nuevo espero presentar el problema en toda su extensión, aunque sin llegar por ello a solucionarlo. Para ello apenas contamos con perspectivas positivas, a no ser que una inesperada inscripción bilingüe nos guiara por el camino acertado. Dado que no podemos esperar tan feliz hallazgo, quisiera, al menos, acercarme a la solución del problema y acertar en la dirección en la que se resuelva esta cuestión.

Anotaciones históricas y arqueológicas

Schulten, en su obra *Fontes Hispaniae Antiquae* nos habla de manera inmejorable sobre la historia de España en la antigüedad. En ella compara y valora los testimonios de autores antiguos. Sus excavaciones durante decenas de años en España le permiten un conocimiento exhaustivo del terreno para poder hablar con conocimiento de causa en «Numantia» y en Pauly-Wissowa, *Real-Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft* (Artículos «Hispania» y «Tartessos»). Agradezco a Schulten esos tratados que he seguido en la mayoría de los casos.

Como sabemos, los pueblos del Oriente del Mediterráneo, los fenicios desde el año 1000 a. C. y los griegos de Asia Menor desde el año 700 a. C., se trasladaron hacia el lejano occidente en busca de sus recursos minerales. Establecieron negocios y crearon asentamientos. Hubo colonias fenicias a lo largo de las costas este y sur de la península, hasta el Océano Atlántico. Los autores antiguos mencionan *Gadir*, *Abdera*, *Malaca*, *Carthago Nova* como las poblaciones más conocidas. Dietrich (1936) considera fenicios los términos *Bocchari*, *Gnium*, *Jamo*, *Mago*, *Sexi*, *Hannibal*, *Abila* (?), *Carteia* (?), *Joza* y *Ruscino*. Estos lugares se encuentran en la costa o muy cerca de ella. *Baelo*, hoy en día *Bolonia*, se considera fenicio, aunque yo me inclino, como algunos otros, por adjudicarle un carácter libio. La influencia fenicia ha sido más intensa en las costas sur y sudoeste, coincidiendo con la aparición de un mayor número de monedas con inscripciones fenicias

(ver Hübner). Los griegos, es decir, los foceos, crearon desde Marsella, en primer lugar, los asentamientos de *Hemeroskopeion*, cerca de Denia, y *Mainake*, cerca de la actual Málaga. Posteriormente, se añadirían *Rhode* al pie de los Pirineos, fundado por los rodios dorios y *Akra Leuke*. Además, existieron pequeños asentamientos, cuya ubicación exacta se desconoce, a lo largo de toda la costa este y sur, como *Olbia*, *Nesos*, *Cypsele*, etc. Sin embargo, hay que hablar con prudencia de asentamientos griegos, pues los geógrafos griegos posteriores no escatimaron esfuerzos en etimologizar y reinterpretar como griegos nombres hispanos. Al parecer, ya los etruscos habrían fundado con anterioridad ciudades en España. Por ejemplo, Schulten (*Die Etrusker in Spanien*, 1930) considera el legendario *Tartessos* en la desembocadura del Guadalquivir como un asentamiento de una rama etrusca *-turte-* en torno al 1100 a. C. Tras la batalla naval de Alallia, en el año 535, en la que los foceos fueron vencidos por los cartagineses acaparando estos últimos el dominio del comercio hispano, los griegos ya no traspasaron hacia el oeste el límite Mastia. La influencia griega se redujo, por tanto, durante un período de tiempo considerable, a la costa este. El comercio entre los griegos y los tartesios tenía que recorrer el camino hacia Andalucía a través de la cuenca del valle del *Sucro* (Júcar) hacia el alto *Baetis*, lo que permitía ahora un contacto más estrecho de lo que había acontecido hasta entonces con la población del interior. En contraposición, la costa oeste les era inaccesible, sobre todo más allá de las columnas de Hércules.

Gracias a Avieno, o mejor dicho a las fuentes que este autor utiliza del año 500 a. C., conservamos la más antigua geografía conjunta de España, una descripción de sus costas, realizada por un marino de Marsella. Es de enorme importancia para nosotros porque el autor describe ciudades, ríos, brazos de costa e incluso zonas del interior. Según este autor, los iberos estarían asentados solo en la costa este, desde Valencia en dirección norte por la costa hasta alcanzar el Ródano (*Aeschylos*)⁵, que serviría de frontera fluvial, de límite entre los iberos y los ligures. Son iberos sobre todo los sedetanos al sur y los ilergetes al norte del Ebro. Por contra, los misgetes, que se sitúan inmediatamente hacia el Nordeste, son un pueblo mixto (como muestra su nombre ya helenizado), es decir, pobladores primitivos (iadictetes, ceretes, ausoceretes, cassetanos) dominados por una minoría de clase alta ibérica. Si hacemos caso a la información recogida por otras fuentes, los ligures del sur de la Galia se extenderían hasta los Pirineos. De este modo, podemos adherirnos a la tesis de Schulten en la que propone que los protoiberos que se expandieron por el nordeste de Cataluña eran ligures. Los iberos, en el sentido más estricto de la palabra, poseían solo la costa oriental de la península, pero desde época temprana se expandieron como conquistadores a través del mar. Aunque llegaron a entrar en contacto con los griegos en muchos lugares, no desarrollaron, en general, un nivel de cultura elevado. En el Hinterland de *Emporion* y *Rhode* no se encuentran huellas de influencia griega, y Avieno, al referirse a los indigetes, los considera bárbaros. Si nos dirigimos

⁵ Esta referencia a Esquilo en este lugar, poco comprensible sin ulterior explicación, probablemente se debe a la mano de Bouda, que viéndola en el margen del manuscrito la introdujo en el texto principal. Sin duda para Bähr consistía en una llamada al pasaje de Plinio (NH 37, 32), donde se señala que Esquilo decía que el *Eridanus*, río llamado también *Rhodanus*, se localizaba en Hispania.

hacia el sur queda patente el influjo de la cultura griega sobre la ibera, por ejemplo en el arte, donde destaca la famosa Dama de Elche. En la costa sur, Avieno sitúa a los mastienos cerca de *Mastia*, conocida posteriormente como *Carthago Nova*; en el bajo *Baetis* emplaza a los tartesios, denominados después turdetanos. Es preferible mantener el término turdetanos y, al igual que Schulten, reducir el término tartesios para referirse al entorno inmediato de la ciudad de *Tartessos*, fundada hacia el año 1100 a. C., y a la clase gobernante del reino turdetano. En contraposición con la cultura más o menos pobre de la costa oriental, los turdetanos gozaron en su expansión, en ocasiones a lo largo de todo el sur de España hasta el *Sucro*, de unos niveles de cultura y de prosperidad muy elevados gracias a los tesoros de metales y a la fertilidad de las cuencas de sus ríos, lo que les permitía expandir su comercio y atraer a otros pueblos del este. Estrabón habla con admiración de la prosperidad y nivel cultural de los turdetanos y les adjudica la fantástica edad de 6000 años.

Aunque, a decir verdad, los tartesios se diferencien de los pueblos iberos del este en cuanto a su desarrollo intelectual y político, Heródoto no duda en incluirlos dentro del grupo de los iberos. Schulten supone que constituirían una rama emparentada con los iberos del nordeste, los cuales pudieron desarrollarse con mayor nivel y más rapidez, favorecidos por unas condiciones económico-políticas propicias. A la vista de las relaciones comerciales y del éxodo de pueblos del este hacia la península, acontecidos desde la Antigüedad y dirigidos sobre todo hacia el sur, no creemos que la Bética, la actual Andalucía, contara con una población homogénea en los últimos siglos antes de Cristo. Debemos contar con la posibilidad de encontrar numerosas influencias y de distinto signo. Apoya esta tesis el hecho de que durante dos milenios antes de Cristo (en un transcurso de tiempo variable para cada pueblo) se establecieran en el sur de la península los micénicos, etruscos, fenicios, griegos, celtas, púnicos, libiofenicios y romanos, ya sea como pueblos comerciantes o como conquistadores guerreros. Se trata, sin duda, de la zona de la península que más influencias extranjeras ha soportado debido a su fertilidad y a la riqueza de sus metales (zinc, plomo y plata).

Avieno también se refiere explícitamente a los iberos, al oeste de los tartesios, a lo largo del río *Iberus*, el actual río Tinto. Aquí debemos hacer hincapié en un dato decisivo antes apenas tenido en cuenta: en el interior de la península no se menciona a los iberos en ninguno de los testimonios antiguos, anteriores al año 250, sino solo, junto a otros desconocidos, a los celtas. Estos últimos fueron los apéndices de migraciones indoeuropeas que llegaron a la península en el siglo VI a. C. a través de los pasos de los Pirineos y que se extendieron por todo el interior, después de que una migración indoeuropea anterior hubiera tenido lugar entre los siglos IX y VIII a. C. Surge la difícil cuestión de quiénes eran estos pre-celtas, los pobladores del interior, del norte y del noroeste de la península. Así las cosas, no parece evidente la configuración de la antigua población hispana. Los iberos de la costa este tendrían por el norte a los ligures como vecinos. Más hacia el sur, se atestiguan *Ligydes* y un *Lacus Ligustinus* en el bajo Guadalquivir. Por tanto, los ligures también podrían haber ocupado otras zonas, sobre

todo aquellos territorios dominados posteriormente por los celtas. Schulten asume esta posibilidad como segura.

Entre los años 350 y 250 a. C. se da un cambio decisivo en la configuración étnica de la península, creándose una situación que se mantendrá durante la época clásica y que dará lugar a numerosos malentendidos. En la Antigüedad, los griegos denominaron a la península *Oistrymnis* o *Ophiussa*, después *Keltiké* (según Heródoto, que no distingue Galia de Hispania; *Keltiké* señalaría, por tanto, todo el oeste celta). La expresión Iberia se la debemos, por primera vez, a Hecateo. La utiliza hacia el año 520, pero hasta Eratóstenes solo se refiere a la costa este, no a toda la península. Cuando este geógrafo utiliza, por primera vez, el término Iberia referido a toda la península, se podría pensar, como es habitual, que el nombre de una parte de un territorio se ha hecho extensivo a todo el territorio. De hecho, se produjeron importantes movimientos de pueblos hacia el año 300; los iberos en sentido estricto, es decir, los iberos de la costa este, traspasaron los montes de los alrededores y empujaron a los celtas del interior hacia el noroeste y sudoeste, cuando no los sometieron. Es decisivo, como ya lo apunta Niebuhr, que los iberos llegaran al interior de la península después que los celtas. Por consiguiente, los iberos constituirían la última oleada migratoria hacia el centro. Todavía no está del todo claro si los iberos se establecieron realmente en el interior o si solo se trató de una maniobra para someter políticamente a los celtas, que ya se asentaban en esta zona. En este sentido, Timeo fue el primero en utilizar el término *Celtiberia*, que a la postre se ha convertido en clásico. Según Estrabón, los celtíberos son celtas y hasta la actualidad se ha mantenido la polémica sobre la relación étnica entre estos dos pueblos: si fue el celta o el ibero el que se impuso o si se creó un tipo mixto.

Distanciándose de opiniones anteriores, Schulten cree que los celtíberos, basándose sobre todo en sus diferencias culturales con respecto a los celtas del oeste, eran iberos. Admite, eso sí, que la celticidad lingüística se ha conservado en una gran medida.

En lo referente a los ligures en España, Gómez Moreno se enfrenta a la opinión de Schulten, para quien los ligures constituirían un protopueblo. Gómez Moreno considera a los ligures como el pueblo de la primera oleada migratoria indoeuropea, dado que su lengua sería indoeuropea, y que habría alcanzado la península ya en la Edad del Bronce. Serían los precursores de los celtas (hecho demostrado por Bosch-Gimpera (1925) en su obra *Die Vorgeschichte der Iberer*). Gómez Moreno se inclina por señalar a los antepasados de los vascos como el «protopueblo» que se habría asentado en el norte de la península, aunque no aporte evidencias seguras para su suposición y aunque los vascones de la Antigüedad, es decir, los protovascos, están atestiguados solo en la cuenca del Ebro. Está claro que los vascos ocupan un lugar en el mapa de los pueblos de la Antigüedad. Es claro que los antepasados de los vascos son los vascones de los autores antiguos, quienes no lograron, sin embargo, aportar claridad sobre las estrechas relaciones de los vascones con los celtas e iberos. Si bien puede ser clarificador presentar a los vascones como una especie de población primitiva, sería un tanto apresurado y aventurado referirnos a ellos como la población primitiva de Hispania o del norte de la península. Para nuestro objetivo, nos es suficiente, por ahora, admitir a los iberos (¿junto con los turdetanos?), en

el este y en el sur como el pueblo más antiguo atestiguado históricamente; en el centro, oeste y noroeste se situarían pueblos indoeuropeos, seguidos posteriormente por la población primitiva “hispana” con distintos aportes ibéricos; y en el centro-este se ubicarían los iberos. A su lado, estarían los protovascos, atestiguados históricamente solo entre el Ebro y los Pirineos occidentales hasta Aragón. En puntos lingüísticamente inseguros es aconsejable añadir a los nombres de pueblos el prefijo «proto» (protoceltas, protoiberos) y cuando nos refiramos a aspectos meramente lingüísticos, hablar de «hispano». En lo que sigue, denominaré «hispano» a todo aquello que no sea lingüísticamente identificable, es decir, que no sea ni vasco, ni ibero, ni celta-indoeuropeo (ligur, ilirio), ni fenicio, así como a aquellos términos que se refieran o que parezcan referirse a la primitiva población del norte y del oeste y que hasta ahora se denominaba ibero, vasco o iberovasco.

Prehistoria, arqueología, etnografía

La información que conservamos sobre las relaciones de estos pueblos, y que podemos reconstruir gracias a informes de la Antigüedad, ha experimentado un inesperado auge en los últimos 25 años y se complementa con datos de la investigación prehistórica gracias a los acertados trabajos de los prehistoriadores Obermayer y Bosch-Gimpera.

Las huellas más antiguas de la minería las encontramos en el sudoeste, donde ya en torno al 2500 a. C. eran explotadas las minas de cobre de Río Tinto, en el bajo Guadiana, probablemente por los prototartesios. Y es que la cultura propiamente tartesia se desarrolla en la Bética a finales del II milenio a. C. y no se le conocen precursores. Consiguientemente habrían inmigrado los tartesios (turdetanos), quizá desde el norte de África, mientras que Schulten se inclina por una colonización etrusca.

En el sudeste, en la zona de Almería y desde la Edad del Bronce, se presenta una cultura muy peculiar y característica, que se desarrollará sin interrupción desde las Edades de Piedra y de Bronce y, si bien no está exenta de influencias externas, mantiene su singularidad. Schulten y Bosch entienden esta cultura como propiamente ibérica o como la de sus antepasados. Esta cultura se extendió pronto hacia el norte pero ya en la Edad del Bronce se vio limitada en la desembocadura del Ebro por otra cultura de características diferentes, es decir, por la cultura catalana de la costa, que mantenía a su vez relaciones con culturas del sur de Francia. Estas relaciones confirman los datos históricos sobre la expansión de los iberos, de manera que no se puede dudar en considerarlos como los descendientes de las gentes de Almería. Esta cultura tendría sus orígenes en el norte de África. Sus portadores habrían llegado a la zona de Almería en épocas muy antiguas. Ahora bien, no alcanzaron la península a través del estrecho, puesto que no se les atestigua en la punta sur de la península, sino a través de mar abierto. Por lo tanto, los iberos serían de origen africano, lo que ya se suponía y se apuntaba desde una perspectiva

lingüística. Según Schuchardt, «Baskisch und Hamitisch»⁶, los iberos conformarían el eslabón lingüístico intermedio entre el vasco y las lenguas camíticas. Con posterioridad, nos ocuparemos en detalle de este tema.

Alejadas de la cultura de Almería, no solo en el espacio sino también en su tipología, estarían las culturas de los Pirineos, a cada extremo de la cadena montañosa. En la parte más occidental, en el territorio de la actual Navarra y en la periferia, Bosch cree que se asentaría la prolongación directa e ininterrumpida de la cultura dolménica del neolítico. Sus portadores serían los protovascos. Este pueblo, en contraposición con las gentes de Almería (¿pueblos camíticos?), sería autóctono, es decir, un pueblo de raza y cultura absolutamente europeas. Aranzadi, el mejor conocedor de la antropología vasca, niega que los vascos fueran de raza mediterránea, es decir, occidental. Desde el punto de vista actual, no es comprensible diferenciar a los vascos de los «mediterráneos», puesto que los pueblos al norte del Sáhara junto con los pueblos europeos del sur se incluyen dentro de la raza occidental. No podemos negar que los vascos, aunque en ocasiones presenten algunos rasgos nórdicos –rubios– mostrarían, en general, la misma fisonomía que los demás pobladores de la península, quizá algo menos pronunciada. Existiría, pues, una disparidad esencial entre los pueblos del sudoeste de los Pirineos y los de la costa sudeste española.

El interior de la península presenta una imagen diferente. Las culturas atestiguadas, incluidas las portuguesas, –en tanto que no sean celtas– derivan de los antiguos pueblos capsioses del Paleolítico. Aquí estamos de nuevo ante un grupo étnico autóctono, que se ha mantenido en los territorios centrales, expandiéndose incluso hasta el este de Cataluña, donde se han entremezclado en parte con otros elementos, p. ej. pirenaicos. Aunque pudiera tratarse de una migración más antigua de las gentes de Almería, me inclino por considerar a los pueblos capsioses como los proto-pobladores del centro-oeste de la península. Con posterioridad, a partir del siglo VI a. C., se estableció una cultura de origen centroeuropeo, emparentada de manera estrecha con la cultura de Hallstatt o post-Hallstatt, en la Meseta Central, abarcando amplias zonas de la península, sobre todo del noroeste. En este punto queda reflejada la oleada celta del siglo VI a. C., determinante para la posterior configuración étnica de la península ibérica. Nos vamos a acercar un poco más en detalle a esta primera incursión celta, puesto que es de enorme importancia para el contenido de este trabajo y además se deja seguir con claridad desde un punto de vista arqueológico. Como colofón, es preciso mencionar que la cultura de la costa este, es decir, un descendiente ibérico de la cultura de Almería y que comenzó a manifestarse con motivos muy primitivos, pero que consigue poco a poco un florecimiento, se asentaría en el interior hacia el siglo III a. C. Las vasijas ibéricas policromadas aparecen hacia el año 300 a. C. en la Meseta Central y hacia el año 218 a. C. se nombra de forma explícita a los iberos en un enclave del interior. En sí, esta convivencia pacífica podría basarse en una adopción o imitación y por ello no es preciso suponer que los iberos llegaran a conquistar la Meseta. Con ello se demuestra también en el plano arqueológico la tesis de Schulten de

⁶ Con este título existe una pequeña nota lexicográfica, que Schuchardt publicó en RIEV; me parece que probablemente Bähr se esté refiriendo de modo abreviado a Schuchardt 1913.

una ocupación tardía del interior por parte de los iberos. Son inciertas las relaciones en la costa marítima del norte; esta parece haber sido periferia de la zona Central, por tanto hispánica (?), después celto-ibérica, o bien ámbito de expansión de la zona pirenaica.

Si tomamos lo expuesto hasta el momento como punto de partida para adentrarnos en el campo de las relaciones lingüísticas, quedan patentes las dificultades que entrañan las numerosas migraciones y movimientos de pueblos. Retrocedamos en el tiempo y observemos los cambios etnográficos y lingüísticos de Asia Menor en los dos últimos milenios a. C. Geográficamente hablando, la situación sería similar a la hispana: se trata de una península rodeada de agua por tres partes, que sirvió como puente entre pueblos y que sufrió en numerosas ocasiones ataques y ocupaciones de pueblos del tronco indoeuropeo. Con solo pensar en la confusión lingüística que existió en el Asia Menor, en la diversidad de influencias, superposiciones, cruces, fusiones, expulsiones, que se reflejan tan a menudo en el devenir de las lenguas, nos puede parecer que no podremos llegar a aclarar el entresijo de relaciones lingüísticas en la península pirenaica. Apoyan esta dificultad la escasez y la poca fiabilidad de los testimonios autóctonos que conservamos para su investigación.

Sobre todo, desconfiamos de un estudio basado en los topónimos e hidrónimos. No creemos que esta sea la base apropiada o que nos preste una ayuda decisiva. De todos es sabido que perduran en el tiempo, pero podrían brindarnos una imagen engañosa de la situación, al situar en el mapa de un territorio nombres aparentemente contemporáneos. Quizá el estudio de la antroponimia nos lleve algo más lejos. De hecho, tras los trabajos de Schulten (*Num.* 1, 231 ss.), Gómez Moreno intenta establecer una clasificación lingüística del país, sobre la base de antropónimos en la Antigüedad clásica. Creo que podemos aceptar su trabajo y felicitarle por los resultados referentes al interior (Celtiberia), al nordeste hispano (*Hisp. Tarraconensis*) y al noroeste; sobre todo porque confirman las conclusiones de la evolución etnográfica. Sin embargo, no me convence del todo su exposición sobre la «onomástica meridional» y quisiera subrayar que coincido con él en plantear algunas dudas. La falta de unidad del material onomástico es un reflejo de la variedad etnográfica de estas zonas ricas en tesoros naturales, visitadas y en parte también conquistadas, por tantos pueblos extranjeros.

No quisiera, de ningún modo, poner en tela de juicio la utilidad de la antroponimia y de la toponimia para estos análisis: precisamente las últimas investigaciones de Gómez Moreno, Bertoldi y Menéndez Pidal han aportado notables resultados. Ahora bien, dichas investigaciones no deben entremezclarse desde el principio con la cuestión ibérica hasta no haber definido con cierta claridad el término «ibérico». Justamente, esto no había sido posible hasta el momento. Mi tarea se centrará en separar de forma clara lo ibérico de lo «no ibérico» antes de pasar a otros problemas, como por ejemplo, la cuestión del parentesco lingüístico. Una vez conocido con mayor rigor el tipo de lengua que nos ocupa, se pueden incluir en la investigación topónimos y antropónimos en la medida en que corresponden a este tipo.

Para mostrar las confusiones y equivocaciones que provoca el estudio absoluto de topónimos, es decir separado del contexto, en el ámbito de la península ibérica, me referiré al término *Cala-*, primer elemento de numerosos topónimos actuales y antiguos de Hispania. Quien contemple hoy en día el mapa de manera ingenua, observará varios topónimos formados con este elemento: *Calahorra* (en el Ebro central), *Calatrava* (en el oeste), *Calaceite*, *Calatorno*, *Calamocha* (en la Meseta este) y *Calatayud* y, dado que la primera ciudad citada se llamaba en la Antigüedad *Cala-gurris*, podrá incluir sin más también el *Cala-dunum* norluso. Pero ya en este punto nos acechan las dudas. Es evidente que el segundo componente es celta y de ser necesario podríamos considerar celta también el primero, dado que tenemos *Burdigala*, *Arbocala*. Por otra parte, constatamos que Calatayud es una ciudad de fundación árabe («Castillo del Ayud») y que en esta palabra se incluye el término árabe para «castillo», tal y como sería el caso para otros topónimos cercanos formados de manera similar. Tendríamos que diferenciar las formas con *Cala-* de la Antigüedad de aquellas de formación árabe.

El topónimo *Calagurris* se ha explicado a partir del vasco: *gara* «altura», *gorri* «rojo»; es decir, «castillo rojo» = «Rotenburg». De hecho, el actual *gara* podría haber sido *kala* en vasco antiguo. No quiero insistir ahora en que *gara* no tiene el significado de ‘castillo’, y por lo que se puede decir, ni lo ha tenido (*Garagorri*, topónimo vasco, significa «altura roja»). Me parece aún más importante señalar que ninguno de los autores que defienden su etimología haya intentado apoyarse en las condiciones geográficas o toponímicas (por ejemplo, *Alhambra* «la roja») por el color rojizo de las piedras de la muralla. Ahora bien, también podemos interpretar el término de otro modo, como ocurre con *Aitz-gorri* (no ‘piedra roja’) puesto que la cima es de piedra caliza gris, sino ‘gorri’ refiriéndose a ‘desnudo, pelado’, ‘piedra pelada’ comparable con el tan frecuente término de montaña alemán *Kahlenberg*. Tendríamos que contar con dos apelativos diferentes de *Cala-*, uno de ellos atestiguado desde la Antigüedad, al parecer vasco antiguo o ibérico, según se considera tradicionalmente, y otro muy distinto, de origen árabe.

Schuchardt cree poder presentar la prueba de que el vasco está emparentado con las lenguas camíticas tras haber comparado numerosos términos. Opina, a su vez, que el camítico sería un pariente cercano de las lenguas semíticas. En este sentido, el vasco arcaico (?) *kala* y el árabe *qal-a* ‘castillo’ podrían ser una misma palabra, lo que Schuchardt asume como seguro. Así las cosas, se confirma la sospecha inicial referida a la formación de topónimos con *Cala-* en España y al peligro que implica dar una importancia desmesurada a las voces toponímicas.

Pues bien, recientemente Zyhlarz (1932) ha señalado que el término camítico, tal y como lo entiende Schuchardt tras el trabajo de su predecesor Reinisch, no existe y que en ningún caso se puede hablar de un parentesco entre el vasco y las lenguas camíticas propiamente dichas (beréber, etc.). Con ello quedaría sin valor por segunda vez y definitivamente la mencionada etimología.

Esto nos demuestra el cuidado que hay que tener al recurrir a topónimos, y más aún cuando trabajamos con antropónimos, hasta no saber a qué lengua pertenecen. Dejaré de

lado estas consideraciones para mi trabajo. Me centraré y me limitaré a estudiar las inscripciones indígenas en monedas, tablillas de metal y monumentos funerarios. Intentaré buscar una base limitada pero fiable, limitándome a las zonas que presentan una uniformidad etnográfica, cultural y lingüística. A partir de esta base tantearé en direcciones distintas para comprobar la semejanza o las diferencias con respecto a otras lenguas, aunque sin olvidar nunca los aspectos etnográficos e históricos. Cuando Gómez Moreno reprocha a Hübner haber aunado de forma inadmisible escrituras y lenguas, toca el nudo de la cuestión. Lo que hay que buscar al principio no es la uniformidad sino la particularidad característica. La historia y la etnografía ya han hecho verosímil lo primero: la unidad lingüística aceptada desde Humboldt debe ceder en mayor o menor medida ante la diversidad. A nada que reflexionemos con rigor, lo último es lo normal para un país que está dividido geopolíticamente en muchos espacios distintos y que, con la excepción quizá de la época romana, nunca ha constituido una unidad cultural y lingüística. Sucedió así en la antigüedad y sigue sucediendo así hoy en día.



**Leyenda monetaria de *kelse*
(BDHESPERIA Mon. 21)**

II.- El vasco

Características

Schuchardt apunta como uno de los distintivos de la lengua vasca su desmesurada predilección por los sufijos y la curiosa estructura de su sistema verbal. No es este el lugar apropiado para ocuparnos del verbo. Solo quisiera señalar algunas peculiaridades que nos serán de ayuda decisiva para estudiar el parentesco entre el vasco, el ibérico y las lenguas caucásicas. Hay que destacar en primer término que el sistema verbal vasco incluye los pronombres de dativo y acusativo, pero los demás pronombres se colocan especialmente fuera de la forma verbal. El presente de *ibili* «ir» sería como sigue:

Sing.	1 (ni)	na-bil	(yo)	yo voy
	2 (hi)	ha-bil	(tú)	tú vas
	3 (a)	da-bil	(él)	él va
Plur.	1 (gu)	ga-bil-z	(nosotros)	nosotros vamos
	2 (zu)	za-bil-z	(vosotros)	vosotros vais
	3 (ak)	da-bil-z	(ellos)	ellos van

Observamos que los pronombres autónomos de la primera y segunda personas en singular por un lado y los del plural por otro, están relacionados de dos en dos por las vocales (*i,u*). Estas vocales desaparecen en las formas verbales y se sustituyen por la vocal *-a* de etimología incierta y que parece ser característica del presente.

Así como los prefijos de la primera y segunda personas se reconocen sin dificultad como restos de los pronombres, la tercera persona no se corresponde con ninguno de los pronombres que conocemos para la tercera persona (*a, ura, hura*). La suposición de que se haya podido perder tampoco nos ayuda, porque la tercera persona presenta otra peculiaridad: sus formas son las únicas palabras vascas que comienzan por *d-*. A excepción de préstamos, no hay en vasco ninguna palabra que comience por *d-*. Lacombe considera que la *d-* sería una evolución de *t-*. Esta opción tampoco tiene sentido puesto que la *t-* también es ajena al vasco. Yo me inclino a pensar que una sílaba previa ha caído y que la *d-* ha adelantado su posición de la segunda a la primera sílaba. Esta posibilidad tampoco nos resuelve otro problema. Mientras en singular y en plural, tanto para la primera como para la segunda personas, se constata un vocalismo idéntico al de los pronombres y la flexión del singular y el plural es análoga, para la tercera persona contamos solo con el prefijo *d-a* para ambos números. De ahí que sea necesario añadir un sufijo especial *-z*, introducido de manera analógica a las dos primeras personas del plural. El pluralizador *-z* de las dos primeras personas es pleonástico –y algunas formas verbales del dialecto de Oñate no lo insertan–, mientras que en la tercera persona esta es la única marca diferenciadora entre el singular y el plural. Da la impresión de que la *d-* se emplea de forma indiferente en singular y en plural, lo que subraya la posibilidad de que no se

corresponda con ningún pronombre. El presente no parece tener, por tanto, una base homogénea. Parece haberse formado a partir de dos sistemas, dado que la tercera persona se aleja de la primera y segunda personas, y solo después se han unido en una estructura claramente marcada mediante pronombres.

Señalaremos otra particularidad mencionada en repetidas ocasiones. La lengua vasca conoce, además de las flexiones anteriormente citadas, la flexión de un verbo intransitivo que indicaría un transitivo desde la perspectiva de las lenguas indoeuropeas. Están estructuradas de manera análoga. Incluyen como prefijos los mencionados pronombres. El presente del verbo *e-karr-i* «traer» nos sirve de ejemplo:

1	(ni)	n-a-karr	(me)	me trae /él/ (= yo soy traído por él)
2	(hi)	h-a-karr	(te)	te trae /él/ (= tú eres traído por él)
3	(a)	d-a-karr	(lo)	lo trae /él/ (= él es traído por él)
1	(gu)	g-a-kar-z	(nos)	nos trae /él/ (= nosotros somos traídos por él)
2	(zu)	z-a-kar-z	(os)	os trae /él/ (= vosotros sois traídos por él)
3	(ak)	d-a-kar-z	(los)	los trae /él/ (= ellos son traídos por él)

Parece evidente que, si *nabil* significa «yo voy», *nakar* (literalmente «yo traigo») tendría que significar «yo soy traído», ya que la raíz verbal es la misma en voz activa y en pasiva. El significado vendrá determinado por la posición de los pronombres. Si *n-* es el sujeto de los verbos intransitivos, tendría que desarrollar la misma función para el denominado transitivo. El transitivo vasco habría que considerarlo originariamente como se ha señalado en las traducciones literales dadas entre paréntesis en el paradigma anterior. Los vascos de hoy en día no perciben ese sentido de voz pasiva, al dejarse guiar por su sentido lingüístico. Distinguen la voz activa (que en realidad no existe) de la pasiva como lo hacemos nosotros en nuestra lengua. Los gramáticos vascos desestiman de forma ingenua la teoría de la *pasividad*, pues se acercan a esta desde su sentido lingüístico y les parece un menosprecio para su lengua el afirmar que el vasco no conoce la voz activa. Los científicos, sin embargo, se han apropiado, con una excepción, de esta teoría iniciada por Fr. Müller y descrita en detalle por Schuchardt.

Las formas del pretérito se presentan de la manera siguiente:

1	n-en-bil-an	yo iba	n-en-karr-an	/él/ me traía
2	h-en-bil-an	tú ibas	h-en-karr-an	/él/ te traía
3	e-bil-an	él iba	e-karr-an	/él/ lo traía
1	g-en-bil-z-an	nosotros íbamos	g-en-kar-z-an	/él/ nos traía
2	z-en-bil-z-an	vosotros ibais	z-en-kar-z-an	/él/ os traía
3	e-bil-z-an	ellos iban	e-kar-z-an	/él/ los traía

Aquí constatamos de nuevo el citado paralelismo, al entender *nenkarran* como voz pasiva y traducirlo como «yo fui llevado por él». Sea o no acertada esta tesis, está claro que el pretérito se desarrolla a partir de una base diferente de la del presente. Trombetti niega la teoría pasivista para el presente basándose en este último dato. Según él, la teoría pasivista solo hubiera tenido sentido en caso de poder explicar todo el presente y el pretérito desde una misma perspectiva. Pero este no es el caso.

Ahora bien, el pretérito también presenta una distinción entre la primera y la segunda persona por un lado y la tercera por otro. En la tercera persona no encontramos ningún resto consonántico que pudiera identificarse como un pronombre, tal y como se dio el caso en el presente con la *d-*. Además, la raíz verbal de la tercera persona carece de la prefijación en *-en-*, que se utiliza como rasgo propio del pretérito en la primera y segunda personas. No podemos aceptar el sufijo *-n-* como rasgo propio del pretérito, puesto que falta en algunas formas derivadas del pretérito y no aparece ante la conjunción sufijada *-la* «que». La tercera persona del pretérito es aún más autónoma que la del presente: muestra además de la raíz verbal, solo un prefijo no pronominal *e-* y un sufijo no pronominal *-(a)n*; ambos coinciden en gran medida con el prefijo (*e-*, *i-*) del participio perfecto y con uno de sus sufijos (*-i*, *-n*): *e-torr-an* «él venía» parece significar simplemente «venido», al igual que *e-bil-an* «ido». En todo caso existe una relación muy estrecha entre la tercera persona del pretérito y el participio perfecto. Por tanto, aún con mayor claridad que en presente, la tercera persona se diferencia de la primera y segunda personas en cuanto a su procedencia.

Resumiendo, podemos establecer una doble constatación: la primera y la segunda personas del singular y del plural de los dos tiempos básicos constituyen en cierta medida un sistema unitario. La tercera persona, en cambio, ha sido incluida en este sistema con posterioridad y tiene otra procedencia. La del pretérito era en su origen una forma infinita que ha adoptado un sentido finito al haberse encuadrado dentro del sistema verbal.

Por otro lado, el presente y el pretérito se han formado de manera diferente. En aquel el verbo transitivo se ha formado de modo pasivo, en este, por el contrario, tenemos quizá en parte un sentido posesivo.

Así, comprobamos una doble fractura en la conjugación vasca. Constituye un problema intentar explicar la razón de esa fractura y saber lo que se esconde detrás de ella. Son problemas que quedarán sin respuesta puesto que no contamos con testimonios en vasco antiguo.

La introducción de pronombres en la conjugación verbal ha provocado un detallado y complejo sistema de formas, en el que no queremos ahondar en este momento. Si en español escribimos *dámelo* en una palabra, es porque queremos plasmar una idea unitaria. Si juntáramos en una palabra las formas en alemán «gibsmir», «gibmirs», «gibmersch» podríamos tener una idea aproximada del modo de formación de los verbos vascos. Lo que en nuestras lenguas se da de manera esporádica, se ha convertido en vasco en norma; es decir los componentes han evolucionado de forma que no se pueden separar. Por ello,

no se puede hablar de una diferencia esencial con relación a otras lenguas, sino de una diferencia de grado.

Fuera de la conjugación, todas las relaciones y funciones se expresan mediante sufijos. La declinación no conoce prefijos, y en la formación de palabras estos no son frecuentes. Los sufijos tienen su origen, al menos en parte, en palabras autónomas. Esto se puede observar todavía en ciertos préstamos que a partir de compuestos nominales se han convertido en una especie de sufijo: latín *gula* «garganta, avidez», vasco *gura* «querer, desear», *logura* «deseo de dormir, sueño».

También en la declinación encontramos préstamos de otras lenguas (latín, romance, germánico ?). Llama la atención que algunos sufijos de la declinación tengan terminaciones que por lo demás no aparecen en vasco en final de sílaba, lo que nos hace pensar en una pérdida de una vocal final originaria.

El empleo exclusivo de sufijos para denotar una función sintáctica imprime a la lengua un carácter lineal: primero se expresa el sentido propio de la palabra, después vendría una modificación de ese concepto, por ejemplo, su multiplicación a través de un pluralizador y, por último, su relación con otros conceptos, es decir otros elementos dentro de la oración. Este esquema estricto parece indicar una estructura lingüística interna simple y sin complicaciones. De ahí que la sintaxis oracional sea muy libre y no conozca reglas que limiten las posiciones de las palabras: la marcación de las relaciones sintácticas se hace de manera tan clara mediante los sufijos que la posición de las palabras no necesita usarse como medio de relación. Si comparamos este estado con el de las lenguas indoeuropeas actuales, fijándonos en su evolución (que habrán experimentado en mayor o menor grado), el sistema vasco nos parece muy simple: parece haber conservado una estructura lingüística interna ciertamente antigua.

El sistema fonético del vasco

Lo más destacado es la ausencia de *f* y de los sonidos *p-*, *t-*, *d-* en posición inicial (con la mencionada restricción para *r-*). Extranjerismos que comienzan por *r-* adoptan una vocal protética (*errege* de *regem*). La *f* se sustituye por *p* o *b* aunque la *f* aparezca de forma esporádica en todos los dialectos. No se conoce tampoco el grupo *muta cum liquida*, tan frecuente en las lenguas indoeuropeas, por ejemplo *kl*, *kr*, *pl*, *pr*, entre otros. En algunos préstamos se introduce una vocal de apoyo, así *gurutze* de *crucem*. Las sílabas en general terminan en vocal o en consonante continua (a excepción de *-m*). No se dan fonemas oclusivos al final de sílaba. En este punto, los sufijos constituyen una excepción importante, puesto que tenemos en el nombre *-k* como marca de plural, *-k* como agente, *-ik* como partitivo y *-t* «por mí» como agente en la primera persona singular del presente. También *bat* «uno» y *bart* «ayer por la noche» presentan este final de sílaba tan inusual. Sin embargo, los derivativos *barda*, *bat bedera* «uno cada uno» y *bada* nos demuestran que la *-t* es una reducción de *-da*. Podemos deducir lo mismo del sufijo verbal *-t-*, sobre todo si nos fijamos en el dialecto del Valle del Roncal, que aún emplea el fonema sonoro *-d* y, en lugar de *-t* y *-d*, se sirve de *-da-*, cuando le sigue otro sufijo: *deda-la*,

duda-la «que yo lo tengo». En este sentido, existe la posibilidad de que los restantes sufijos originariamente poseyeran un final vocálico hoy perdido, lo que les permitiría encajar en el sistema fonético sin ningún problema. Como resultado del uso frecuente de sufijos, aspecto este que se mantiene hoy día, habríamos podido encontrar palabras muy largas, lo cual favorece la reducción fonética de las desinencias, mientras se siga distinguiendo con claridad la función sintáctica que desempeñan los sufijos. La marca de plural *-k* podría haber tenido su origen en *-ka* o *-ke*.

Es muy llamativo que el vasco posea o haya poseído tanto la aspirada *h* como las sordas aspiradas (*ph*, *th*, *kh*). Hoy en día, solo se han mantenido en los dialectos del norte de los Pirineos, mientras que *h* se habría perdido en los dialectos hablados en el País Vasco español en torno al año 1600. Como testimonio de su presencia en un tiempo también al oeste de los Pirineos, tenemos no solo los documentos lingüísticos más antiguos en vizcaíno y guipuzcoano (en los cuales la aspirada aparece de forma irregular, lo que ilustra que a lo largo del siglo XVI se hallara en trance de desaparición), sino también las grafías oficiales de numerosos topónimos ubicados en territorio vasco-español, entre los que menciono los siguientes recogidos de diferentes zonas:

En Bizkaia: Hormaeche, Heguiluz (1348), Galharraga.

En Navarra: Huarte, Humeberri, Hargaray (1609), Harluhe.

En Gipuzkoa: Hondarribia, Hoazurtza, Hernio (nombre de montaña), Huici, Uhagon (los dos últimos aún se escriben así hoy en día).

En Álava: Zalduhondo, Haiztara, Hereinzuhin, Hagurahin (1256), Larrahara, etc.

El hecho de que todos los dialectos poseían una *h* no hace mucho tiempo es tan evidente, que no permite duda alguna. Ahora bien, el problema de la *h* radica en otro punto, a saber, en determinar por qué esa *h* ha desaparecido en los dialectos hablados en el lado español de los Pirineos y por qué esa pérdida se ha detenido en la frontera política, a pesar de que no exista una frontera dialectal manifiesta. La circunstancia de que la frontera política, en su condición de límite a la circulación, ha limitado la expansión de este fenómeno, así como el hecho de que la *h*, más o menos en el mismo tiempo si no antes, se ha perdido en castellano, nos indican en qué dirección habrá que buscar la solución a este problema, aunque aquí y ahora no vayamos a tratarlo en detalle.

De todas formas, cuando comparemos términos vascos con ibéricos, celtas u otro material lingüístico, siempre habremos de tener en cuenta la *h* vasca. Ahora bien, no se debe, como viene siendo habitual, partir de las formas vizcaína y guipuzcoana, que la han perdido hace 300 años. Podemos señalar que la *h* puede tener su origen en una forma anterior *ch*, *kh* o *k*, como se podría, al parecer, observar en la forma esporádica *kau*, *gau* al lado de *au* «este» y en compuestos antiguos como *hazkazal* «uña», de *hatz* «dedo» y *hazal* «pellejo».

Evolución histórica de los sonidos

Aún no se ha escrito una Fonética histórica de la lengua vasca, dado que las dificultades para su investigación son muy grandes. Se podría pensar que un análisis de sus dialectos, que a menudo y sobre todo en el aspecto fonético están muy lejos unos de otros, facilitaría su estudio. En especial Uhlenbeck (*Contr.*) y Gavel (1921) han hecho un gran trabajo en este terreno. Ahora bien, la constatación de diferencias fonéticas no dice nada sobre la dirección del cambio fonético. En algunos puntos advertimos innovaciones, pero en la mayoría de los casos no sabemos a ciencia cierta qué dialectos han mantenido los sonidos más arcaicos.

Los resultados que se pueden conseguir a partir del léxico prestado al vasco son más limitados en alcance, pero más seguros. La lengua vasca es, en realidad, una lengua mixta, en el mismo sentido que lo decimos de la lengua inglesa. Ambas lenguas han sufrido una enorme infiltración extrajera en su léxico, de modo que se puede afirmar que el componente originario no románico es en gran medida menor que el románico.

Por su parte, la estructura lingüística se ha mantenido esencialmente intacta. La lengua vasca ha sufrido en su léxico una influencia románica tal, que si alguien se quiere dedicar a su estudio con ciertas garantías deberá ser, a su vez, romanista. Esta condición no siempre se ha respetado y como consecuencia algunos estudiosos, por lo demás reconocidos, han llegado a resultados erróneos (Goutmann, 1913 y, sobre todo, H. Winkler, reseñado por Uhlenbeck en *RIEV* 1910, con réplica de Winkler 1914), a menudo defendidos a ultranza por sus autores, como es el caso de Winkler.

Los préstamos del vasco no se reducen solo al léxico, sino que se extienden también a los sufijos derivativos e incluso a los sufijos de la flexión nominal. Es interesante comprobar que los distintos préstamos en el léxico se pueden distinguir claramente unos de otros, dado que estos se asientan como estratos geológicos sobre el léxico “originario” y si se eliminan los más superficiales y recientes se accede a estratos de préstamos cada vez más profundos y antiguos. Lo que resta, al final, no tiene por qué formar una masa uniforme. Schuchardt ya nos lo advierte (*Brevier*, 228): «Sería imaginable, es incluso más que probable, que la lengua de la que consideramos deriva el vasco no presentara menos enigmas para un investigador de entonces que las que nos acarrea el vasco actual a nosotros».

Los préstamos del vasco proceden de las siguientes lenguas, que enumero en orden histórico, comenzando por las más recientes: la románica, aunque aquí haya que distinguir entre una influencia reciente francesa y otra provenzal-bearnesa antigua y entre una castellana reciente y otra castellano-navarra más antigua; la gótica; el latín tardío (en parte el latín eclesiástico); el latín clásico y el celta. Nuestros conocimientos no alcanzan más allá.

Los préstamos más antiguos son los más importantes para el estudio de la evolución fonética. Aunque no puedo entrar ahora en los préstamos celtas, quisiera mencionar algunos de ellos que hasta la fecha nadie ha identificado:

1. *zezka* «caña», celta *sesca*.
2. *bezu* «costumbre», celta *bessu* (o del latín *vitium?*).
3. *dundu* (ronc.) «oscuro, negro» con una *d-* impropia del vasco, irlandés medio *don. -donno-*, recogido en el antropónimo galo *Matidonno* «le Bon Brun» (Dottin 1920: 93) y relacionado con la evolución inversa del catalán, *-nd-* > *-n-*: *Gerunda*, *Gerona*.
4. *senharr* «esposo», celta *sen* «viejo». (Según Schuchardt se correspondería con el español *señor* ??).
5. *logi*, *lohi*, *loi* (*lokatz*) «suciedad, pantano», en los teónimos hispanos *Lougoves Uxamae*, *Lougiae*, *Louc...*, en el étnico *Lugii* (Tácito) en Bohemia-Moravia («habitantes de lodazales»), en *Lugeon helos* cerca de Trieste (ilirio), a partir del indoeuropeo *leug-* «negruzco, pantano».

En cuanto al estudio de los préstamos del latín clásico, nos movemos en terreno más seguro. Dado que estos han compartido el desarrollo del vasco desde hace dos mil años, reflejan el desarrollo fonético que ha sufrido el vasco en este periodo temporal. Estos préstamos (palabras aisladas en su mayoría) desgraciadamente no pueden darnos más datos referidos a otros cambios de la lengua.

Los resultados más destacados tras el estudio de los préstamos latinos son los siguientes:

1. Las oclusivas sordas se sonorizan en inicio de palabra; sin embargo, se mantienen sordas en posición intervocálica, es decir evolucionan de manera inversa al castellano: *bake*, *dembora*, *gambara*, *gertu* (de *pacem*, *tempora*, *camera*, *certum*); pero *ditare* (de *digitale*, en español, *dedal*).

Cuando, sin embargo, en el vasco actual encontramos palabras con *t-* y *k-* iniciales, que por lo que sabemos no se consideran préstamos, es necesario dar una explicación particular. Para ello elijo los ejemplos siguientes: *kendu* «quitar», *kee* «humo», *kide* «compañero» y *toki* «lugar». En los dos primeros casos, la *k-* no es primaria, ha resultado de un apócope o de una metátesis, como nos lo muestran las formas variantes *ekendu* o *eke*. Por otro lado, se da para *kedar* «hollín» de *kee*, la variante «regular» *gedar*. *Kide* presenta una variante *ide*, que sería probablemente la más antigua; y es que un compuesto a partir de esta palabra tan antiguo como *aide* «pariente» se ha formado a partir de la forma sin *k*. ¿De dónde viene entonces esa *k*? Supongo que es un resto del sufijo *-ko* (de origen celta) que forma adjetivos a partir de sustantivos (*etxe-ko* «casero»). *Etxeko-ide* «compañero de casa» se podría haber contraído en *etxekide* y de esta forma se ha abstraído probablemente *kide*. Apoya esta tesis la circunstancia de que *-k(o)* con algunos sufijos, por ejemplo *-era* (de origen románico, en español *-era*, en francés *-ière*) se haya fundido en *-kera*, lo mismo que ocurre con *-eta* (lat. plur. *-eta*) en *-keta*.

Algo similar ocurre con *toki*. Los derivados se tenían que haber formado a partir de *-oki*, y la *-t* tendría su origen en una composición nominal, que a menudo une dos palabras (*betarte*, de *be(gi)-t-arte*, de *begi* «ojo» y *arte* «entre»).

En otros casos, quizá también en los arriba mencionados, tendríamos que ocuparnos del problema del acento. En una lengua en la que la composición y los sufijos adquieren tanta importancia, el hablante no siempre sabe si se trata de una palabra autónoma o si se trata simplemente de un mero componente de la palabra. Durante el acto de comunicación una misma palabra no siempre se percibe como autónoma, de modo que en este caso no sufriría sonorización. Por ello se puede suponer que esta solo se dio en palabras que habitualmente ocupaban una posición inicial dentro de una unidad de sentido. Los fonólogos tendrían que confirmar aún esta suposición. Es decisiva para el cambio de una sorda inicial no tanto la posición en la palabra como la posición en el acto de habla.

2. La *-l-* intervocálica se convierte en *-r-*, mientras que la *-ll-* se mantiene: *ditare, maradikatu, estakuru, borondate, orio* del latín *digitale, maledicere, obstaculum, voluntatem, oleum*; pero *gela, zela, gaztelu* del latín *cella, sella, castellum*. Si encontramos en el vasco actual una *-r-* intervocálica, puede ser que tuviera su origen en una *-l-*. Sin embargo, en ocasiones se conserva una *-l-* antigua, por ejemplo, al ir protegida por una *h* (*alhargun*) o si la sílaba vecina contenía una *r*, como quizá en *elur* «nieve» que solo en algunos dialectos pasa a *erur* y en otros mediante disimilación a *edur*.

3. La *-n-* intervocálica desaparece: *are(a), liho, mea, dihalü* y *diru, doari* del latín *arena, linum, mina, denarium, donarium*. Como estadio intermedio hay que suponer quizá para todos los dialectos una [h].

4. El grupo *muta cum liquida* se evita mediante la introducción de una vocal: *gereta, girisailu, lukuru* de *clata, criseolum, lucrum*. También en épocas posteriores este grupo de sonidos ha sido problemático; así se evoluciona a *girstino, Betiri, gurutze* del primitivo románico *cristianu, Petri, cruce*.

5. En inicio de palabra *pl-* y *fl-* se simplifican en *l-* como *laket, lore* de *placet, florem*.

6. La *r-* en posición inicial añade una vocal protética y se duplica, *errege, erregina, errege* de *regem, regina, rogo*.

7. La *c* ante consonante muestra una evolución curiosa, por ejemplo, ante *t* y *l* en interior de palabra en los grupos *-ct-* y *-cl-*, pasa a través de *x* a *i*: *deitu, dailu, zerrailu, izpilu*, del latín *dictum, daclum, serraclum, spec(u)lum*. Este paso se constata también en la evolución del sistema fonético del francés, provenzal, catalán, castellano y portugués, una prueba más de la influencia celta tan importante que sufrieron todas estas lenguas románicas. Esta influencia se extiende hasta el vasco de manera directa o a través del románico primitivo, pues la *e* de *deitu* no se acerca al clásico *dictum*, sino a una pronunciación abierta vulgar de la *i* breve latina.

8. La *f* latina se transforma normalmente en *b*, aunque puedan aparecer también *p* y *ph*: *bago, biru, baba* de *fagum, filum, fabam*.

9. La *-m-* y *-nn-* latinas pasan a veces a *-mb-* y *-nd-* respectivamente: *gambara, mando* de *camera, mannus*. Respecto al último cambio, hay que citar también el paso *nn*

> *nd* en galo, según «las Variantes de grupos de semejante origen» de Dottin: *Manduessedum* < *mannus*. También en celta *dubno-*, *dunno-*; en vasco *dundu*.

10. Oclusivas sordas tras *n* y *m* se sonorizan; así, *denda*, *maindire*, de *tenta*, *mantile*; *ingude* de *incudem*; *dembora* de *tempora*; *golde* de *culter*.

11. Las vocales, en general, no han sufrido cambios importantes: *a*, *o* y *au* se mantienen; *are(a)*, *dembora*, *gauza* de *arena*, *tempora*, *causa*. *i* y *u* se mantienen tanto si son largas como breves, prueba de que estos préstamos son muy antiguos, mientras que en las demás lenguas románicas ya han pasado a *e* o a *o*. Por ejemplo, *kimu*, *kirru*, *putzu*, *lukru*, *gura* de *cymum*, *cirrum*, *puteum*, *lucrum*, *gula*. La *o* tiende a convertirse en *e*. A menudo se da ese debilitamiento en posiciones no acentuadas: *leku*, *erregu*, *zelairu*, *serora*, *estakuru*, *Zubero*, de *locum*, *rogo*, *solarium*, *sororem*, *obstaculum*, *Subola* (en el siglo VII). En otros casos se ha mantenido: *gorphutz*, *ohore* de *corpus*, *honorem*. En vasco no encontramos huellas de una diptongación de vocales, como sucede en mayor o menor medida en las lenguas románicas en posición acentuada. Parece estar relacionado con el hecho de que en vasco, en general, no sean relevantes la cantidad vocálica ni el acento espiratorio en la mayoría de los dialectos.

Algunas de las peculiaridades que hemos mencionado para la lengua vasca se pueden hacer extensivas al bearnés; por ejemplo, caída de la *-n-*, paso de *-l-* a *-r-*, vocal protética ante *r*, y aversión a la *f*. La idea de que el bearnés ha surgido en parte de una base vasca tiene un apoyo en las incursiones de Vascones en Aquitania (587), según nos relata Gregorio de Tours.

La otra particularidad de la evolución fonética del vasco, la conservación de las oclusivas sordas en posición intervocálica y sonorización en inicial se constata, por su parte, en determinados dialectos pirenaico-aragoneses hablados (*gayato* por castellano *cayado*), que, igualmente, están cerca de la frontera lingüística vasca (Saroĩhandy 1913). Este territorio habría sido en la Antigüedad territorio vascón. Los dialectos de esa zona presentan una influencia de la lengua vasca o de su estadio anterior, es decir, de la lengua de los vascones.

Si echamos un vistazo a la evolución fonética del vasco a partir de los préstamos del latín, constatamos que la lengua vasca es muy conservadora. La lengua apenas ha evolucionado en el terreno fonético desde hace 2000 años. Sin embargo, sería un tanto aventurado adherirse a la opinión de los gramáticos vascos, que quieren ver en su lengua algo primitivo, inmutable. Por otro lado, hay indicios de que la lengua haya evolucionado de manera considerable en el sistema verbal. Basta echar una ojeada a los modestos testimonios literarios de hace 400 años para ver que las formas verbales se hallan en constante cambio. Es de suponer que también ocurriría algo similar en los 1600 años anteriores de los que no guardamos testimonios. Algunos investigadores tienden a pensar que en la Antigüedad los elementos del sistema verbal no estaban unidos de una manera tan estrecha como en la actualidad. Incluso sostienen que dichos elementos podían haber funcionado de forma autónoma. En todo caso, se nos habría hecho relativamente más fácil comprender un texto en vasco de la época del nacimiento de Cristo, porque el sistema

fonético no diferiría en gran medida del actual y el sistema verbal, tan complejo y tan evolucionado hoy en día, parece haber presentado en su origen un primer estadio del que podemos hacernos una idea aproximada. Pero ya en aquella época el vasco tuvo que haber sido una lengua sufijante, solo que hoy en día ha perdido algunos de los sufijos primitivos, mientras que ha adoptado otros de los que conocemos su origen y que entonces aún no existían.



Foto: J. Gorrochategui

Altar votivo de St.Aventin (H.G.)

III.- Los vascones y sus vecinos en la antigüedad

Vasco y celta

Aunque sea difícil establecer una relación lingüística entre los *euskaldunak*, como se autodenominan los vascos, y los vascones primitivos, no creo que haya dudas en que los vascos actuales sean en principio los descendientes directos de los vascones, tanto en el sentido étnico como en el lingüístico.

Ahora bien, llama la atención que los territorios ocupados por los vascones no coincidan casi con las zonas en las que se habla vasco en la actualidad. La frontera oriental actual de la lengua vasca, que hace cien años corría más al sureste, coincide más bien con la frontera étnica de los vascones en el s. I a. C., cuando entraron en la Historia por primera vez. Esta frontera atraviesa desde el sudoeste hacia el noreste la actual Navarra. Los vascones fueron expulsados de su territorio por las migraciones de pueblos que ininterrumpidamente penetraban en la península; en otras palabras, los vascos no son autóctonos de la zona que ocupan, sino que se desplazaron al territorio que ocupan hoy en día, el ángulo del Golfo de Vizcaya, en una época relativamente tardía.

Conservamos información fidedigna sobre el territorio de los vascones. Estaban establecidos entre los Pirineos y la cuenca media del Ebro y limitaban al este con el actual río Gállego. En dirección oeste, los datos son más imprecisos. Según Livio, *Calagurris*, la actual Calahorra, estaba situada en la frontera oeste de los vascones limitando con los berones celtas. Pero autores posteriores la consideran una ciudad vascona plena. Por el sur, el territorio de los vascones llegaba hasta cerca de *Caesaraugusta-Salduvia* (según inscripciones monetales en escritura ibérica *salluie*), ocupado por el pueblo ibérico de los edetanos. Dado que los iberos, procedentes del sur, no eran autóctonos de esta zona sino que llegaron a ocupar este territorio, uno de los más alejados de su dominio, es posible que fueran los iberos los responsables de las migraciones de los vascones hacia el noroeste, al menos en la primera fase. Así, *Caesaraugusta-Salduvia* podría haber estado originariamente en territorio vascón: el nombre prerromano suena muy vasco, por ejemplo, *Zaldibia* en Gipuzkoa, «vado de caballos», y se ha conservado hasta hoy como *Zaldu* en algunos vascos (*Euskera* XII, II-IV, pág. 209, nota). Por otra parte, se deduce de los datos relacionados con *Calagurris* que su pertenencia a los vascones era discutida al menos en la época de Livio. Al parecer, los vascones la habrían conquistado en una de sus expansiones, es decir, se la habrían arrebatado a los berones. De hecho, la primera parte del nombre *Calagurris* nos acerca al celta. Encontramos una referencia segura de la incursión de los vascones en las noticias de Ptolomeo, en las que se alude a *Oiasso*, hoy Oyarzun junto con su puerto de Pasajes, como su salida al mar. Hacia el siglo I d. C. los vascones se adentraron entre los pasos de los Pirineos y los várdulos (sus vecinos al

noroeste) hasta llegar al mar, en su esfuerzo por ganar un puerto o quizá porque sus vecinos del sudeste les seguían acosando.

Su posterior expansión hasta las actuales Gipuzkoa, Bizkaia y Álava no se atestigua históricamente, como tampoco tenemos datos de su retroceso del Aragón occidental, en caso de haber existido un retroceso y no una profunda romanización. De las noticias sobre las luchas entre los reyes visigodos y los vascones podemos deducir que a finales de la Antigüedad los vascones ocupaban al otro lado de los Pirineos, con mayor o menor precisión, las actuales provincias vascas. De esta manera concluyó su migración por la península.

Se menciona a los aquitanos como los vecinos de los vascones por el norte, al otro lado de los Pirineos. Al nordeste estarían los jacetanos, a los que se incluye, a veces, dentro de los aquitanos. Al este se situarían los ilergetes ibéricos, al sudeste los edetanos⁷ igualmente ibéricos, que ocupaban una estrecha franja desde *Caesaraugusta* hasta cerca de Valencia, al sudeste los pelendones celtibéricos, al oeste los berones celtas y, por último, al noroeste, hacia la costa, siguiendo la dirección de este a oeste, estarían los várdulos, caristios, autrigones y los cántabros.

A continuación intentaré explicar las relaciones lingüísticas entre los vascones y sus vecinos, con los que han estado en contacto a lo largo de su expansión y de su posterior retroceso. En este sentido no solo me referiré a los pueblos célticos mencionados, sino también al celtibérico y al ibérico, dado que toda la segunda parte de este trabajo está dedicada a esos dos grupos; la cuestión del celtibérico e ibérico solo se puede acometer una vez se haya aclarado la relación lingüística de los vascones con sus vecinos del noroeste.

Ya que desgraciadamente no contamos con otros materiales o fuentes, me serviré de los topónimos, en ocasiones de antropónimos, en territorio vascón y en aquellas zonas vecinas sometidas, desde la costa cantábrica hasta el alto Ebro.

Ptolomeo enumera de manera bastante completa los topónimos de los vascones (Schulten 1927: 230 ss.). Añadiré algunos citados por otros autores.

El topónimo más claramente vasco sería *Iturissa*, emplazado al borde de la vía que circula por los Pirineos. En vasco encontramos *iturri-tza* «lugar de manantiales». Al parecer, los romanos transcribieron la *-rr-* del vasco por una *-r-*, aunque el vasco distingue claramente estos dos sonidos. El topónimo *Nemanturissa* también incluye *iturri* (no se conoce su ubicación). La primera parte del término la encontramos en *Neman-ingensis* (según Holder cerca de Aschaffenburg), que puede ser celta. Ya hemos apuntado que *Calagurris* suena vasco y podría explicarse, en parte, desde el celta. No se pueden dejar de lado el celta (*Cala-dunum* en el norte de Lusitania, como híbrido o como derivado de *Cala-* «propiedad de Calos», según Holder) ni lenguas indoeuropeas cercanas a él (por ejemplo, los antropónimos lepónticos *Verkala* y *Ritukalos*), puesto que la ciudad, como ya

⁷ La investigación posterior ha diferenciado a los *edetanos* de los *sedetanos*, términos que en las fuentes aparecen frecuentemente mezclados. La región zaragozana limítrofe de los vascones pertenecía a los *sedetanos*.

hemos mencionado con anterioridad, no parece haber estado en su origen en territorio vascón. También *Oyarzun*, la forma actual de un topónimo antiguo que no se puede establecer con seguridad (*Oiasso*, *Olarso*, *Oidusanu*), parece vasco, aunque el nombre aún no se haya aclarado de manera satisfactoria. La ciudad fundada por Pompeyo, denominada *Pompaelo*, **Pompailo*, podría integrar en su segunda parte el término aparentemente vasco *ilu*, que sería, a su vez, parte integrante del topónimo moderno *Iruña* de **Illu-ina*. En *Graccurreis* (*Gracchuris*?) podría verse *(h)iri*, *(h)uri* «ciudad». Sin embargo la *-rr-* es un tanto extraña (al contrario que en *Iturissa*). Quizá, y si Menéndez Pidal tiene razón en su propuesta, detrás de *-gurri*, elemento propiamente vasco del topónimo aragonés, se escondería la palabra «ciudad». El orónimo *Edulius mons*, uno de los picos de la Sierra de Sobrarbe, coincide con el vasco *edur* «nieve». Esta posibilidad pondría en tela de juicio mi suposición de que *elur* sería la forma de base. En *Lumberri* se constata el vasco *berri* «nuevo». La primera parte de *Iluberritani*, si se refiriera realmente a la mencionada ciudad, sería idéntico a la segunda parte de **Pompa-ilo* (*Iruña*).

Hay una serie de topónimos que, aunque no suenan extraños al vasco, no se pueden explicar a partir de la lengua vasca: *Andelos*, *Alauona*, *Bitturis* (de *bi* «dos» e *iturri* «fuente?»), *Cascantum*, *Curnonium*. Por contra, *Terraga* no es vasco, debido a la presencia de la *T-*. *Muscaria* podría ser latino (de *musca* «mosca»), *Ercavica* (en la frontera sudeste), cuadra más bien con celta *erca-* «variado» y *vica* «asentamiento» (?).

Los topónimos primitivos de los vascones solo en parte se pueden explicar con cierta seguridad a partir del vasco. Debemos tener en cuenta que el vasco actual ha perdido gran parte de su léxico primitivo. Aun así, no podemos evitar advertir elementos celtas en estos topónimos y orónimos.

Algunos de los lugares mencionados se sitúan al sur del Ebro, emplazamientos en los que los vascones apenas se instalaron. Cerca de *Cascantum* y *Gracchurreis* está *Turiasso*. Al empezar por *t-* descartamos sus rasgos vascos. Podría tratarse de un término celta o de alguna lengua desconocida. Ahora bien, está cerca del territorio de los Pelendones, que no solo ocuparon la montaña, sino también las laderas de dichas montañas hasta llegar al Ebro, y de los berones, en el valle del Ebro. Aunque no podamos probar la existencia de elementos celtas, la posibilidad de que lo fueran es elevada.

Hay división de opiniones sobre la adscripción de los pueblos vecinos de los Vascones que vivían en la costa. Bosch-Gimpera considera a los cántabros originarios de un tronco ibérico que se habría desplazado desde el valle del Ebro hasta el mar. Diferencia a estos de los autrigones, puesto que ambos pueblos mantuvieron una lucha permanente (lo que tampoco es un argumento, pues téngase en cuenta a los pueblos germanos). De todas formas, parece ser que los autrigones, caristios y várdulos serían descendientes de los cántabros, pues ya Estrabón menciona a los cántabros como vecinos directos de los vascones (Schulten 1927: 228), evitando citar sus subagrupaciones.

El análisis lingüístico de estos etnónimos y de los topónimos e hidrónimos de sus zonas de asentamiento parece aportar cierta claridad. *Varduli* apenas puede ser vasco debido a *ua-* (aunque algunos autores ofrezcan *Bardyetes*), *Caristii* podría ser un término

vasco. Sin embargo, su nombre coincide con el del pueblo ligur homónimo. *Cantabri* no puede ser ni vasco ni ibérico, por la presencia de *-br-*, aunque encontremos la misma terminación *-bri* en *Arta-bri* (Hispania) y *Vella-bri* (Irlanda). Pomponio Mela considera explícitamente a los *Artabri* celtas. Según Plinio se llaman *Arrotrebae*, que al menos en su segunda parte parece celta (*treb-* «habitar»). Dado que en las Islas Británicas no había iberos, pero sí celtas en Irlanda, Bretaña y España, el nombre de los cántabros podría ser celta y referirse a *canto-* «blanco» (comparable con el galo *Viro-cantus*, Dottin 106, *Cantibedoniensi*, CIL II, 4963).

La rama cántabra de los *Orgenomesci* «quienes se embriagan en la matanza», formado sobre *Orgetorix*, es con seguridad celta, según la opinión de Thurneysen. El puerto cántabro *Portus Blendium* nos recuerda al antropónimo astur *Cauru Blendonis f.*, a los belendos aquitanos, a los pelendones (celtíberos), nombres que según Dottin estarían relacionados con *Belenus*, el Apolo celta (*Celinuntia* = *Apollinares*). En cuanto a los nombres de ríos de la costa norte, *Nerua* (el actual Nervión, cerca de Bilbao) no es vasco, sino quizá celta. Es con seguridad celta el hidrónimo *Deva* que se atestigua a menudo en España, Galia y Britania. De *Aturia*, hoy Oria (nombre de la población en la desembocadura del río Orio), solo puede decirse que no tiene ningún componente vasco, mientras que formas parecidas se dan a veces en celta, e incluso en ibérico. El topónimo cántabro *Juliobriga* no prueba nada, ya que es una fundación romana. El celta *briga* pasó al latín provincial hispano y se adoptó en la formación de neologismos romanos, por ejemplo, *Flaviobriga* (a comparar con el sufijo celta *-acum*, aún en el siglo VI d. C., *Victoriacum*, una nueva fundación del rey Leovigildo, [Schulten 1927: 234], o con *-polis* en *Reccopolis*, un asentamiento de los visigodos).

Uxama Barca o *Ibarca* en territorio autrigón, en contraposición con *Uxama Argaela* cerca de Numancia, presenta una primera parte celta; comp. con el topónimo galo *Uxisama* «la más elevada». Schuchardt compara *Ibarca* con el vasco *ibarko* «del valle», y cree que sería así llamada precisamente en oposición a la otra *Uxama*. La posibilidad se presenta tentadora, pero el final en *-a* en lugar de *-o* es imposible para el vasco. Además, el adjetivo en *-ko* tendría que preceder. Sería lícito preguntarse, además, si no hay una contradicción en el hecho de que una ciudad cuyo nombre significa «la más elevada» se determine con el añadido «del valle». Este es el único ejemplo inseguro de un topónimo vasco bastante alejado del territorio de los vascones. No me atrevo a comentar *Amanum* o *Portus Amanus* (¿la actual Bilbao?). También serán celtas-indoeuropeos *Deobriga* en el Ebro y *Saliunca*: *-nc-* es tanto un sufijo galo como ligur. *Viro-vesca*, también en territorio autrigón, coincide en su primera parte con el topónimo galo *Ouiro-konion*, y el antropónimo *Viro-cantus* tendría que ser, al menos en su primera parte, celta (en Hispania antropónimo *Viro*, *Vironus* en Hübner, MLI p. CXXIV). Con *Alisanco* (*Alisancum*) coinciden el teónimo galo *Alisanu* y el topónimo galo *Alisincum* (Nièvre, según Menéndez-Pidal, 1939: 193). Con *Bergantia* (Álava, ubicación desconocida) se correspondería el topónimo *Bergentia*, en Lombardía, que de acuerdo con Menéndez Pidal no sería ibérico sino ligur. *Tritium* aparece tres veces, entre los autrigones, los berones y en la costa, en la frontera entre los caristios y los várdulos. Esta última

denominación, por oposición a las otras, se llamó *Tritium Tuboricum* (-licum). El celta *Tritios* podría equivaler al latín *tertius*. Habría que preguntarse tan solo si un número ordinal tiene mucho sentido en un topónimo (¿quizá a través del antropónimo, como sucedería en latín con *Tertius*?). Se identifica *Tritium Tuboricum* con el topónimo actual de Deva o Motrico, en vasco *Mutriku*. De todas formas, la segunda parte *Tuboricum* queda reflejada mediante *Butoricu*, *Butricu*, *Mutriku* en el topónimo vasco. Es seguro que ambos términos no tienen su origen en la lengua vasca (*tr-*, *t-*), ni que el segundo es ibérico, debido al -icum. Presumo una relación con el celta primitivo *dubro-*, *dubra-* «agua», en ilirio *dybris* «mar», es decir, *Tritium*-cerca del mar. Tanto la raíz como el sufijo, celtas.

Cerca de la calzada romana desde *Deobriga* del Ebro hasta *Pompaelo* está situado además del ya mencionado *Saliunca*, y un poco más hacia el este, *Suessatio*, cuya raíz se correspondería con los etnónimos hispánico *Suessetani* y galo *Suessiones* (hoy Soissons) y con el orónimo ligur mencionado por Livio, *Suismontium*, además del antropónimo de la Turma Salluitana *Suise-tarten*. Por tanto, es posiblemente celta.

Más hacia el este encontramos *Tullonium*, que no es vasco y podría ser ibérico. Podemos relacionarlo con galo *Tulliacus* (hoy Toul), de modo que estaríamos de nuevo ante una voz celta.

La siguiente localidad conocida es *Aracilum* (hoy Arakil), que no soy capaz de explicar. Geográficamente nos encontramos ya muy cerca de la frontera de los vascones, que debieron haberse asentado en esta zona en época muy temprana, puesto que la forma toponímica actual ha mantenido la pronunciación clásica de la *c* como *k*.

Me parece que con los datos que hemos aportado hasta ahora se puede afirmar que, por el oeste, los vecinos de los vascones eran celtas o habían sufrido una influencia celta muy intensa. Podemos confirmar este dato apoyándonos en antropónimos incluidos en epitafios, por ejemplo del este de Álava: *Buturra*, *Ambata*, *Caricus*, *Medarica*, *Viriatus*, *Segontius*, *Vironus*, *Ambaicus*, todos ellos nombres de indiscutible fisonomía celta.

No me quiero detener en los antropónimos, porque ya Gómez Moreno los ha investigado con mayor detenimiento y en un radio más extenso. Él advierte elementos celtas sobre todo en el norte, oeste y sur de la Península hasta el *Baetis*, en unas ocasiones aislados y en otras un tanto agrupados. Además, distingue un grupo en el sur que no sería de origen celta, que se habría asentado aproximadamente en la actual Andalucía, y otro grupo «ibérico» al este, cuya frontera noroccidental coincidiría con la frontera étnica que he apuntado entre vascones por un lado y berones y várdulos por otro. En lo único en lo que no coincido con él es en que yo no incluyo a los vascones dentro del grupo oriental que él denomina «ibérico»; prefiero por ahora separarlos, para volver a retomar este punto cuando me disponga a analizar la lengua ibérica.

Parece evidente que los vascones y sus vecinos del oeste eran pueblos distintos, pues con la nueva estructura política del territorio, los primeros dependían del *Conventus* de *Caesaraugusta* y los otros de *Clunia*.

Gómez Moreno cree poder explicar, basándose en pruebas prehistóricas, que las diferencias entre los vascones y los pueblos de la costa son ancestrales y que nos podemos remontar hasta la más reciente Edad de Piedra. Basa su teoría en las condiciones geográficas. Para poder entender estas relaciones desde nuestra perspectiva, creo conveniente fijarnos en el mapa actual de Aragón, otrora territorio vascón, y en el de las actuales provincias vascas.

En Aragón apenas encontramos topónimos que nos remitan a la lengua vasca: por ejemplo, *Ayerbe* (de *ayer* «pendiente», «debajo de la pendiente») y *Navardún* (el nombre del pueblo de los navarros, en vasco *Naparr-*, con terminación celta *-dunum*, por tanto una formación híbrida). Sin embargo, Menéndez Pidal ha demostrado (*RFE* 5, 1918, 225 ss.) que en los valles pirenaicos aragoneses, incluso hasta llegar a los catalanes, existen ejemplos de desinencias toponímicas que, al menos en parte, se pueden explicar a través del vasco:

1. *-arri, -erri, -berri*, del vasco *berri* «nuevo».
2. *-uy, -tui, -ue*, del vasco *-dui, -toi, -doi* «lugar»
3. *-güerri, -güerre, -corr(e)*, del vasco *gorri* «rojo» y
4. *-os, -ues*, del vasco *-os, -otze, -otz*, en parte de *otz* «frío»

Podríamos encontrarnos ante un sustrato vasco, a lo que podríamos añadir los fenómenos fonéticos ya mencionados de algunos dialectos aragoneses de los valles pirenaicos (cf. supra p. 51). La frecuencia de estas terminaciones en los valles montañosos y su ausencia en la zona somontana se explica a partir de la temprana y profunda romanización de las zonas llanas.

En el País Vasco actual y en Navarra se atestiguan por supuesto muchos topónimos mayores y menores de origen vasco. No quiero dedicarme en profundidad a tratar este tema. Solo mencionaré algunos detalles al respecto para demostrar que pueden aportar pruebas decisivas a lo dicho hasta ahora.

Encontramos numerosos topónimos vascos también en zonas en las que la lengua aún se mantiene viva, sobre todo en dirección sudeste, es decir, en gran parte de la Navarra romanizada. También los localizamos al sur, no solo en Álava hasta el Ebro, sino también en dirección sur y sudoeste, en los valles del Oja y del alto Arlanzón hasta las proximidades de Burgos, tal y como ha demostrado hace poco Merino y Urrutia (1936). Sin embargo, llega a una conclusión errónea al afirmar que los berones y los turmódigos hablaban vasco. En realidad, los vascones llegaron hasta estos territorios ya en la Alta Edad Media, sometieron a los pueblos celtas y los asimilaron lingüísticamente.

Por el oeste, la zona de aparición de topónimos vascos no va mucho más allá de Bilbao. No parece que los vascones llegaran hasta la frontera con Santander, aunque se demuestre su presencia al sur del Ebro, en dirección oeste, hasta la zona de Burgos.

Si nos fijamos en los topónimos, nombres de montes y de ríos de las actuales provincias vascas, descubrimos algo curioso: al lado de términos de origen español (*Mondragón, Villarreal*) o gascón (*Tolosa, Hernani?*), topamos con otros que acaparan

nuestra atención. Tenemos sufijos como *-iz* (*Urduliz, Lemoniz, Laukiniz, Berriz, Gauniz, Navarniz*) o *-(i)ka* (*Sondika, Gorrozika, Barrika, Kabika, Andraka (-dr !), Mundaka*) sobre todo en Bizkaia, o *-a-ma* (*Zegama, Beizama, Arama, Lezama* entre otros) sobre todo en Gipuzkoa. No se pueden explicar partiendo del vasco. Podría tratarse de sufijos ya no productivos o que solo se han mantenido en estas formaciones antiguas. Pero ni siquiera las raíces son, según su apariencia, vascas. Solamente en el caso de otro sufijo muy extendido en general y con especial frecuencia en ciertos lugares de Navarra, suf. *-ain* (*Beasain, Andoain, Agurain, Lizasoain, Sasiain*), se puede encontrar a menudo una raíz vasca (*lizaso* «bosque de serbales», *sasi* «seto»). En todo caso constituye un hecho llamativo.

Algunos topónimos mayores y menores, así como otros toponímicos comienzan por una *d-* ajena al vasco. Dejo de lado formaciones posteriores como *Dorletakoa* = «la del Castillo», de *dorre* = esp. *torre*. Me refiero concretamente a *Delika, Derio, Deusto, Dima, Deldike, Duiñaiturri, Durañona, Durugiz (-iz !), Durango, Deba*. Este último (río y municipio fundado en 1343 que adoptó el nombre del río) es el río Deva de la Antigüedad, por lo tanto celta. *Durango* presenta el sufijo celto-ligur *-nc-*, de *Durancum* o *Turancum*. Respecto a este último habría que citar el antropónimo celto-ilirio *Turancus* (en Pannonia y Gallaecia), el *nomen* romano de origen galo *Turius, Turaius* o *Turaucicus*, entre otros. *Durañona* parece corresponder a la misma raíz. Así podríamos aclarar la morfología de *Duiñaiturri*, nombre de un arroyo: en vasco *done, dona* «sagrado» más *iturri* «manantial». Quizá esto sea una prueba de la veneración divina de los manantiales que es especialmente frecuente entre los celtas y de la que todavía se pueden encontrar algunos rastros a día de hoy entre los vascos.

Un análisis superficial de los topónimos del País Vasco actual muestra, por tanto, mucho sospechoso de ser préstamo, unas cuantas cosas como no-vascas, y unas pocas como celtas. Todo lo que hasta ahora habíamos presentado, en parte como hipótesis y en parte como hecho verosímil, lo vemos confirmado también desde otra perspectiva.

Los vascos se asientan desde la Alta Edad Media en territorios de origen celta o de honda influencia lingüística celta. Han sometido a pueblos celtas y los han asimilado, de modo que es de suponer que su lengua ha adoptado muchos elementos celtas, más de los que se han demostrado hasta ahora. Se complica la tarea de aportar pruebas, en la medida en la que el celta hispano apenas se conoce. Ahora bien, podemos suponer que no sería muy diferente del galo, del que tampoco guardamos muchos testimonios, aunque quizá podría ser algo arcaico (?). Además, debemos añadir que la lengua vasca, con el progresivo empobrecimiento de su léxico, ha debido de perder, a su vez, algunos de los préstamos que en su día habría asimilado del celta.

Ambas lenguas han permanecido en continuo contacto como mínimo durante un milenio (desde la primera invasión indoeuropea hacia el año 900 a. C., que más que celta debió de ser ilírica). El vasco seguro ha influido profundamente en el celta, dado que este finalmente ha desaparecido por completo. A su vez, la influencia opuesta que ha experimentado el vasco se muestra no solo en el léxico, sino quizá también en algunas

concomitancias fonéticas, señaladas por Schuchardt: ausencia de *f*, de *p*- (¿caída, por consiguiente, de la *p*- en vasco?) ...

Vasco y aquitano

Sabemos de los aquitanos que se diferencian de los galos propiamente dichos y que se asemejan, tanto en su fisionomía como en la lengua, a los «iberos». Esta consideración de algunos autores antiguos indica solamente que los aquitanos presentaban un aspecto más cercano al tipo meridional, y a este respecto se parecían más a los habitantes de la península. Bosch-Gimpera opina que los iberos, que se habían adentrado en la costa sur de la Galia, se habrían expandido hacia el oeste, llegando así hasta Aquitania.

Desde la Antigüedad no se nos ha comunicado nada particular referente a una lengua aquitana unitaria. Se consideran aquitanos los nombres propios, la mayoría de los antropónimos y teónimos de un centenar de inscripciones redactadas en latín, en la mayor parte de los casos epitafios e inscripciones votivas (Sacaze 1892), que han sido halladas en la vertiente norte de los Pirineos centrales y occidentales. Ya Luchaire se dio cuenta de que muchos de los nombres propios se podían identificar con términos vascos y Schuchardt se ha manifestado por extenso al respecto en numerosas ocasiones, por ejemplo en Schuchardt (1915). Tiene razón al considerar estas voces como vasco primitivo (Schuchardt 1923: 511). Compárense los siguientes nombres propios y palabras:

Oxson: vasco *otso* «lobo»

Bihoxus, *Bihoscinnis*, *Bihotarris*: *bihotz* «corazón»

Sutugio: *su(-t-)* «fuego»

Laurco: *laur* «cuatro», es decir, «Quartus»

Borsei (gen.): *bortz* «cinco», cf. «Quintus»

Harsori, *Harsi* (gen.): *hartz* «oso»

Leherenno: *leher* «abeto»

Nescato, *Inescato*⁸: *neska(to)* «chica»

Cison, *Cisonten*, *Cissonbonnis* (gen.): *gizon* «hombre»

Anderexso, *Andere*, *Anderitia*, *Andereseni* (dat.): *andere* «señora»

Senarri, *Senarre*: *Sen(h)arr* «esposo»

Sembetten, *Sembedonis* (gen.), *Sembexsonis*, *Sembus*: *seme* «hijo»

Solo cito algunos ejemplos, puesto que estas relaciones han sido expuestas a menudo. Me gustaría mencionar, sin embargo, un hecho que no ha sido tenido en cuenta hasta la fecha. Según se testimonia de los datos ofrecidos ahora mismo, a menudo los nombres de parentesco se utilizaban como nombres de persona. De manera aislada este uso está bastante extendido. Sorprende, sin embargo, el gran porcentaje de nombres de parentesco entre los antropónimos que conservamos. También en los dialectos frisios encontramos un paralelismo en este punto. En estos aparece *Wibke* como nombre y apellido a la vez, *Mann*, *Söhnke*, *Broder*, en Helgoland *Fraucke*, *Mamke*, incluso en el

⁸ *Inescato*, nombre fantasma procedente de la lista de Hübner, MLI.

siglo XVII *Sönneke, Süster, Vetter*, etc. (Siebs 1909; Martensen, 1922: 14-15). Esta costumbre se explica por una cierta falta de fantasía y por la sobriedad de pensamiento de los frisios. Tendríamos que decir algo similar de los aquitanos primitivos y de sus sucesores, los vascos. Podemos afirmar, con razón, que se distinguen de los castellanos por la sobriedad, la objetividad y la falta de fantasía en sus expresiones.

Aparte de los citados ejemplos de antropónimos aquitanos, que se pueden equiparar fácilmente con una palabra vasca, se dan muchos otros que, ciertamente también tienen el aspecto de palabras vascas, aunque no poseen una correspondencia exacta o convincente: *Arixoni* (gen.), *Gerexso*, *Garri Deo*, *Ilurberrixo*, *Hahanten*, *Halsconis*, *Halscotarris*, *Hotarri Orcotaris f(ilio)*. En las últimas formas llama la atención la frecuencia de la *h*, una peculiaridad que distingue externamente a la lengua aquitana de las de sus vecinos. En este punto se acrecienta el parentesco con el vasco, puesto que este último hace uso de la *h* de una forma similar al aquitano. Precisamente, los dialectos vascos que se han desarrollado al norte de los Pirineos coinciden con los antiguos nombres propios.

Voces como *Derro*, *Deri* (gen.), por el contrario, apenas se pueden aceptar como vascas, dada *du* consonante inicial. *Andosus*, *Andossicus*, *Andosi* (gen.), *Andostea*⁹, *Andostennus* se han relacionado con el vasco *andi* «grande». Según mi opinión, esta equivalencia no es acertada, pues la voz arriba mencionada, que se ha mantenido en los dialectos de la vertiente norte de los Pirineos, ha conservado la *h*:- *ha(u)ndi*. Quizá debamos pensar en el celta *ande-* que se recoge en los antropónimos *Andocomius*, *Ande-roudos* «muy rojo» (Dottin 1920: 80) de *ande-*, irlandés *and-*, bretón *an-* «muy».

Para los siguientes términos el vasco y el celta se reparten las posibilidades: *Belex* *Belexconis f(ilius)*, *Belexeia Dunai f(ilia)*, *Bonbelex* ... Luchaire y Schuchardt ciertamente solo han pensado en vasco *beltz* «negro» y *bele* «cuervo», y este último, para poder explicar la llamativa frecuencia de esta voz, ha supuesto que el cuervo ha jugado en la composición de nombres vascos el mismo papel que el que desempeñó *bran-* «cuervo» en celta. Dado que existe también en celta *bel-o-s* «blanco», me gustaría al menos apuntar la posibilidad de un préstamo celta en la composición de estas palabras aquitanas. Esta cuestión es muy importante ya que se hace extensiva al ibérico. Si los ejemplos arriba mencionados presentaran alguna que otra duda, los que pasamos a citar son muy claros:

El aquitano *Senodonna* corresponde al galo *Senodonnus* (KZ 18, 125), *Senicco*, *Senognatos*, *Senikios* (Dottin 1920: 93, 157). En la raíz advertimos el celta *seno-* «viejo». También estaría en *Senius* y *Senhennis*¹⁰, quizá también en *Senarri* = vasco *sen(h)arr* «esposo», «el anciano»? lo que nos llevaría hasta el préstamo celta, que coincide con el hispano *señor*, como bien supone Schuchardt.

⁹ Nombre inexistente, quizá por *Andosten* (CIL xiii, 84)

¹⁰ Lectura de Sacaze en vez del más probable *Senitennis*.

Además:

<i>Dunohorigis</i> (gen.)	galo <i>Dubnorix</i>
<i>Donni</i> (gen.), <i>Donnia</i>	galo <i>Donnus</i> , forma corta de <i>Donnotaurus</i> , <i>Matidonnus</i> , <i>Senodonnus</i>
<i>Dunomagius Toutannorigis</i> ¹¹	de * <i>dubno</i> «oscuro»
<i>Dannorigis</i>	<i>Dannotalos</i> (Novara, RC 23, 136)
<i>Dannoni</i> (gen.), <i>Dannadinnis</i> ¹²	<i>Dannorix</i> (Holder).

En estos ejemplos queda patente la presencia del celta *-rix* y *Touta-* que dan en aquitano *Touta*, *Tautinus*. Un buen número de los antropónimos aquitanos es, por tanto, puramente celta.

Dunohorigis se forma a partir de dos componentes celtas. Pero llama la atención la *h*, más vasco-aquitana. *Belheiorigis* es una forma híbrida: la parte final es con seguridad celta, como en *Eliamarus* (*maros* «grande») y *Dunohoxsis*, cuyo primer elemento es celta.

También son interesantes los casos siguientes en los que los nombres de padres e hijos parecen corresponder a lenguas diferentes:

<i>Belexeia Dunai f(ilia)</i>	vasco - celta
<i>Bonxsus Dannadinnis</i> ¹³ <i>f.</i>	” ”
<i>Hanarro Dannorigis f(ilio)</i>	” ”

De todo lo mencionado se deduce con claridad que en las voces aquitanas se encuentran rasgos vascos y celtas, a veces tan entremezclados, que se podría hablar de una lengua mixta vasco-celta. De todas formas, debemos considerar que apenas conocemos la lengua aquitana propiamente dicha y que en los antropónimos los préstamos son muy frecuentes. No podemos tomar muy en serio la noticia antigua de que los únicos extranjeros en Aquitania son los *Bituriges*, en las cercanías de Burdeos (Estrabón, según Sacaze 1892: 550). Los antropónimos aquitanos nos muestran, como ya lo hemos apuntado en varias ocasiones, que el vasco y el celta estuvieron en estrecho contacto. Los únicos restos lingüísticos del vasco primitivo que poseemos están fuertemente mezclados con celta.

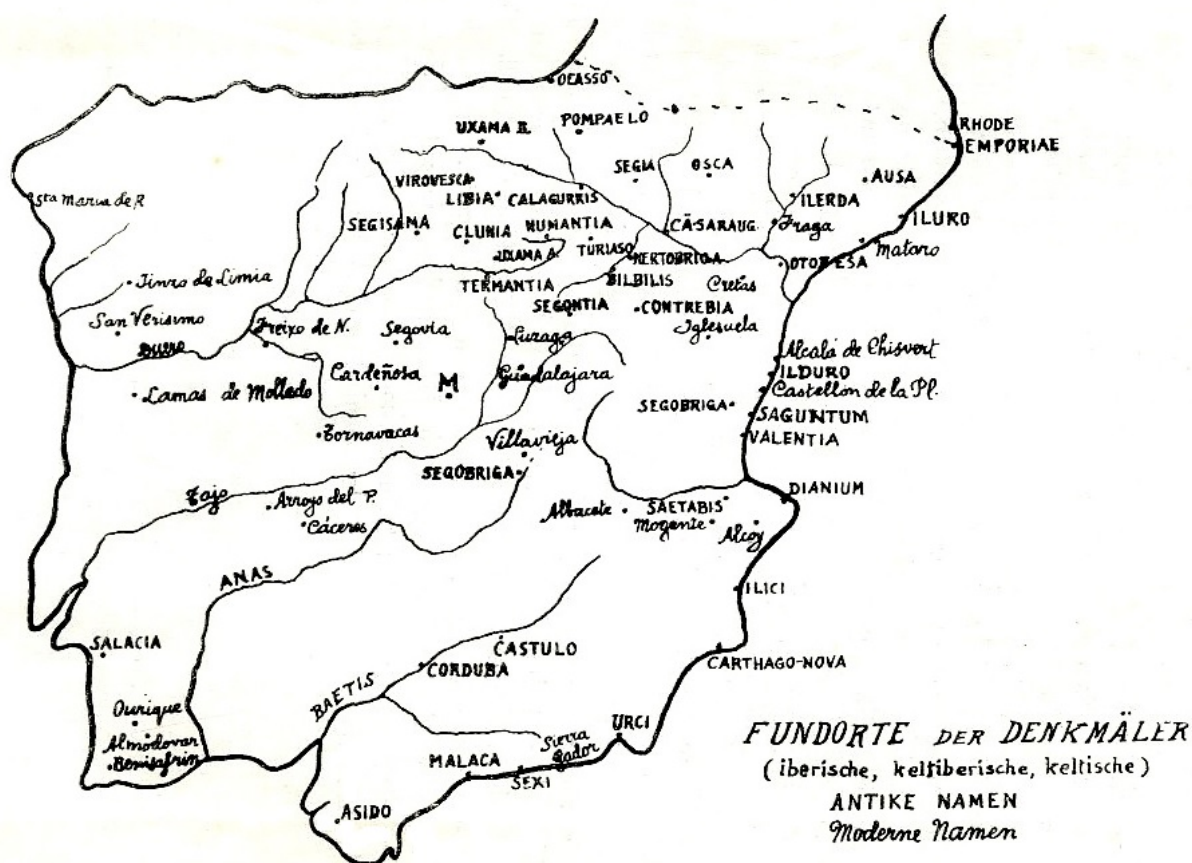
Tan solo nos resta la cuestión de decidir si los actuales vascos «del lado septentrional» de los Pirineos (labortanos en la costa, bajonavarros y suletinos) son los descendientes directos de los aquitanos. No parece que sea el caso. Posiblemente Aquitania haya sido romanizada en su totalidad en la Antigüedad. El nombre de la ciudad *Lapurdum*, hoy Bayona, se mantiene en el nombre del territorio de *Laburdi*. La *b* de esta voz parece señalar que ha pasado a través del tamiz de la pronunciación romana, es decir en *Laburdi* se asentaba ya una población romanizada. Los actuales vascos de esta zona son posiblemente descendientes de aquellos vascones, que, según el testimonio de Gregorio de Tours (Schulten 1927: 235), atravesaron los Pirineos en el año 587 (por tanto,

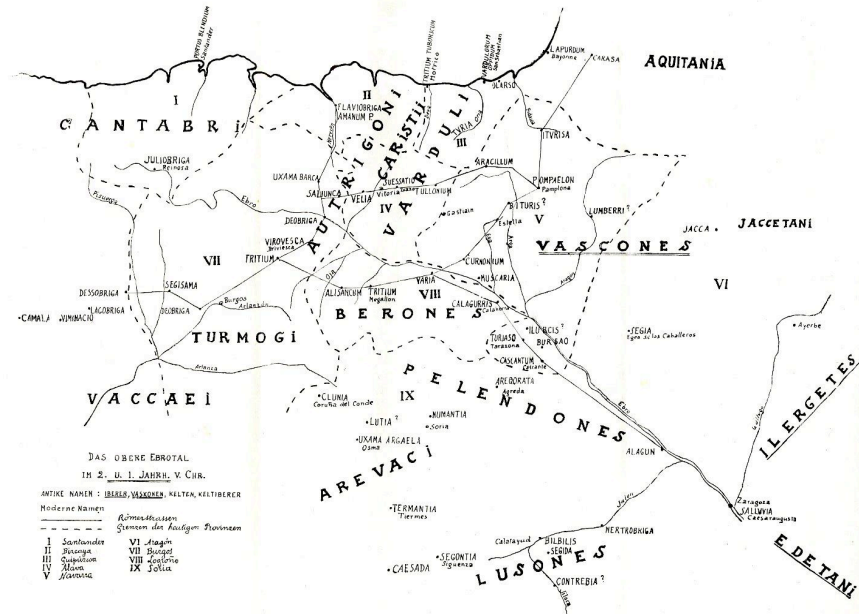
¹¹ En el texto *Dunomacius Toutaorigis* por error.

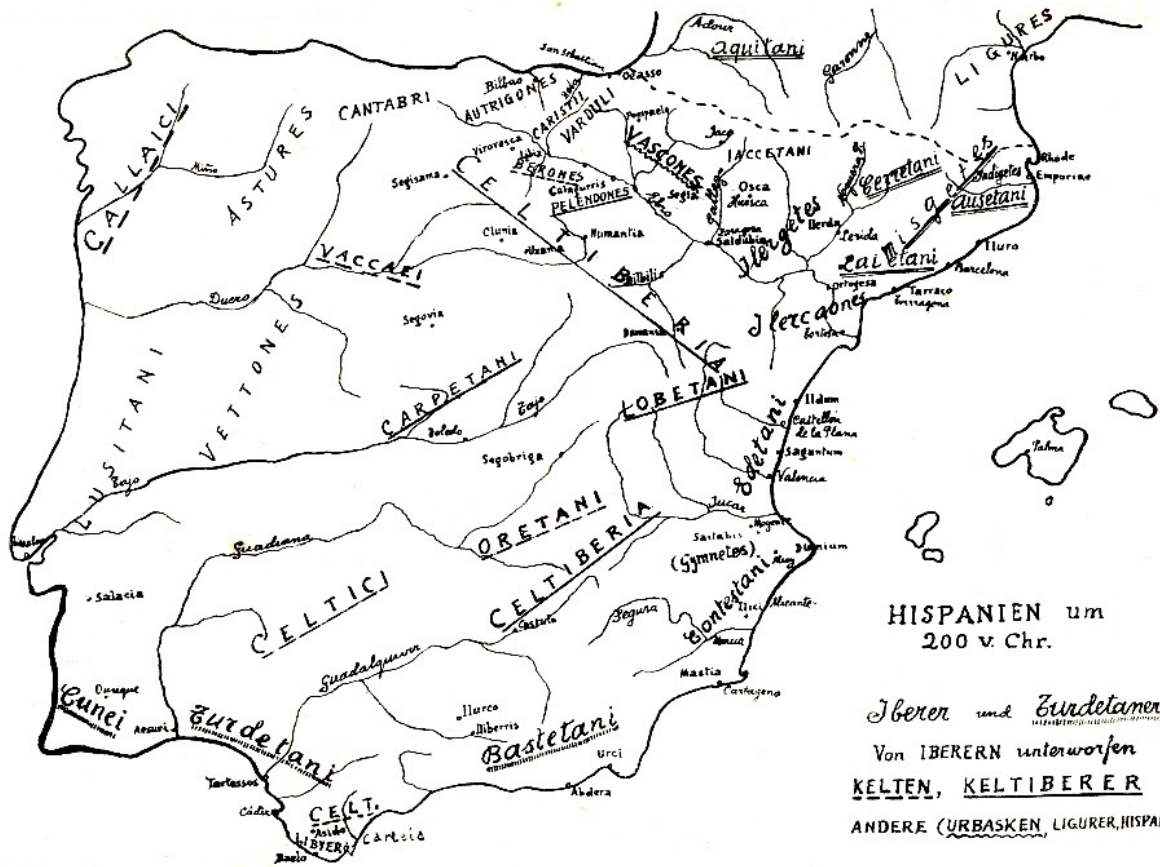
¹² En el texto *Dannadionis* por error.

¹³ En el texto *Dannadini* por error.

antes no había vascones al norte de los Pirineos), asolaron Aquitania y la ocuparon en parte. Su lengua se ha mantenido hasta hoy solo en la parte más sudoccidental. Ahora bien, como se ha dicho, el bearnés ha debido tener como sustrato una población vascoparlante. Los vascones no solo se asentaron allá donde lo hacen los vascos hoy en día, sino también al norte y al este de esta zona, hasta que fueron completamente absorbidos por los romanos. Se puede pensar que los vascones asimilaron al resto de los aquitanos con los que guardaban tantas afinidades, pero nos faltan puntos de apoyo que confirmen nuestra hipótesis. La situación y formación de los dialectos nos lleva hacia una conquista desde el sur. Los Pirineos Occidentales no constituyen ninguna frontera lingüística. Las fronteras de los dialectos corren perpendiculares a los pasos de montaña: el labortano del lado norte estaría más cerca del guipuzcoano y del altonavarro del lado sur, mientras que el suletino, por su parte, presenta mayor similitud con el roncalés en el lado sur. Ambos dialectos del País Vasco-francés se pueden considerar como ramificaciones de los dialectos del País Vasco en territorio hispano.









Inscripciones funerarias ibéricas de Sagunto

IV. El ibérico

Los sistemas de escritura ibéricos.

La investigación del ibérico siempre ha estado ligada a la problemática de su escritura y todavía hoy en una medida más grande que la investigación del etrusco. Tengo que detenerme en este punto, puesto que desde la publicación de la obra de Hübner, *Monumenta Linguae Ibericae*, Berlín 1893, cuyas lecturas tenidas como las más seguras se basaban fundamentalmente en las de Delgado, hemos asistido a un gran avance esencial, que agradecemos a Gómez Moreno. Dado que este autor solo ofrece el valor fonético de cada uno de los signos sin más aclaración (*Homenaje*, p. 484), yo, por mi parte, quisiera intentar aclarar su origen y el modo en el que se ha establecido.

Nos podemos imaginar esquemáticamente la península ibérica como un cuadrado y, si la dividimos en cuatro cuadrados idénticos, solamente el cuadrado noroeste estaría exento de testimonios escritos en ibérico. Los pocos testimonios que encontramos en ese cuadrante en lengua autóctona están escritos en alfabeto latino. En el cuadrante nordeste predomina otra escritura, a la que yo llamaré ibérica septentrional y que presenta una cierta uniformidad. Se extiende hasta buena parte del cuadrante sudeste. Ahora bien, ahí constatamos un tipo intermedio de transición a las escrituras del sur, que se extienden por el resto de la península, hasta llegar a la actual Andalucía y el sur de Portugal.

A) La escritura ibérica septentrional

Su principal peculiaridad externa con respecto a las otras escrituras ibéricas consiste en su carácter dextrorso, lo que demuestra un estadio de evolución avanzado o quizá su dependencia con respecto a la escritura greco-romana. Los sistemas de escritura ibéricos meridionales se orientan hacia la izquierda o se extienden en espiral desde el borde de una losa redondeada hacia el interior, o parecen estar escritos en bustrófedon. Por el contrario, el así llamado tipo mixto de la zona de Cástulo e Iiliturgis es, como muestran las monedas, unas veces hacia la derecha y otras hacia la izquierda.

En lo que sigue trataré los diferentes signos fonéticos de la escritura ibérica septentrional de uno en uno, siguiendo el orden en que Hübner los ha presentado hasta la fecha, puesto que difiero, en lo esencial, de sus hipótesis. A continuación, pasaré a tratar los signos que no se encuentran en la escritura septentrional, es decir, aquellos de los alfabetos meridionales. Tras lo cual ofreceré un esquema sistemático, del que se deduce el sistema de esta escritura. Para facilitar el trabajo, al referirme a los signos de escritura

ibéricos, me sirvo del término semítico o griego que más se le aproxime, sin querer adelantar nada sobre la denominación ibérica.

Me baso sobre todo en las leyendas monetales señaladas mediante una *n* (Hübner, *MLI*), que presento con inicial minúscula, mientras que los topónimos y antropónimos de la península obtenidos de las monedas romanas o de autores antiguos aparecen con inicial mayúscula.

1. Fenicio \aleph : ibérico $\text{P} \text{D} \text{D} = a$, Aleph, n 82 *lutiaqós*, *Lutia*.
2. Fenicio \aleph : ibérico $\text{E} \text{F} \text{E} = e$, *E* = He, n 89 *segobiriges*, *Segobriga*, n 87 *nertobris*¹⁴, *Nertobriga*.

La última forma es la más frecuente, es decir, la E se ha hecho un signo de dos trazos.

3. Fenicio \aleph : ibérico $\text{N} \text{N} \text{N} = i$, Jod, n 55 *libiaqós*, *Libia*; n 91 *caisesa*, *Kaisada*; n 85 *bilbilis*, *Bilbilis*.

4. Fenicio O parece faltar en el ibérico septentrional.

Fenicio \aleph : $\text{H} = o$, Chet, n 72 *virovias*¹⁵, *Virovesca*; n 42 *lauro*, *Lauro*.

5. Fenicio \aleph : $\text{U} \text{Y} \text{U} = u$, *v*, U, n 72 *virovias*¹⁶, *Virovesca*; n 94 *ercavica*, *Ercavica*; n 74 *úsamus*, *Uxama*; n 69 *lovitiśqós*, *Lobessa* ?

La primera forma, en la que ambos trazos laterales no se encuentran como en la Y griega hacia arriba, sino inclinados hacia abajo partiendo del extremo superior, es la que encontramos con mayor frecuencia. La última forma es muy rara y coincide con formas de la escritura meridional ibérica. El valor fonético de *u* puede ser vocal o semivocal, como se observa en el término celtibérico *Virovesca*.

Los signos vocálicos del ibérico septentrional, a excepción de la *o*, tienen el mismo origen que los griegos, si bien en lo referente a la forma parecen estar, en parte, más cerca del semítico, como se aprecia sobre todo en la *i*. No es preciso suponer que la escritura griega ha servido como modelo para la ibérica septentrional en el uso de signos originariamente consonánticos como vocales, pues como ya observábamos, la escritura fenicia, que no conoce vocales, muestra (por influencia griega?) ciertos indicios de una notación de las vocales. Así, en ocasiones, aparece *aleph* para el sonido *a* y *jod* para la *i*. La *waw* adoptó en determinadas circunstancias el valor de *u* y la *e* en final de palabra fue expresada a menudo mediante *He* en algunos dialectos semíticos. Incluso *ayin* parece coincidir con el sonido *o*, con lo que parece confirmarse el tan controvertido origen de la *o* griega (Bauer 1937: 40 s.). En este último punto el ibérico septentrional sigue su propio camino al utilizar para la *o* el equivalente griego *eta* (*H*), es decir, el semítico *Chet*. No se aprecia ninguna relación interna entre el fonema y la denominación semítica, pero quizá pueda tratarse de una relación externa. El sonido semítico laríngeal *Chet* no existió en ibérico, de ahí que se adoptara como símbolo para indicar la *o*. No sabemos por qué no se

¹⁴ La leyenda en realidad no anota la -r- medial: *nertobiś*.

¹⁵ En el texto *virovias* por error.

¹⁶ Igual que en el caso anterior, *virovias* por error.

utilizó el signo *ayin*, pero quizá podamos aclarar este punto cuando tratemos el valor fónico del signo O (*ayin*?) en el ibérico meridional. En el alfabeto ibérico meridional *Chet* aparece como en semítico con dos trazos, pero su valor aún no ha sido aclarado.

6. Fenicio 𐤇 : $\text{𐤇} = I$, Lamed, n 33 *celse*, *Celsa*, n 41 *gili*, *Gili*. La evolución en el ibérico septentrional muestra el mismo resultado en la forma simétrica que en griego.

7. Fenicio 𐤄 : 1) $\text{𐤄} = r$ (*rr*), Resch, n 60 *turiasu*, *Turiaso*; n 72 *virovias*, *Virovesca*; n 64 *calagoriquós*, *Calagurris*.

2) $\text{𐤄} = r$

El ibérico ha desarrollado dos tipos. El primero de ellos deriva inmediatamente del fenicio *resch*. Llama la atención que *rho* en la escritura nordibérica dextrorsa esté orientada hacia la izquierda, es decir, que no haya compartido junto con el resto de signos el giro en su orientación. Me parece que tiene que ver con el hecho de que *rho* y *alpha*, que se habían vuelto muy parecidas, se habrían podido confundir, lo que de hecho ocurre en el alfabeto meridional, en el que ambas mantienen su dirección hacia la izquierda como es el caso en semítico. En el ibérico septentrional solo *alpha* ha adoptado la forma invertida, mientras que *rho* mantiene su aspecto y dirección originarios, con lo que se consigue una diferencia más clara entre ambas.

Una variedad rara de esta forma (n 52 b)¹⁷ muestra el trazo añadido típico del alfabeto latino —a veces incluso en inscripciones griegas—, hasta llegar incluso a tomar la forma latina *R*, hacia la derecha, lo que impide que se pueda confundir con *aleph*.

La segunda forma principal la constituye un círculo o un cuadrado que habitualmente, pero no siempre, tiene un trazo recto hacia abajo. Dado que ambas formas suelen aparecer una al lado de la otra, se puede sospechar que ambas transmitirían distintos sonidos, quizá algo similar a *r* y *rr*. A pesar de los intentos de Zobel y Hübner no se puede confirmar que ninguna de las dos se emplea de modo sistemático para el sonido simple o fuerte. La primera forma, de acuerdo con las transcripciones, sería la *r*, así en el n 42 *lauro*. El cuadrado con el trazo es *r* en n 60 *turiasu* y en n 72 *virovias*,¹⁸ pero *rr* en n 64 *cala<go>rriqós*¹⁹. Es posible que se diera una uniformidad de uso en zonas muy reducidas. Además, encontramos ambos signos para la *r* en la misma posición uno junto al otro, por ejemplo en el n 30b *iltirda salirban*, por lo que puede tratarse de una mera variante caligráfica. La inscripción Hü. XXII presenta la forma con el trazo, que es la que predomina²⁰.

8. Fenicio 𐤄 : $\text{𐤄} = s$, Sade, n 33 *celse*, *Celsa*; n 60 *turiasu*, *Turiaso*.

¹⁷ Se refiere a la ceca de *arsaos*.

¹⁸ En el texto *viroviś*, por error.

¹⁹ En el texto *calarrriqós*, por error.

²⁰ A pesar de la existencia de dos signos para vibrante, Bähr no las transcribirá mediante letras diferentes, bien sea *r* ~ *rr* (como apunta en el comentario), bien sea *r* ~ *ř* (de modo similar al caso de las sibilantes), tal como se transcriben ahora. Véase el gráfico de la p. 74. Sin embargo, hará una transcripción diferenciada en el plomo de Mogente (ver más adelante, pp. 106ss).

Las formas arcaicas con varios trazos se han simplificado paulatinamente. La forma con tres trazos es la más frecuente; es la que se ha generalizado, mientras que en el alfabeto jonio es la *sigma* de cuatro trazos la que se ha convertido en la forma usual. Constatamos una evolución paralela a la del ibérico septentrional en el alfabeto de Naxos (Kirchhoff 1877). La *sade* aparece también para la espirante dental celta; n 101 *ségaisa*, *Segida*, *Segisa*, *Segida*.

9. Fenicio \aleph : $\aleph = s$, Schin. Corresponde al latín *s* en el n 43 *śaitibi*, *Saetabis*, al lat. *x*, —pero no *cs*, sino la pronunciación vulgar *ss*— en n 44 *uśamus*, *Uxama*, en el n 20 *ieśo*, *Jesso*. A menudo se da en la terminación celtibérica *-qoś*, n 79 IVt *areiqoratiqoś*²¹, n 82 *lutiaqoś*, *Lutiacus*. Este signo se ha empleado en alfabetos griegos arcaicos, p. ej. en Creta, que posteriormente ha sido sustituido por la *sigma*. También existe en el alfabeto etrusco.

10. Fenicio \aleph : $\aleph \beth$ *m*, *Mēm*, n 74 *uśamus*, *Uxama*; n 86 *damaniu*, *Damanium*; n 50 *beligom*; n 70 *meduainum*, *Meidunium* ?

La forma fenicia no ha sufrido grandes cambios. Se ha hecho un poco más simétrica al colocarle el palito en el centro. La segunda forma (por ejemplo en n 86) parece estar influida por una variante semítica tardía.

En los testimonios propiamente ibéricos la *m* aparece solo en casos muy contados. Los ejemplos arriba mencionados se localizan en territorio celta o celtibérico (en la medida en que se dejan localizar).

11. Fenicio \aleph : $\aleph (\aleph) = n$, Nun, n 6 *undigescen*, *Indigetes*; n 38 *lagine*, *Lagni*.

Ante consonante no se transcribe la nasal mediante *n*, sino que no se transcribe. Por ejemplo n 95 *śegotias*²² *lacas*, *Secontia* Λαγκα. Curiosamente, está la *nun* en el lugar en el que esperaríamos una *m*: *śegisanoś*, *Segisama*. ¿Estamos ante un cambio de sufijo?

12. Fenicio \aleph : $\aleph = bi$, *b*, *Pe*, n 85 *bilbilis*, *Bilbilis*; n 100 *qonterbia*, *Contrebia*; n 43 *saitibi*, *Saetabis*; n 55 *libiaqoś*, *Libia*; n 89 *śegob(i)riges*, *Segobriga*.

Quizá equivalga a *pi* en n 102 *carpiqom*, n 100 *carpica*, acaso relacionado con *Carpetani*. Es sorprendente el tiempo que nos hemos aferrado a una lectura errónea de la *p*, aunque la lectura correcta sea evidente. La *p* no aparece en absoluto en ibérico. Parece como si el nombre *Pe* se hubiese acomodado a la fonética ibérica y utilizado como signo silábico. No se adoptó para la sílaba *be*, que habría sido el que más se le acercara, porque para este sonido ya existía un símbolo (ver infra 14). Por otro lado, el *Pe* semítico tendría probablemente una *é* larga cerrada (cf. Hermann, 1929, 5, 225), de ahí que, si no se trataba de *be*, la siguiente opción sería *bi*. Por primera vez contamos con un ejemplo de un símbolo silábico que se ha desarrollado a partir de un signo consonántico.

13. Fenicio \aleph : $\aleph \beth \beth \aleph = te$, *de*, *Thet*, n 100 *qonterbia*, *Contrebia*; n 36 *usecerde*, *Osicerda*.

²¹ En el texto *areiqovatiqoś* por error.

²² En el texto *śegotias* por error.

Estas dos leyendas monetales ciertamente no son ninguna prueba definitiva, pero en ocasiones se sustituye el ibérico *-e* por el latín *a* (*cese, Cissa, celse, Celsa* y en el n 36 arriba citado). El n 100 muestra las dificultades que provoca un sistema gráfico al ser utilizado para escribir una lengua para la que no es adecuado. No se sabe si la moneda transmite *-ter-* o *-tre-*. El valor fónico se mantiene de tal forma que lo tenemos que dar por seguro. La grafía *th* aparece en muy contadas ocasiones para designar términos hispanos (*Virgiatthos, Viriathus, Theron* son antropónimos celtas, *Théaua* localidad de los Ilergetes?), y no se atestigua en ibérico. El valor fonético *te, de*, que en ibérico correspondería al semítico *thet*, se pronunciaría como una oclusiva apical más *e*. En este punto anotamos otra peculiaridad: como ocurre en otros sistemas de escritura, no se distinguen en la escritura los sonidos sordos de los sonoros.

14. Fenicio 𐤁 : $\text{𐤁} \wedge \text{𐤁} = be$, Bet, n 34 *otobešcen*²³, *Otobesa*; n 7 *atabeles, Beles*; n 8 *isqorbeles*²⁴, XV *ildubeles, Umar-beles*.

La lectura de Hübner como *k* debe ser rechazada. La primera forma y la más extendida se puede explicar desde el fenicio *bet*: la cabeza se ha hecho cuadrada y se le han añadido dos patitas. El signo se presenta así más simétrico. Aparece también abierto y curiosamente (en Hübner XXII), incluso invertido cabeza abajo. Su sonido corresponde a los dos sonidos iniciales de la *bet* semítica.

15. Fenicio 𐤁 : $\text{𐤁} = ta, da$, Taw, n 107 *tanušia, Tanusia*; n 30 *iltirda, Ilerda*; n 68 *ledaisama? letaisama?* hoy *Ledesma*; n 86 *damaniu, Damania*.

De nuevo no se diferencian en la escritura las oclusivas sordas y sonoras. La forma del signo silábico corresponde exactamente a la *taw* del alfabeto de Mesha, y su sonido equivale a los dos primeros sonidos del nombre semítico.

16. Fenicio 𐤁 : $\text{𐤁} \wedge \text{𐤁} = tu, du$, Daleth, n 60 *turiasu, Turiaso*; n 35 *salduie, Salduvia*; n 44 *ilduro, Ildum?, Iluro?*; n 70 *meduainum*, a comparar con *Meidubriga, Meidunium*.

Una vez más las oclusivas sordas y las sonoras son tratadas de la misma manera. Lo más verosímil es que la *daleth* fenicia esté en el origen de este signo. Pero no puede haber adoptado el contenido fonético del signo fenicio, porque este valor había sido adoptado por el signo derivado de la *taw*. En contraposición, faltaba un símbolo para *tu, du* y lo adoptó la *daleth*, que estaba a disposición.

17. Fenicio 𐤁 , Griego T Τ : $\text{Τ} \text{Υ} = ti, di$, n 4 *undigescen, Indigetes*; n 95 *šegotias, Segontia*; n 82 *lutiaqoś, Lutia*.

Tampoco aquí se distingue la oclusiva sorda de la sonora. El signo parece haber sido totalmente inventado, quizá a partir de la *Tau* griega.

18. Fenicio 𐤁 , Griego T Τ : $\text{𐤁} \text{Υ} = to, tu$, n 27 *baitulo, Baetulo*; n 34 *otobešcen*²⁵, *Otobessa*; n 87 *nertobis*²⁶, *Nertobriga*.

²³ En el texto *otobescen* por error

²⁴ En el texto *isqorbeles* por error. Ahora se lee *iskeřbeles*.

Este símbolo es una modificación del nº 17. Por analogía con los otros casos, parece que su sonido debería corresponder a *to*, *do*; sin embargo, no he podido encontrar ningún testimonio para *do*. Decíamos que parece haber adoptado el valor de *tu*, que ya se expresa a través de *daleth*, porque en ibérico apenas se diferencia la *o* de la *u* y se entrecruzan los ámbitos de los signos *tu* y *to*. Quizá debemos inclinarnos por un *baitolo* ibérico a pesar de la transcripción romana arriba mencionada. Posiblemente sea *to*, *do* el valor correcto.

19. Fenicio \wedge : $\swarrow \searrow$ = *gi*, *ci* ?, Gimel; n 41 *gili*, *Gili*; n 49a,b *segia*, *Segia*; n 66a *ségisamos*, *Segisama*.

No he podido encontrar un ejemplo de *ci* (es decir *ki*). Ahora bien, tras lo visto hasta el momento, podíamos considerar que ese signo para *gi* pudo ser utilizado para el valor de la sorda más *i*. El valor solo de *g* sin vocal está probablemente en Hü. XXXV y quizá n 38 *lag(i)ne* = *Lagni*. El valor silábico del signo parece haberse tomado de la letra inicial de la denominación semítica.

20. Fenicio \wedge , griego Γ , latín C ? : *ce*, *ge*, *c*, *Ce*; n 21e, f *cesse*, *Cessetani* (*ce*); n 19b *laiescen* (*ce*); n 89 *ségob(i)riges*, *Segobriga* (*ge*); n 31a, b *ildirgescen*, *Ilergetes* (*ge*).

A menudo adopta el signo \llcorner el valor de *c*, una evolución posterior, ya que no cuadra dentro del resto del sistema. El valor fonético *ce* se compone del ibérico *Ce* más *e*, lo que apunta hacia una evolución de la escritura en la que cada signo representaría una letra (ver supra Thet, Gimel). Probablemente se deja ver la influencia de la *C* latina, por ejemplo el 21g *cesse* muestra también influencia latina en la doble *s*. Allí donde el ibérico septentrional *Ce* señala solamente la consonante (*c* o *g* ?) se ha creado a veces un nuevo signo para *ce*, *ge* añadiéndole un trazo: \llcorner o \llcorner

n 21a, c, *cese*, *Cissa*, es decir

a) estadio antiguo

\llcorner = *ce*, *ge* (n 23b,
n 33d, c
n 34b)

b) estadio posterior

\llcorner = *c* (*g* ?) (n 21g)
 \llcorner = *ce*, *ge* (n 33a)
 \llcorner = *ce*, *ge* (n 23a, 34a)
 \llcorner = *c*, *e*, *g*, *e* (n 21g)

El *gimel* (= *gi*, *ci* ?) y *Ce* (*ce*, *ge*) del ibérico septentrional proceden ambos del semítico *gimel*, el primero directamente y el segundo, al parecer, pasando por las lenguas clásicas. Dado que, de entre los griegos, solo los jonios llegan a España y en estos la *gamma* se llama *gemma*, esta última podría haber sido el modelo del septentrional *Ce*, tanto en la forma como en el valor (*ge-mma*: *ge*, *ce*). Posteriormente será la *C* latina la que transcriba ese valor fónico debido también a su similar forma.

²⁵ En el texto *otobescen* por error.

²⁶ En el texto *ner Tobis* por error.

21. Fenicio 𐤒 : $\text{𐤒} \text{𐤒} \text{𐤒} = qo, go (qu?, gu?)$, Qoph, n 95 *ségotias, Segontia*; n 100 *qonterbia, Contrebia*; n 89 *ségobiriges, Segobriga*; n 64 *calagoriquós, Calagurris, Kalagorrina*.

Si nos fijamos en el último ejemplo, habría también que considerar el valor *gu*, pero la diferencia de los testimonios latinos y griegos de los topónimos muestra que *u* y *o* se intercambiaban una con otra, es decir, que la *o* era bastante cerrada. El valor silábico de este signo es una derivación de la denominación *qo-ph*. También los griegos, sobre todo los jonios, utilizaron la letra Qoph para indicar una gutural sorda; pero exclusivamente ante *o* y *u*, así en *Kolophon* Ϟολοφώνιος , en Eubea Ϟλυτώ y en Cumas λήϞυθος (Collitz & Bechtel 1905, *Griech. Dialekt-Inschr.* III, págs. 682, 508 y 493). Seguramente los griegos adoptaron su uso partiendo del nombre semítico. Los iberos han ido aún más lejos y han unido la vocal *o* con el signo *qoph*, de manera que este cobró valor silábico. También se utiliza la Ϟ en el alfabeto etrusco, pero solo ante *u* (Pauly-Wissowa I, 1612 ss., s.v. Alphabet).

En *q(o)louniocu* (Vives, 1926, t. II, XXXVII) de *Clounia, Clunia* parece transcribir la *q* sola sin vocal (es decir *k, c*). Estamos ante una palabra celta, no ibérica, pero escrita mediante la escritura ibérica septentrional.

Nos resulta un tanto extraño el cambio formal que ha experimentado la *qoph* en la escritura ibérica septentrional, porque la letra fenicia ya presentaba una forma simple y simétrica. Quizá tenga un antecedente en la *qoph* cursiva púnica, pues presenta un aspecto similar al del ibérico (Lidzbarski 1903-1907, 56).

22. Fenicio 𐤑 : $\text{𐤑} \text{𐤑} \text{𐤑} = ca, ga$, Kaph; n 48 *iaca, Iacca*; n 64 *calagoriquós, Calagurris*; n 90 *argaeliquós, Argaela, Argaila*.

De nuevo se emplea un solo signo para designar tanto la oclusiva sorda como la sonora más vocal; en este caso la *a*. Puede derivar probablemente del fenicio Kaph aunque la forma de la kaph del ibérico septentrional no se ajusta completamente. La formación de un signo silábico para *ca (ka)* a partir de *kaph* nos recuerda que los romanos, incluso cuando la letra *k* ya no era común, la siguieron utilizando ante *a* como es el caso de *Kalendae, Karthago*. Al respecto, *Karissimae* en una inscripción latina de Hispania (CIL 4403, Tarragona).


23. Ibérico septentrional 𐌃 *ba*; n 27 *baitulo, Baetulo, Baitulon*; n 54h *barscunes*²⁷, *Vascones* ?; Hü. XXII (plomo de Castellón) *Balce/biuraies, Balceadines* (TS).

Es posible que el signo del noribérico sea una variante de la *u*, del mismo modo que en griego la *Y* y la *digamma* parecen provenir del semítico *waw*, y que se haya inventado completamente.

24. Fenicio 𐤁 ? : 𐤁 *bu*; n 73 *bursao, Bursaoes*.

²⁷ En el texto *barscunes*, por error.

Solo se atestigua una vez, pero no presenta dudas. No nos permite establecer una relación fonética con el fenicio *ayin*. Dado que el sonido correspondiente no se daba en ibérico, este signo quedaba libre para poder designar cualquier otro sonido. Quizá sea también un signo de creación ibérica.

25. Ibérico septentrional  *cu* ? ; n 54h *barscunes, Vascones* ?

Vives II, XXXVII *q(o)louniocu*²⁸, n 77 CLOVNIOQ(VM).





























De los signos silábicos velares solo nos faltaba el que va acompañado por la vocal *u*, es decir *cu*, *gu*. De acuerdo con los ejemplos mencionados y como estos no son muy seguros, nos referiremos a un signo peculiar que todavía no se ha identificado, un círculo con un punto en el centro. Parece ser de libre invención.

Tiendo a considerar los signos 23, 24 y 25 de libre creación. Me baso para ello en que presentan una forma geométrica simple.

26. Ibérico septentrional    *bo* ?

Este signo aparece en la moneda n 47 posiblemente como variante de *H* = *o*. Podría tratarse de monedas de la ciudad de *Oscá*, de ahí que pudiéramos leer el n 47 como *olscan*²⁹. Por otro lado, notamos la ausencia del signo silábico *bo* para las posibles combinaciones de *b* más vocal. Gómez Moreno considera que el signo similar a la estrella correspondería a *bo*, una lectura que parece confirmarse por ejemplo en Hü. XXXV (tabla de Luzaga).

La escritura ibérica septentrional en orden sistemático presentaría el aspecto siguiente:

											
a	e	i	o	u	l	m	n		ri	ss	ss, x
											
ba	be	bi, pi?, b	bo?	bu	ca, ga	ce, ge, c			ce, ge		
											
gi	go, go, gu?, q	cu		ta, da	te, d, t	ti, di, d					
											
		to, tu?		tu, du							

²⁸ En el texto *q(o)louniscu*, por error.

²⁹ La leyenda ofrecida, *olscan*, no transcribe correctamente la sibilante de la leyenda, bien por descuido de Bähr, bien por errata de la imprenta.

Renuncio a equiparar los signos con su valor fonético, es decir a escribir *ke, ka, ko* en lugar de *ce, ca, qo*, puesto que este procedimiento puede que solo sea válido para la lengua ibérica, pero no necesariamente para otras lenguas. Además, mediante la equiparación perderíamos en parte la relación que guardan con sus modelos semíticos. Por eso, no presento un sistema de escritura meramente literal ni puramente silábico sino una combinación de ambos. Las letras señalan tanto vocales como consonantes, siempre y cuando estas sean continuas (*l m n r s ś*). En contraposición, las oclusivas no pueden escribirse solas, sino únicamente con vocal adherida, lo cual da lugar a signos silábicos del tipo consonante más vocal. El mismo signo vale para sílabas con una consonante inicial sorda o sonora. Este sistema tan curioso nos recuerda en cierta medida al silabario chipriota, del que se sirvieron los griegos que ocuparon Chipre para su propia lengua. Este sistema de escritura consta de signos silábicos tanto para las meras vocales como para sílabas de la forma consonante más vocal (Jensen 1935: 96). Esta escritura autóctona utiliza los mismos símbolos para las consonantes oclusivas ya sean estas sonoras, sordas o aspiradas. Se ha relacionado el ibérico con el chipriota porque en ambas el símbolo que representa una doble hacha se asocia a la *qoph*. Ahora bien, la escritura ibérica septentrional está concebida de otra forma, porque realmente posee signos consonánticos específicos para designar los sonidos continuos.

La comparación con el alfabeto etrusco es aún más cercana. En este alfabeto se transcriben con un mismo signo los fonemas oclusivos sordos y aspirados –posiblemente no distinguirían la oclusiva sonora–, lo que trajo como consecuencia que los romanos, bajo una profunda influencia etrusca, solo emplearan un símbolo para ambas velares (*c* y *g*). Posiblemente se puede considerar influencia etrusca la costumbre, que a veces se observa entre los romanos, de escribir palabras de tal manera que al leerlas hay que introducir el nombre de la letra, es decir *Dcimus, Ptronius* (ver Hermann, 1929: 222s.). Este método de dar a la consonante *d* el valor fonético de la sílaba *de* nos recuerda a los signos silábicos del ibérico, pero estamos ante un caso aislado. Aún más llamativa es otra característica propia del alfabeto etrusco más tardío, aproximadamente a partir de mediados del siglo V a. C. Hacia esa época aparecen en palabras etruscas grupos de consonantes que se interpretaron como un debilitamiento vocálico mediante síncope. Pero según Hammarström (en Fiesel 1931: 40), se trataría en gran medida de un fenómeno gráfico: «los fonemas sonoros *l r m n* y las espirantes *s ś z* y *f* expresan una sílaba (consonante más vocal añadida)». El alfabeto etrusco a partir del siglo V ya no transcribiría meros sonidos, sino que habría adoptado un valor silábico. Ahora bien, curiosamente las relaciones se establecen de manera inversa a las del ibérico septentrional. En etrusco se añade una vocal de apoyo para representar los signos de líquidas, nasales y sibilantes así como la *f*, mientras que en ibérico septentrional serán precisamente estos sonidos los que se expresan solo mediante un signo puramente consonántico que no contiene ninguna vocal. Respecto a las consonantes oclusivas, por el contrario, el etrusco tiene un signo para cada sonido individual, mientras que el ibérico solo para sílabas del tipo consonante más vocal.

Estos dos sistemas, en la medida en que podemos hablar de un sistema al referirnos al etrusco, se excluyen mutuamente. Por ello, no creo que el alfabeto etrusco haya contribuido sobremanera a la formación de la escritura ibérica septentrional.

Me parece que la solución al problema se encuentra en la dirección que hemos mencionado al tratar las peculiaridades del sistema de escritura. Es decisiva la combinación del valor silábico con la denominación semítica de la letra. Es decir, en cierta medida estamos ante la extensión del principio acrofónico a las dos primeras letras del nombre. Cuando en inscripciones griegas antiguas aparece la *qoph* y en concreto solo ante *o* y *u*, o cuando los romanos mantienen en algunos casos la *ka* precisamente delante de *a*, podría tratarse del inicio de un desarrollo que no ha tenido consecución entre griegos o romanos. Lo que para estas lenguas parecen casos aislados, constituye para el ibérico septentrional un sistema lógicamente llevado a término. La razón de ello radica en la estructura fonética de la lengua ibérica que, como aparece en la transcripción, solo conoce sílabas abiertas, consonante - vocal, y sílabas cerradas del tipo (consonante) - vocal - continua. Es decir, no se dan sílabas cerradas terminadas en una oclusiva. Este dato se confirma en las inscripciones ibéricas de Alcoy, escritas en alfabeto griego, si bien con alguna restricción como veremos a continuación.

La escritura ibérica septentrional se compone de cuatro elementos:

1. Signos vocálicos, procedentes de signos consonánticos fenicios (habrían adoptado el valor vocálico, en parte, ya en semítico).
2. Signos consonánticos para sonidos continuos, a partir de signos consonánticos fenicios.
3. Signos silábicos para la forma oclusiva más vocal, derivados de los dos primeros sonidos del nombre de la letra fenicia y complementados con signos de nueva creación.
4. Signos de creación propia.

Puede ser que este sistema sea la creación de una sola persona que tal vez conociera los alfabetos latino y griego, pero en general deriva del sistema de escritura fenicio, según señala Hü. pág. XXXI. Si tenemos en cuenta la semejanza entre algunos signos ibéricos septentrionales y sus modelos fenicios, no debemos concluir que la escritura ibérica septentrional sea muy antigua, dado que la escritura fenicia apenas ha evolucionado desde el siglo IX a. C. (estela de Mesha) hasta el siglo V a. C. (Eshmunazar) (Bauer 1937: 26). Si nos basamos en la falta de testimonios en escritura ibérica septentrional antes de *ca.* 300 a. C. y en su dirección dextrorsa, podemos suponer que la escritura ibérica septentrional se formó como pronto en el siglo IV a. C.

También se puede ver una estrecha relación, al menos en la forma, entre la escritura ibérica septentrional y la tartesia del sur. Numerosos signos coinciden con el fenicio y la dirección es idéntica. De ahí podemos suponer que el paso decisivo para la creación del sistema de escritura ibérico no ha partido del nordeste. Y es que es difícilmente imaginable que en época tan tardía, en la que tantos alfabetos podían servir de modelo, se hubiera vuelto a una escritura que en parte es silábica. Dado que la cultura del sur

presenta un estadio más avanzado y que en las escrituras del sur encontramos la dirección –casi siempre hacia la izquierda o bustrófedon– y la forma de algunos signos es de corte más arcaizante que la del ibérico septentrional, me atrevo a afirmar que la escritura ibérica se conoció primero en el sur y que incluso su estructura interna tuvo su origen en el sur.

No se puede establecer que haya habido una evolución de la escritura en los siglos II-III, en los que está testimoniada. Pero comprobamos sus carencias al querer aplicarlo a lenguas estructuradas de otra forma, por ejemplo, en los topónimos y antropónimos celtas o celtibéricos: *q(o)louniocu*, *Clouniocu(m)*, *b(i)elenno*, *BeLenno(s)*, *deivoreig(i)s*, *Deivorix*; *segob(i)rigas*, *Segobrigensis*.

El signario ibérico septentrional mantiene una relativa unidad, si tenemos en cuenta que tuvo validez durante varios siglos en un territorio bastante extenso (en la costa este, en la Meseta Central, en el valle del Ebro).

B) Los sistemas de escritura ibéricos meridionales

En el sur de la península la escritura ibérica no presenta un aspecto tan compacto como en las otras partes de la península. Sin embargo, se distinguen algunos rasgos comunes con relativa seguridad.

En el extremo sur, en la zona de *Asido*, han sido halladas monedas con leyendas en una escritura un tanto extraña. Schuchardt opina que en este caso ni la lengua ni la escritura serían ibéricas. Parece que investigaciones ulteriores le dan la razón. Posteriormente, se han ocupado en detalle de este problema Schulten, *ZDMG* 1924, 1 ss., Meinhof, *ZDMG* 1930, 239 ss., y Schoeller, *ZDMG* 1931, 351ss. Zyhlarz cree haber podido descifrar la escritura de *Asido*, (*ZDMG* 1934, 50 ss.). Según él, tanto la lengua como la escritura serían libias. Sus portadores habrían sido los libiofenicios que, siguiendo la opinión de Estrabón en sus crónicas, se habrían asentado en el sur de España.

La escritura que más elementos de análisis nos proporciona es el tipo que se recoge de manera clara en los testimonios de Mogente (placas de plomo) y de Albacete (vajilla de plata). Parece coincidir con la escritura que muestran las sepulturas del sur de Lusitania (Hü. LXII ss.), la inscripción de Ilipa (Alcalá del Río en el oeste de Andalucía, Hü. LXI). Por contra, los signos de la placa de plomo de Gádor (cerca de Almería, Hü. LVIII) se alejan un tanto de estos. La extensión de esta escritura es bastante amplia. Se atestigua en el oeste, sur y este de la mitad sur de España y sus ejemplos más claros, es decir, las inscripciones de Mogente y Albacete, se han encontrado en territorios que no corresponderían al sur propiamente dicho. Me atrevo a pensar que la extensión de este tipo de escritura responde a razones político-culturales, pues coincide más o menos con la expansión del reino tartesio en el momento de su mayor esplendor, cuando su hegemonía se extendió desde el océano Atlántico hasta la zona de *Dianium*. De ahí que denomine este tipo de escritura ibérica meridional como tartesio. Otros autores lo denominan como escritura de *Asido*. Según mi opinión, el nombre tartesio recoge mejor sus características.

Por otro lado, tenemos la escritura de Obulco, atestiguada en las leyendas monetales de Obulco y sus alrededores, al norte y al sur de la actual Córdoba. Estos signos solo se encuentran en la mencionada zona. Además de un número de signos conocidos se dan algunos un tanto extraños, que responderían a una evolución particular de los signos fenicios o tendrían quizá otro origen (Hü. n 115). Para Gómez Moreno esta escritura sería autóctona e independiente de la fenicia, aunque no argumenta su hipótesis.

Aunque se haga difícil el desciframiento a partir de la esquematización de los signos impresos en Hübner, no creo que carezca de cierto valor. No tengo ninguna duda en apoyarme en la escritura septentrional, por ejemplo, Hü. n 120, 10a (en Vives, tabla XCV, 7, mejor reproducción) o incluso en el tartesio para leer bien *o.bu.l.go.ś.* o *bo.de.l.go.ś.* La primera solución se referiría a la leyenda latina del anverso de la moneda: *Obulco*. La segunda correspondería al antropónimo *Bodilcos*, también en escritura latina, en otra de las monedas de Obulco (Hü. n 120, 22f.). No quiero ahondar en este punto.

A pesar de la dificultad de lectura de la escritura tartesia de Mogente y Albacete, me gustaría intentarlo: nos daremos cuenta de que podemos avanzar algo más si partimos de los sonidos que representan las distintas grafías recogidas en el sistema ibérico septentrional. Es decir, al no contar con otras posibilidades, haremos el camino inverso a la evolución histórica.

Los signos los denomino otra vez según su asumible relación con los modelos fenicios.

En la primera columna, presento los signos que aparecen en el anverso de la placa de plomo de Mogente (texto A) y en la segunda columna los signos del reverso (textos B y C).

Resumen de los hipotéticos sonidos de la escritura de Mogente.

Texto A	Texto B, C	Nombre	Valor
1. 4	4 4	Aleph	a
2. 𐤀	𐤀	E	e
3. 𐤁	𐤁	Jod	i
4. —	𐤂	?	o
5. ↑	—	U	u
6. 𐤃	𐤃	Lamed	l
7. 𐤄	𐤄	Nun	n
8. 𐤅, 𐤆, 𐤇	𐤅, 𐤆	Resch	r, rr
9. 𐤈	𐤈	Samek	ś
10. M	M	Schin	s
11. 4	4	?	ba ?
12. 7	7	Pi	bi
13. □	—	?	bu ?
14. 𐤉	𐤉	Kaf	ka
15. 𐤊	𐤊	Gemma	ce
16. 𐤋	𐤋, 𐤌	Gimel	gi
17. 𐤍 𐤎	𐤍	Qof	qo
18. —	◊ ◊	?	cu ?
19. +	+	Taw	ta
20. 𐤏 𐤐	𐤏 𐤐	Taw ?	?
21. ①	—	Thet	te
22. 𐤑	𐤑 𐤒	?	ti
23. 𐤓	𐤓, 𐤔	Daleth	tu
24. —	𐤕	Cheth	?
25. 𐤖	𐤖	Beth ? Mem ?	be ?, m ?

Las diferencias más notables con respecto al septentrional son las siguientes: los signos tartesios, al igual que los fenicios, están dirigidos hacia la izquierda. El signo para *o* (4) ha girado 90 grados, lo mismo que *qof* (14) y *gemma* (15). La *waw* (11) presenta una forma muy cercana a la fenicia arcaica (el valor fonético es un tanto inseguro), al igual que *kaf* (14). Hay dos signos para las sibilantes: en lugar del septentrional *sade* aparece aquí *samek* (9). También para *r*, *rr* (?) parecen darse dos signos diferentes (8). La *cheth* (24) tiene un valor fonético difícil de establecer, no parece que sea *o*. El signo 25 se parece al septentrional *m*, pero la frecuencia con la que aparece en el texto de Mogente nos impediría pensar en la *m*, en caso de que el texto sea aceptado como ibérico. Más bien habría que pensar en *be*, signo silábico frecuente que aún no ha sido identificado. También se podría pensar en una *gemma* con dos trazos (15), pues a veces figura con un trazo y otras sin él.

Esos trazos conforman una enigmática peculiaridad de esta escritura. En las inscripciones de tipo sudlusitano de Albacete se encuentran de manera aislada, en los textos ibéricos septentrionales solo excepcionalmente, y en el texto de Mogente, por el contrario, son frecuentes. Al parecer, indican una modificación del signo al que acompañan (¿duplicación, palatalización, denotación de otras vocales o diptongos?).

C) *Esquema de algunos signos gráficos de la zona de Cástulo-Iliturgis-Urci-Illiberris*

(los signos pueden aparecer tanto dextrorsos como sinistrorsos; aquí se dan en la primera forma):

1.	ⲡ	Aleph	a	10.	Ⲛ	Samek	s
2.	Ⲝ	E	e	11.	Ⲟ	Beth?, Daleth?	be?, du?
3.	ⲛ ⲛ	Jod	i	12.	Ⲟ Ⲟ	Kappa?	ca
4.	Ⲛ	Chet?	o	13.	Ⲟ	Kappa	ce
5.	ⲛ ⲛ	U, Waw	u	14.	Ⲟ	Gemma	ge
6.	ⲛ	Lamed	l	15.	Ⲛ	Qof	qo
7.	ⲛ	Nun	n	16.	Ⲛ	Thet	te
8.	Ⲛ Ⲛ	-	z				
9.	ⲛ ⲛ	Schin	s	17.	Ⲛ	?	ti

Si nos fijamos en el cuadro, vemos que no presenta una unidad. Se dan formas de la escritura septentrional junto a algunas del alfabeto tartesio. Son más o menos seguros los signos de las monedas de Cástulo: *ca.ś.te.l.o.*

Hübner incluye este tipo en el sistema septentrional, pero las ciudades en las que se han encontrado están bajo el dominio cultural y político tartesio. Este tipo «mixto» constituye la única escritura atestiguada en monedas del sur, y se acercaría al sistema que hemos llamado tartesio (Mogente, Albacete). Las demás monedas solo muestran leyendas en la escritura de Asido y Obulco, o en letras latinas o fenicias.

La escritura de Cástulo se emplea para la inscripción del recipiente de plata de Cástulo (Hü. XLI, encontrado en 1618), quizá datado hacia el año 100 a. C. La escritura se dirige hacia la derecha, pero no podemos deducir gran cosa de ella. Dado que el recipiente ha desaparecido, no se puede comprobar la lectura y por tanto no tiene sentido ocuparse de ello, toda vez que tampoco se puede excluir que sea falso³⁰.

La lengua ibérica

El trabajo realizado por Hübner, tan magnífico y extenso, nos empuja, sin embargo, a hacernos a primera vista una idea exagerada de la riqueza del material ibérico con el que contamos. Si nos fijamos en su trabajo de manera más detallada, comprobamos que muchos de los ejemplos de las leyendas inscritas en monedas se repiten. Otro grupo pequeño de inscripciones son muy breves –de entre ellas, algunas, mutiladas bilingües–, y solo contamos en escritura ibérica con dos inscripciones relacionadas entre sí, que se componen de algo más de una docena de palabras (dejando aparte la falsificación Hü. XXXIV).

Desde la publicación de *Monumenta* (1893), se han añadido algunos hallazgos, la mayoría breves, otros algo más extensos, de entre los que destacamos los de Alcoy (en alfabeto griego), los de Mogente (en escritura tartesia) y los breves de Albacete (igualmente en escritura tartesia). Es tan escaso el material con el que contamos para la investigación del ibérico, que nos damos cuenta de las pocas posibilidades que tenemos para adentrarnos en esta lengua. En total contamos, como mucho, con unos 200 testimonios. Sabemos que el corpus etrusco cuenta con unos 9000 documentos y aun así debemos aceptar que la investigación del etrusco no ha experimentado grandes avances. En este sentido, se cree tener el derecho de recurrir al vasco como presunto continuador del ibérico para la interpretación de este último, mientras que en el caso del etrusco no se puede apoyar en ninguna lengua viva.

Hübner ha dado acaso un sentido demasiado extenso al término «ibérico», lo que no podemos tomarle a mal. Él quería reunir el material lingüístico autóctono de Hispania para demostrar su hipótesis, pues se aferró a la teoría sostenida por W. v. Humboldt de que en la península solo tuvo que existir una única lengua originaria, es decir, el ibérico.

³⁰ Se trata del vaso de plata de Torres (Jaén), conservado en el museo del Louvre (MLH, H.5.1).

Tengo que eliminar algunos casos de su colección de testimonios. Por un lado, omito las por ahora ilegibles inscripciones en escritura meridional, pero por otro considero oportuno resaltar algunos testimonios cuya interpretación favorece indirectamente la investigación del ibérico, en la medida en que el problema se puede limitar y restringir de una manera más neta.

I. INSCRIPCIONES CELTAS HASTA AHORA TENIDAS POR IBÉRICAS.

Inscripciones en su mayoría bilingües, en alfabeto latino, encontradas en la zona norte de Portugal y en Galicia, recogidas por Hübner XLVI-LVII, entre ellas quizá una *gnóstica* en alfabeto griego, de la que yo me abstengo y que Hübner incluye al principio como ibéricas (ver HB, 80) y después (Mon. p. LXXIX) como celtas. Para Schuchardt (ID, p. 22) estarían a medio camino entre el ibérico y el celta. Cree que si nos fijamos en su carácter fonético estarían más cerca del celta y, teniendo en cuenta su morfología, se acercarían al ibérico (ID, p. 23).

Nos movemos en terreno algo más firme desde las investigaciones de Hernando Balmori (1935), en las que demuestra que la inscripción de Lamas (Hü. LVII), cerca de Viseu, está redactada en una lengua similar al celta, a excepción de la fórmula inicial latina.

A pesar de que los signos estén grabados en roca de granito y se hayan conservado bien, y pese al empeño de muchos investigadores, la interpretación fonética de Hübner era todavía defectuosa. A continuación expongo la lectura de Hernando y su traducción:

Rufinus et Tiro scripserunt Veamini cori doenti angom lamaticom crouceai
maga reaigo petranioi Radom porgomioueas. Caeilobrigoi.

Rufino y Tirón lo escribieron: Los (pueblos) Veaminios dan los campos del otero (peñasco) de los valles de los Lamates (o de Lama) al jefe principal de los Rados, Petranio de la tribu de los Porcos, hijo de Iovia. Los Celiobrigenses (garantizaron el acto).

Quisiera añadir con la mayor brevedad correspondencias etimológicas de algunas palabras (según Hernando):

Veamini, comparar con el étnico *Veamini* en Liguria (*Arcus Segusinus*, también por Plinio).

cori de **corio*: irl. med. *cuire*, germ.**haria*, cf. griego *koiranos*.

doenti: 3. pl. presente, semejante a lat. *dant*.

angom para **ancom*: bret. *ank*, «ángulo», a causa de la -*m* compárese con lepóntico *vinom naxom*.

Lamaticom del topónimo *Lama*: el topónimo y el apelativo *Lama*, en su sentido de «marisma», se extiende por gran parte de España, de los Alpes y de los Apeninos. Según Menéndez Pidal sería pre-indoeuropeo.

Para -*tico-m* comp. lat. *ligus-ticu-s*.

crouceai: topónimo *Kroukiatónnon*, hoy Bapaume (Holder), topónimo *Pennocrucium* (Brit.) irl. *Cruaich* de **krouk* «montón de tierra».

maga: galo *magos* «campo».

reaogoi por *reagioi*: dativo antiguo en *-oi*, galo *-i*, *-o*, lepóntico *-ui*. Irl. *re-* «ante, delante» (**pri-*), **agios* «jefe», irl. *aige*.

Petranioi antropónimo, comp. con el antropónimo de mujer *Petrane* (griego).

radom, gen. pl. de un étnico?, comp. galo *Rato-magus*.

porgom por **porcom*, un étnico?, comp. con el ligur *Porcobera*, *porcos* (cf. *KZ* 39, 607 s.).

ioueas (*-i?*) antropónimo ?

Caeilobrigoi, gentilicio, comp. con el topónimo *Caelobriga*, en Galicia.

Aun cuando todas sus interpretaciones en detalle no sean acertadas, debemos considerar el trabajo de Hernando como muy logrado. Una lengua celta o similar al celta constituye la base, dado que en algunos casos se dan sus formas arcaicas (*-om*, dat. *-oi*). No nos vamos a detener en la cuestión de quiénes fueron sus portadores, si los primitivos inmigrantes indoeuropeos hacia el año 1000 que, según Pokorny, habrían sido los ilirios y, según Arbois, los ligures, o si fueron los celtas de una segunda oleada migratoria hacia el año 500, ya que no voy a tratar aquí las lenguas indoeuropeas de la península.

De entre las inscripciones restantes de la zona, solo son en cierta medida claras las de Arroyo del Puerco, la de Santa María y la de Freixo de Numão. Ahora bien, se han perdido y su lectura permanece en algunos puntos insegura. Por ello, no tiene ningún sentido intentar traducirlas. Solo voy a limitarme a intentar mostrar su carácter celta. Todas son más o menos bilingües.

Arroyo del Puerco (Hü. XLVI): en varias ocasiones *-om*, *pr-*; también parece celta *Teucaecom*, *-co?* Presenta dudas el frecuente *indi. Praesom, Praesondo* comparable con el galaico *Praesamerchi* (ID 23).

Arroyo del Puerco (Hü. XLVII): dos veces *-om*; *Teucom* también celta; *p-*, *indi* dejan entrever que este y el anterior están relacionados entre sí. *Goemina* para el antropónimo hispano *Coemea*, *Quemia*. *Sintamo(m)* para el antropónimo *Sentamus* (Holder), solo atestiguado fuera de Hispania, a comparar con el antropónimo lusitano *Pintamus* (ID 23).

Santa María de Ribera (Hü. XLVIII): *Grougin/Touda/digoe* para *Grouiôn Toudai* (Ptolomeo). Schuchardt traduce (ID 39) «el (dios) de Tuda de los Grovii». Le siguen dos nombres latinos, *Rufina* y *Sever...* Para *krouk-* véase *Touda*, con diptongo *ou* céltico, correspondiente al término celta «pueblo, Señor» (*Toutanorix*). Un sufijo celta, galo *-tico-* (véase *Lamaticom*) podría estar en *-digo-* (*Epaticcus* de *Epo-*, Do. 110).

Cristello y Freixo de Numão (Hü. XLIX y LVI): ambas podrían ser inscripciones dedicadas a Juno, cuyo nombre aparece al principio, la primera con fecha 159 d. C. Aquí se emplea la terminación *-om* en la forma latinizada

-um (Gen. Pl.?). El *tarboum* de la segunda parece incluir el galo *tarvos* «toro» en gen. pl. medio latinizado.

Estos textos se diferencian fonéticamente de los que trataremos a continuación y también del vasco. Sin embargo, algunos grupos consonánticos, diptongos y algunas palabras aisladas están relacionados con el celta, siendo evidente su parentesco con la inscripción de Lamas. No creo que pueda haber dudas en que estas inscripciones, excepción hecha de las fórmulas latinas, estén en una lengua autóctona indoeuropea o hayan sufrido una profunda influencia indoeuropea. Esta tesis, sin olvidar que para ello dependemos del estado de conservación de estos testimonios, coincide con los datos de autores antiguos, según los cuales, las costas oeste y noroeste habrían conocido habitantes celtas. Es interesante constatar la presumible evolución de algunos fonemas, por ejemplo *-nc-* a *-ng-*, *-rc-* a *-rg-*, que son muy frecuentes en Hispania, además de la avanzada latinización y la sonorización de las oclusivas intervocálicas, *-t-* en *-d-*, que se harán extensivas al español y al portugués. Mientras que esta evolución es también común al italiano y al francés –algo que ya está adelantado en el galo–, el paso de *-nc-* > *-ng* y *-rc-* > *-rg-* constituye una peculiaridad, que quizá responda a la proximidad de la fonética celta o a la presencia de un sustrato precelta.

En estos textos, que se presentan completamente ajenos al vasco y al ibérico, no encontraremos ningún tipo de desinencias flexivas que podamos asociar con el vasco o el ibérico.

II. INSCRIPCIONES PROPIAMENTE IBÉRICAS

A) El plomo de Alcoy

En el año 1920, Remigio Vicedo comunica en *Historia de Alcoy y de su región* que en las ruinas del asentamiento ibérico de La Serreta³¹ ha encontrado una placa de plomo de 17 cm de largo por 6,2 cm de ancho, grabada por las dos caras en una escritura que él creía ibérica. Desde esta fecha se han ocupado de este testimonio más o menos sistemáticamente Schuchardt (*SBAW* 1922, 83 ss., *RIEV* 1923, 507 ss.), Schulten (1933) y Gómez Moreno (1922: 341 ss.; 1925: 475 ss.). Dado que se trata de una inscripción relativamente larga y de gran importancia, está justificado detenerse en lo referente al lugar y circunstancias del hallazgo.

De acuerdo con la opinión de Schulten, cuyos apuntes personales me ha permitido utilizar, la ciudad de Alcoy sería la sucesora de la ciudad ibérica *Saetabis* (Játiva en la actualidad), famosa en la Antigüedad por sus finos tejidos. Al este de Alcoy se eleva una cresta rocosa de unos 1000 metros de largo, La Serreta, que se suaviza hacia el este, pero que se interrumpe de manera abrupta en las otras direcciones. En la parte sur, protegida de los fríos vientos del norte, hubo iberos, tal y como comprobamos por los restos de casas y

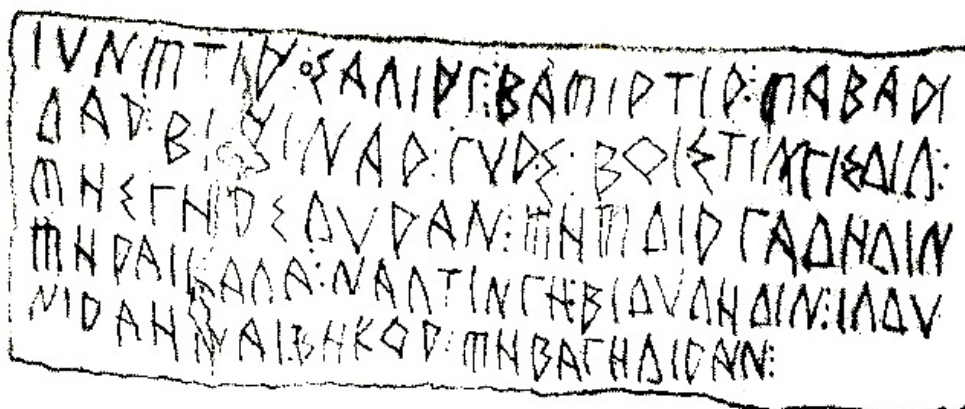
³¹ El original alemán menciona el lugar como *La Serrata*, seguramente por error, tanto en este pasaje como en todos los siguientes.

terrazas, y en las pendientes a ambos lados de la cresta Vicedo encontró gran cantidad de figuras de barro. Estas figuras procedían seguramente de un pequeño templo cuyos restos se hallaron en la parte más elevada de la cresta. Al ser destruido, las figuras y el resto del contenido cayeron pendiente abajo hacia la llanura y se han perdido en mayor o menor medida. Si nos fijamos en el estilo de estos restos arqueológicos, podrían datar de los siglos IV y III a. C. Algunos, de ejecución más ruda, podrían incluso ser anteriores y otros, más elaborados, quizá posteriores. Pero debemos apuntar que los iberos, en general, eran conservadores en su estilo. Es preciso añadir que desde la altura de La Serreta se podía divisar el mar fácilmente, en cuya costa los focos comerciaron en el siglo VI a. C. y fundaron asentamientos, como por ejemplo el cercano Hemeroskopeion (cerca de la actual Denia?).

La placa se encontró en una casa de la ladera sur entre restos de cerámica ibérica del siglo III aproximadamente, aunque también podía haber sido del templo. Estaba enrollada, como lo estaban la mayoría de las conocidas *defixiones* de la Antigüedad, pero sin los agujeros de clavos que estas solían tener. Al intentar desenrollarla se partió en dos, de ahí que las fracturas y las grietas dificulten aún más la lectura del texto por las dos caras.

Anverso

Α¹ ΙΥΝΠΤΙΡ' : ² ΣΑΛΙΡ'Γ : ³ ΒΑΜΙΡΤΙΡ : ⁴ ΠΑΒΑΡΙ
 ΔΑΡ : ⁵ ΒΙΡ'ΙΝΑΡ' : ⁶ ΓΥΡ.Σ : ⁷ ΒΟΙ.ΣΤΙΝΓΙ.ΣΔΙΔ :
⁸ ΜΗΣΓΗΡΣΔΥΡΑΝ : ⁹ ΜΗΜΔΙΡΓΑΔΗΔΙΝ
¹⁰ ΜΗΡΑΙΚΑΛΑ : ¹¹ ΝΑΑΤΙΝΓΗ : ¹² ΒΙΔΥΔΗΔΙΝ : ¹³ ΙΛΔΥ
 ΝΙΡΑΗΝΑΙ : ¹⁴ ΒΗΚΟΡ : ¹⁵ ΜΗΒΑΓΗΔΙΡΑΝ :

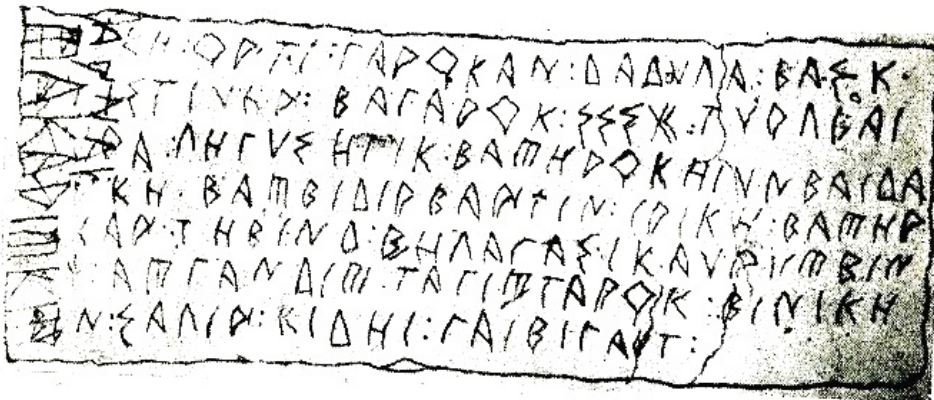


Reverso

Β ¹ΙΡΙΚΗ : ²ΟΡ'ΤΙ : ³ΓΑΡΟΚΑΝ · ⁴ΔΑΔΥΛΑ : ⁵ΒΑΣΚ
⁶ΒΝΙΣΤΙΝΗΡ' : ⁷ΒΑΓΑΡΟΚ : ⁸ΣΣΣΧΚ : ⁹ΤΥΟΛΒΑΙ
ΔΥΡΑ : ¹⁰ΛΗΓΥΣΗΓΙΚ : ¹¹ΒΑΠΗΡΟΚΗΙΥΝΒΑΙΔΑ
ΥΡΚΗ : ¹²ΒΑΠΒΙΔΙΡΒΑΡ'ΤΙΝ : ¹³ΙΡΙΚΗ : ¹⁴ΒΑΠΗΡ
ΟΚΑΡ' : ¹⁵ΤΗΒΙΝΔ : ¹⁶ΒΗΛΑΓΑΣΙΚΑΥΡ : ¹⁷ΙΠΒΙΝ
ΑΙ : ¹⁸ΑΠΓΑΝΔΙΠΙ : ¹⁹ΤΑΓΙΠΓΑΡΟΚ : ²⁰ΒΙΝΙΚΗ
ΒΙΝ : ²¹ΣΑΛΙΡ' : ²²ΚΙΔΗΙ : ²³ΓΑΙΒΙΓΑΙΤ :

Reverso, en paralelo al borde izquierdo

Σ ¹ΑΡ'ΝΑΙ :
²ΠΑΚΑΡΙΠΚΗΡ



Texto A³²

¹ iunstif : ² salifg : ³ baširtir : ⁴ sabari

dar : ⁵ birinar : ⁶ gur. s : ⁷ boi. stingi. sdid :

⁸ šesgersduran : ⁹ šesdirgadedin

¹⁰ šeraikala : ¹¹ naltinge : ¹² bidudedin : ¹³ ildu

niraenai : ¹⁴ bekor : ¹⁵ šebagediran :

³² En esta transcripción el autor emplea <k> para anotar la sorda, mientras que en las transcripciones de la escritura ibérica emplea <ce>.

Texto B

¹ irike : ² orti : ³ garokan : ⁴ dadula : ⁵ bask.
⁶ bui. stinef : ⁷ bagarok : ⁸ sssxc : ⁹ tuolbai
dura : ¹⁰ legusegik : ¹¹ bašeroke iunbaida
urke : ¹² bašbidirbařtin : ¹³ irike : ¹⁴ bašer
okař : ¹⁵ tebind : ¹⁶ belagasikaur : ¹⁷ iřbin
ai : ¹⁸ ařgandiř : ¹⁹ tagiřgarok : ²⁰ binike
bin : ²¹ salif : ²² kidei : ²³ gaibigait :

Texto C

¹ ařnai
² řakařisker

El alfabeto consta de los siguientes signos griegos:

A	B	Γ	Δ	H	I	K	Λ	N	O	P	P'	ξ	Π	T	V
a	b	g	d	e	i	k	l	n	o	r	ř	s	ř	t	u

Faltan los siguientes:

E	Z	Θ	M	Ξ	Π	Φ	X	Ψ
e	z	th	m	x	p	ph	ch	ps

Vicedo y Schuchardt creyeron que esta escritura era ibérica, pero posteriores estudios de Hiller von Gärtrigen y Schulten dieron a conocer que las inscripciones estaban en alfabeto griego, más concretamente en jonio antiguo. El primero de los autores dejó claro que Π es una variante del signo similar a la T, que ciertas ciudades jónicas (Éfeso, Halicarnaso entre otras) emplearon en lugar o al lado de ΣΣ en palabras como ΘΑΛΑΣΣΑ y que parece tener su origen en el alfabeto cario³³. Dado que los focos fundaron *Massilia* y otras ciudades en la costa este de Hispania y que se mantuvieron hasta el siglo VI en la costa oriental ibérica e incluso llegaron a adentrarse en el interior, este alfabeto se podría haber introducido en esta zona a través del camino que hemos apuntado. Parece un tanto arcaizante, pero no creemos que sea muy antigua porque la H aparece abierta y la dirección de la escritura es hacia la derecha. Según estimaciones, estarían datadas entre los siglos VI y IV a. C. Si nos preguntamos por qué se ha preferido la escritura griega para este texto y no se ha transcrito en escritura ibérica, ello puede ser

³³ El autor se refiere a la letra *sampi* Ϻ.

debido a la simple razón de que el autor no conociera el signario ibérico. Esta escritura podía haber sido desconocida en esta zona (en la Antigüedad territorio de los gymnetes, y más tarde, de los contestanos?) o, tal vez, aún no se conocía (al menos el sistema ibérico del norte). Los testimonios en escritura ibérica septentrional son todos ellos posteriores y, al parecer, la citada escritura constituye una derivación tardía del tartesio. Los autores de la inscripción de Alcoy, perteneciente probablemente a los siglos VI o V a. C., habrían adquirido con toda probabilidad sus conocimientos de escritura en la cercana ciudad focea de Hemeroskopeion.

A partir de la forma de grabar la escritura se puede deducir que pudieran estar implicados dos o tres autores. Distingo el Texto A (en el anverso con 134 letras, aunque en la última línea haya aún sitio libre), Texto B (en el reverso con 192 signos; también aquí espacio libre en la última línea) y Texto C (las dos palabras escritas de forma transversal en el margen izquierdo del reverso; 15 letras). En los textos A y C las palabras quedan separadas mediante tres puntos. En el texto B se emplean dos. Además, se constatan diferencias visibles en la caligrafía. El anverso está grabado por una mano tranquila, con grandes signos en punta, que parecen inclinados hacia la izquierda. El texto B, al contrario, presenta una escritura más superficial y signos más pequeños e inclinados claramente hacia la derecha. Además la forma de las letras también indica diferencias evidentes entre los textos A y B. Quisiera destacar los siguientes aspectos:

Texto A	Texto B
I derecha o levemente inclinada	en la mayoría de los casos inclinada, a veces incluso doblada
A el trazo transversal es oblicuo, termina bastante encima del extremo inferior del asta derecha	el trazo transversal se alarga hasta el extremo inferior del asta derecha
H, B los trazos verticales están derechos o algo inclinados, el trazo transversal de la H es muy oblicuo	los trazos verticales están bastante inclinados; el trazo transversal de H es apenas oblicuo
Σ la parte superior forma a menudo un ángulo derecho obtuso	la parte superior adquiere forma de un ángulo agudo
P las tres partes son bastante rectas	el trazo inferior derecho está a menudo torcido o roto hacia dentro (sobre todo en B12, 19)
Λ a menudo, las astas curvadas	la mayoría de las astas rectas
P' el símbolo principal y el diacrítico están superpuestos	el símbolo principal y el diacrítico están claramente separados

El Texto C es demasiado breve para que podamos concluir algo sobre su caligrafía. Además C 1 y 2 están escritos en diferente tamaño. Aunque en el texto C la separación entre palabras se haga mediante tres puntos, como en A, parece que la forma de la escritura es distinta de la de este último. Es posible que el texto C no haya sido escrito por la misma persona que grabara el texto A, de ahí que se pueda hablar de tres autores.

Se da cierta inseguridad en la escritura (*o-u*) en el ejemplo A7 *boi.stingi.sdíd* al lado de B6 *bui.stiner'*, en caso de que los dos componentes sean idénticos, y quizá también en los ejemplos A8 y 9 *ses-* : *ses'*, donde podría tratarse del mismo elemento. Si la diferencia entre *-s* y *-s'* de los ejemplos anteriores no se debiese a la influencia de la siguiente consonante (*g-d*), se podría suponer que el grabador no distinguía claramente las dos sibilantes que en la escritura ibérica se expresan mediante *sigma* y *sin*, como les pasa a los extranjeros para distinguir y pronunciar las *s* y *z* del español, y aún más, la *s* y *z* del vasco. Ahora bien, no quiero ir tan lejos como para afirmar que el autor del texto A no era ibérico. La aparición de *P'* al lado de *P* en numerosos términos es un tanto extraña, posiblemente quiera indicar una especie de *r*, quizá una geminada o fuertemente vibrada. Apoyaría esta hipótesis el hecho de que en la actualidad tanto las lenguas de la península ibérica como el vasco distinguen entre dos tipos de *r* y perciben como extraño que los extranjeros no observen esta diferencia de pronunciación. Desde el punto de vista fonético, la lengua vasca distingue aún más tipos de *r* (cf. Gavel 1921: 180ss.) –al igual que el bearnés y el gascón–, pero fonológicamente solo hay dos fonemas. Si tenemos en cuenta que el ibérico también distingue dos signos distintos para la *r*, no hay ninguna duda de que *P'* y *P* funcionan dentro del sistema ibérico de manera similar a la que lo hacen las distintas formas articuladas de la *r* en la península ibérica y en el sudoeste francés hoy en día. Este hecho tiene que estar relacionado con la fonética de los sustratos lingüísticos de la Antigüedad. Schuchardt cree que el diacrítico al lado de *rho* indicaría una vocal, opinión que me parece desencaminada.

Este testimonio lingüístico es de enorme importancia porque su lectura apenas plantea dificultades. Por primera vez contamos con un texto ibérico definido fonéticamente que nos permite hacernos una idea más segura de las características fonéticas de las palabras. Y es que los testimonios que conservábamos transcritos en escritura ibérica no nos ofrecían con exactitud el sonido, debido a la ambigüedad del signo silábico (*qo = go*, *ti = di*, etc.). El texto de Alcoy nos permite comprobar la lectura de los signos ibéricos. Con anterioridad se dijo que este curioso sistema silábico –del tipo oclusiva más vocal– estaría relacionado con el hecho de que en ibérico no podría aparecer ningún sonido oclusivo al final de sílaba. Este texto confirma esa sospecha, aunque con una limitación importante: en final de palabra aparecen oclusivas a menudo (*-k -g -t -d*). Esto hay que tenerlo en cuenta en la transcripción de los textos en escritura ibérica. Una *thet* en posición final puede marcar *-te*, *-de* o *-t*, *-d*, una *gimel* a su vez *-gi* o *-g*, y así sucesivamente. La lengua es muy rica en vocales. Los diptongos también se dan con cierta frecuencia (*ai ae ? ui oi uo au ei*). Por el contrario, falta el grupo consonántico *muta cum liquida*, tan común en las lenguas indoeuropeas. Al principio de sílaba no se dan grupos de consonantes, al final solo *ns* (A1), *rs* (A8), *sk* (B5). Por el momento prescindo

de A7 y B6. Es muy curioso el encuentro entre *s* (*ś*) con *g k d t b*. Faltan *h* y todas las aspiradas, así como *p* y *f*, lo que coincide con el sistema que habíamos establecido del ibérico partiendo de la escritura ibérica septentrional. La ausencia de la *m* puede explicarse por la brevedad del texto.

Si en nuestra lectura hemos conseguido aclarar lo referente al valor de los sonidos y de su carácter, encontramos serias dificultades cuando intentamos dar un significado a estos textos. Sabemos desde un principio que se trata de una lengua autóctona, es decir, de la lengua ibérica, pero sería equivocado pasar por alto las lenguas que se hablaron en la península en la Antigüedad en algún momento dado. Está claro que el texto no tiene nada que ver con el celta, pues su aspecto no es ni en lo más mínimo indoeuropeo. También podemos eliminar el fenicio, puesto que el tipo lingüístico semítico sería inconfundible. El etrusco también se diferencia a primera vista de nuestro texto, dado que este no conoce *phi*, *chi*, *theta*, ni *p* y *f*. Sin embargo, ofrece *b*, *d*, *g*, mientras que en etrusco las aspiradas aparecen con frecuencia y las oclusivas sonoras casi con seguridad no se dan en absoluto. Se echan de menos los sonidos y sufijos *-al*, *-sa*, *-(a)r*, *-na*, *-(u)m*, *-(e)m*, tan corrientes en etrusco. Sopesando todos estos datos, podemos concluir que este texto no está relacionado con la lengua etrusca. Zyhlarz comunicó a Schulten en una carta del 5.4.1937, en tono categórico, que no se puede hablar de parentesco lingüístico entre la lengua de este texto y el bereber.

Por lo tanto, el texto nos ofrece una lengua muy específica que no se puede comparar con las lenguas cercanas, aunque el vasco debe permanecer, de momento y provisionalmente, como la lengua más cercana. Este testimonio debe hablar, en principio, por sí solo.

A pesar de la reducida diferencia en las escrituras es, sin embargo, muy verosímil que los tres textos estén relacionados entre sí y que el denominado A constituya el comienzo, dado que A1-3 (*iunś-tir sal-ir'g baśir-tir*) suena como una fórmula de apertura, que desde una mirada externa está construida como la latina *senat-us popul-us* que *Roman-us*; además, A4 y 5 parecen estar unidos uno con otro mediante el mismo sufijo *-ar*. Todo esto suena como una apertura formular, y no se entiende por qué Gómez Moreno (1925: 498) opina que todo el documento comenzaría por el texto B, a pesar de que en el inicio de ese texto no se puede distinguir ningún grupo sintácticamente coherente.

En el centro del texto B aparece un grupo de signos (B 8), probablemente un valor, es decir un número. Schulten cree en un principio que la *sigma* indica el valor de una moneda de oro focea, de ahí que podrían ser 3 (o 30) estáteros o una fracción de ellas que estarían expresadas mediante la *X* siguiente y el signo parecido a *C*. Según Hiller von Gärtrigen se encuentran ciertos paralelismos en Cirene (noticia por carta el 31. 1. 27).

Schulten sospecha que el valor expresado sería de 3 estáteros y 1 1/2 bronzes (*JDAI* 1933, 521).

Este dato numérico viene precedido de *ba-garok*, que se repite en B3 *garok-an*, B19 *tagis-garok* (el tema sería *garok*), quizá incluso en B11 *base-rok-e*, B14 *bare-rok-ar*

(tema *rok*). Este elemento podría ser significativo en relación con el número que se indicaba en el texto B. Las relaciones en el texto A parecen similares, donde la *sigma*, separada mediante un punto en A6 *gur.s* quizá exprese también un número. Dado que el grupo de signos A7 está dividido en tres elementos separados por dos puntos únicos, cuando la división de palabras se hace siempre por más de un punto, nos da la impresión de que los tres elementos podrían guardar una relación más estrecha entre sí: ¿pueden entenderse como un solo concepto? Como el punto está las dos veces ante *sigma* y, de acuerdo con lo adelantado sobre el sistema fonético ibérico, los sonidos *st-* y *sd-* no serían sonidos iniciales en ibérico, podríamos deducir que Σ (acaso también $\Sigma\Delta\Delta$?) son signos numéricos y que A6, 7 y B8 con la triple *sigma* estarían relacionados entre sí. Por otra parte, B6 *bui-stin-er* está estructurada de forma parecida a A7 *boi. tin -gi*. Los dos se diferencian, aparte de *u/o*, solo por el sufijo *-er* : *-gi*. Las cosas estarían claras (*s* = signo numérico, *tin-gi*, *tin-er* formas de flexión), si también se dieran puntos después de la *sigma*, lo cual no es el caso. También en B5 *bask.* puede haber puntos delante y detrás de la *s*, es decir *ba. s. k.* ? En este caso se podría interpretar la *s* como un signo numérico. De todas formas la distancia entre la *s* y la *k* es notablemente grande.

Muestran una relación entre los textos A y B los ejemplos A2 *saliŕg* y B21 *salir*, así como A8 *-duram* : B9 *-dura*. Por lo demás, el léxico es diferente.

El texto C presenta *śakariśker*, posiblemente un antropónimo, que también aparece como *Sacaliscer* en una moneda de Cástulo (Hü. n 118, donde se da la lectura incorrecta *sacaiscer*, corregida por Vives en «Monedas»).

El conjunto de los tres textos, que según todas las apariencias constituye algo unitario, podría ser por tanto un acuerdo recíproco, un contrato o algo similar, en el que el precio desempeña un papel importante y en el que un tercero firma como fiador o garante, pues el texto C es quizá una firma, en la que C1 *arnai* podría ser una forma verbal (algo parecido a ‘firma, confirma’ o ‘avala’ con el sufijo *-ai*), que indica el papel que desempeña el *śakariśker* en ese contrato.

En lo que sigue voy a citar los términos uno por uno y compararlos, por un lado, con sus paralelos dentro del texto y, por otro, –adelantando en parte los testimonios ibéricos que todavía hay que tratar– con todo lo que procedente del material lingüístico indudablemente ibérico (tablas de metal, epitafios, leyendas monetales, antropónimos recogidos por los autores clásicos, en parte también topónimos) muestra alguna similitud. Es posible que algunas similitudes respondan a mera coincidencia. Aun así creo que se trata del método apropiado para que paulatinamente podamos hacernos una idea más clara de cómo es la lengua ibérica y será más fácil, posteriormente, distinguir lo ibérico de lo no-ibérico.

A1 *iunstir* : *iunstir* en una vasija de Liria. Llama la atención la *-m* al final de sílaba, mientras que las actuales lenguas iberorrománicas y el vasco presentan una fuerte aversión, español *don* (*dominus*), *quien* (*quem*), también en francés *rien* (lat. *rem*). En ibérico la *m* es muy extraña *-iun.* en B11 *iun-baida*?

2 *salir-g* : B21 *salir*, sin sufijo. Monedas (Lérida? n 30e) *śalir-cen*, *śalir-ban*. Schuchardt (ID 37) considera *śalircen* como gen. plural de un etnónimo, que adoptaría la forma latina **Salires* (si fuera *-ce-* el indicador de plural y *-n* el de genitivo, el sufijo de *salir-g* se podría relacionar con el signo primero, es decir = **Salires*?). Por otro lado, este sufijo podría unir las dos primeras palabras, como lat. *-que*, etr. *-c*, lidio *-k*.

3 *bas-ir-tir* : si está correctamente dividida, constaría de un prefijo *bas-* (si no, *ba-*, ver B7) como en B11, 12 y 14. Se le añadiría Liria 56 *bas-*. La sílaba *-tir* es muy frecuente en ibérico del mismo modo que *tir*, *dir* e *ir*: A1, 2, 9, 15, B12. Además, el topónimo *il-tir-da* = Ilerda (n 30 b), *il-tir-arca* (n 8), el antropónimo *il-tir-bigesen* (GM p. 485) y Liria 56 *iumstir*.

4 *sabari-dar* : ¿se trata del sufijo *-dar* (*-tar*) como en antropónimos ibéricos y en aquitano o del sufijo *-ar* como en A5, *baise-ar* (Hü. XXVI) y el antropónimo *Luspan-ar* al lado de *Luspan-gibas* (TS 28)?³⁴ Con respecto a la última posibilidad, difícilmente se puede citar B10 *bašerok-ar* (?).

6 *gur.s* : quizá de la misma raíz que el antropónimo *Gurtar-no* (TS 29).

7 *boi-stin-gi .sdid* : B7 *bui. stin-er*. Se puede aislar un sufijo *-gi* (como en el plomo de Castellón 10, 15, ver infra) y un sufijo *-er*, con el que quizá se relacione B10 *-ar* ?

8 *śes-gers-dura-n* : ¿quizás con *śes* en 9? Respecto a *-gers-*, cf. los antropónimos *olorti-girs*, *ceiti-girs* (Hü. XXV, Sagunto). Con *-dura-n*, cf. B9 *-dura*. De ello resulta un sufijo *-n* que aparece en B3 *garok-a-n*, al lado de B7 *ba-garok*, y quizá también en A15 *śebagedir-a-n*?

9 *śes-dir-ga-dedin* : A12 *bidu-dedin*.

10 *śeraikala* : sufijo *-la*? Topónimo *Cala-gurris*? En caso de segmentar como *śer-aikala*, entonces con B11 *ba-śer-oke...*, B4 *dadu-la*, B14 *ba-śer-okar*?

11 *nal-tinge* : con el antropónimo *Nal-be-aden* (TS 35).

13 *ildu-niraen-ai* : antropónimo *nere-ildu-n* (Hü. XXIII, Sagunto), *e-ildu-l*? (Hü. XXXI, Sagunto), *ildu-quoide* (n 37, Ilerda?), *ildu-beles* (Hü. XV, Iglesiasuela), *alor-ildu-i* (Fraga), *ildu-r-adin* (Azaila), *abar-ildu-r* (n 22, Tarragona), topónimo *ildu-ro* (n 44, *Ildum*, *Iluro*); *-(n)ai* : C *ar-nai*, además en Cast.³⁵ 5, 6 *bei-ce-ai(e)*, 17 *ai-case*, 19 *ai-cas*, 20 *ai-es*.

15 *śe-bagedir-an* : quizá el prefijo *śe-*.

B1 *irike* = B13 : sufijo *-ike* como en B20 *bin-ike-bin* o *-ke* como en B11 *baidaur-ke*.

3 *garok-an* : en relación con B4 y 19, quizá también con B11 y 14.

³⁴ Las cifras que siguen a la abreviatura TS hacen referencia a las entradas del comentario de Bähr a los nombres de la *Turma*, más adelante en las pp. 121-124.

³⁵ Se refiere al plomo de Castellón, que estudia infra en pp. 98-100. Abreviado de esta forma en lo sucesivo.

5 *bask* : llama la atención por la semejanza con el nombre de los vascones, que seguramente es casual. Los vascos se autodenominan *euskal-dunak*, es decir, el parecido entre este último término y *bask*, así como la correspondencia con B5 es, pues, escaso. Dado que el grupo consonántico *-sk* no se atestigua en ibérico, se trata aquí probablemente de una abreviación. Además, en la fotografía se pueden reconocer puntos antes y después de *s* y detrás de *k*, es decir *ba.s.k.*? Apuntamos, al menos, que la separación de la *k* del resto de las demás letras es bastante mayor.

9 *tuol-bai-dura* : *bai* en B11 *bai-daurke*. Cast. 10 = 15 *bai-tes-gi*, 21 *bai-tes*. Liria 56 *ti-baite*. Fraga *belas-bai-ser*³⁶. Antropónimo *Bae-s-adines?*, *Bae-s-iscerris?*

11 *bašeroke-iunbaida-urke* : muy probablemente dos palabras, pues la primera parte coincide con B14; por su parte *urke* con Cast. 4 *urce-cerere*.

15 *te-bin-d* : llama la atención el grupo final *-nd*. Quizá, como en B23, se le haya añadido un sufijo *-t*, que por la influencia de la nasal se habría sonorizado.

16 *belagasika-ur* : se corresponde bien con los numerosos antropónimos con *-bel-* o bien cortando *bela-gasika-ur* con el antropónimo femenino *adin-bela-ur* (Tarragona VI).

17 *ís-bin-ai* : *bin* de B15 *te-bin-d?*, B20 *bin-ike-bin*; cortando *ísb-* admite relación con *isbataris* (Hü. XXVII, Sagunto), *isbetartien* (Hü. XXXIb, Sagunto), sufijo *-ai* (ver arriba).

19 *tagis-garok* : para *garok* ver arriba; respecto a *tagis* : antropónimo *Bilis-tages* (rey de los ilergetes). Se debe a casualidad la semejanza con nombre propio etrusco *Tages*: «el adolescente Tages ... que posee la sabiduría de un anciano» (Brandenstein 1937: 27).

20 *bin-ike-bin* : dividido de este modo llama la atención la repetición de la sílaba *bin*, comparable con B23 *gai-bi-gai-t*. Cast. 4 *urce-ce-re-re*. Liria *dui-dui*, *ki-de-de*.

22 *kide-i* : *-i* parece un sufijo. Para *kide* : Cast. 2 *abariei-kide* (o *-gite?*). Liria 54 *abarie-kide* (*-gite?*) y *berdu-kidede* (*-gitete?*).

El método que hemos seguido, comparando los diferentes términos e intentando dividirlos en sílabas, nos permite avanzar que se trata de una lengua flexiva o aglutinante, que emplea tanto prefijos como especialmente numerosos sufijos, y que también parece conocer la composición nominal. En el texto de Alcoy llaman la atención las siguientes voces, que también se pueden atestiguar en otros textos, y que podemos considerar como representativas de la lengua ibérica: *iunstir*, *saliŕ*, *-dura*, *ildu-*, *garok*, *tagis-*. Los siguientes son con toda probabilidad prefijos: *ba-*, *baš-*, *ses-* (*šes-*, *se-*?), y sufijos : *-gi*, *-er*, *-(n)ai*, *-g*, *-(a)n*, *-ar?*

Desde el punto de vista estilístico se puede afirmar que el texto comienza con una fórmula. También en otros pasajes tenemos la impresión de que hay una forma lingüística rígida, como vemos en la estructura de A8, 9, 15, así como de A9, 12 y de B11, 14.

³⁶ Los ejemplos de Liria y Fraga remiten al material recogido en la obra un poco más adelante, procedente de esos lugares: secciones B) y Da) respectivamente.

La lengua de este texto produce una impresión curiosa y, al mismo tiempo, un tanto extraña. Solo si abordamos el texto desde el vasco parece que encontramos ciertas similitudes en palabras, formas, sufijos y prefijos verbales; pero si intentamos traducirlo al vasco, nos damos cuenta de que no le encontramos ningún sentido. Otra posibilidad sería la de ver en este texto una falsificación. Contra esta última hipótesis hablan el lugar de los hallazgos y la coincidencia de una palabra característica del comienzo con otra hallada en 1935 en un vaso de Liria.

Casi a modo de burla o provocación, aparece la palabra B5 *bask* (su lectura es insegura), en cierta medida coincidiendo con el lat. *Vascones*, pero que es totalmente ajena al vasco. Julio Cejador y Frauca ha intentado con gran entusiasmo, pero al mismo tiempo de manera totalmente arbitraria, darnos una traducción del texto con ayuda de la lengua vasca. Esta traducción no puede tomarse en serio (Cejador 1926: 14 ss.). No se da cuenta de que el texto que nos ocupa data de hace 2000 años y no puede coincidir con el vasco hablado hoy en día. Incluso los textos más antiguos en vasco, del siglo XVI, nos muestran considerables diferencias con respecto a la estructura de la lengua actual. De ahí que renuncie a recoger sus fantasías, y me dedique a fijarme en las posibles semejanzas, siempre siguiendo de cerca la evolución histórica de la lengua vasca, en la medida en que podamos conocerla o suponerla. Si nos acercamos al vasco desde su evolución histórica y respetamos las concomitancias solo cuando estas se razonan dentro de un sistema, llegamos a resultados completamente diferentes a los de Cejador.

Ildu (A13) significa en vasco «él lo ha matado», pero la forma vasca oriental *hil* es la más arcaica (de **kil?*) y *du* podría tener su origen en **dedu* o en **dadu*. Se podría intentar buscar un parecido con *dadula* (B4) añadiéndole el sufijo *-la* «que». Pero nos damos cuenta de que falta la vocal de conexión (bizk. *dau-a-la* de **da-du-a-la*) y tampoco es posible que *du* y **dadu* aparezcan uno al lado del otro. En *Irike* (B1, 13), ... *daurke* (B11), *bašeroke* (B11) etc. parecen tener el mismo sufijo *-ke*, indicador en vasco de futuro (o potencial), por ejemplo *dator-ke* «él vendrá». Por desgracia, no nos permite avanzar. La relación con el sufijo vasco *-ke* es tan fútil como la que hay con el sufijo de imperfecto etrusco *-ke*, *-ce* o con el griego *-ke*. La forma *bidu-dedin* (A12) suena como el vasco *bitu dedin* «que lo reunirá», *sebagediran* (A15) correspondería con el vasco *sei bage diran(ak)* «los que no tienen niños». Tendremos que añadir que ante parecidos tan significativos tendría que ser posible encontrar una relación en el significado. Pero yo no veo manera de enlazarlo con las posibilidades que emanan de las inscripciones. Además, debemos considerar que en *bitu* (= *bildu*), el sufijo *-tu* (*-du*) es de origen latino y que precisamente este sufijo participial no se emplea cuando se quiere expresar un deseo. Vasco *sei(n)* «niño» se ha formado quizá a partir de **seni* y el actual *dira* «ellos son» presentaría una *d-* muy extraña en vasco (excepción hecha de los verbos) para ser la raíz verbal, lo que no creo que fuera el caso hace 2000 años.

Se ha querido relacionar *bekor* (A14) con el vasco *bekor* «bajo, tonto» relacionado con *bee* de igual sentido. Para ello habríamos pasado por alto que *-kor* se constituye de la fusión de dos sufijos *-ko* y *-or*, cuya primera parte tendría su origen en el celta. *Orti* (B2) significa en vasco «de allí», pero las formas derivadas *ortik*, *hortik*, *gortik* nos indican que

la forma arcaica sería **xorik*, **kortik*, es decir, estamos ante un parecido puramente casual. Muy sugestivo sería *kidei* (B22), como si fuese algo así como dativo del vasco *kide* «compañero». Ahora bien, un protovasco *kide* tendría que haber aparecido hoy en día como **gide*. Pero solo existen *kide* e *ide*. No se puede negar que los dos componentes de *šakar-išker* (C2) suenan como vascos. Pero ni *zakar* «tosco», *zagar*, *zahar*, *zaar* «viejo» ni *esker* «gracias», *ezker* «izquierdo» nos llevan a ningún lado. Por lo demás, nombres de cualidad³⁷ de este tipo son poco característicos de una lengua.

Garok-an (B3), *ba-garok* (B7), (*tagiś-*)*garok* (B19) y *ba-šeroke* (B11), *ba-šerokar* (B14) nos recuerdan en su relación mutua al actual sistema vasco de conjugación. Al lado de *garok-an* se podría poner vasco *gaduzkan* (de **gadukan*?) «el que nos tiene». De la misma forma junto a *bagarok*, vasco *ba-gaduzka* «si él nos tiene». Algunas de estas suposiciones podrían incluso aceptarse, si lográramos avanzar con su interpretación siquiera un paso y si, por principio, no nos acechara la duda. Las formas verbales de la lengua vasca, que parecen haberse formado a partir de diferentes componentes, debían de ofrecer un aspecto totalmente diferente hace 2000 años. Es decir, estos elementos estaban relacionados de manera menos rígida o podían incluso haber sido elementos independientes. En cualquier caso, sería muy extraño que precisamente las formas verbales vascas, que se hallan hoy en día en constante evolución, no hubieran experimentado cambios en un período de tiempo tan importante.

Por otro lado *legusegik* (B10) parece coincidir con el vasco *letorkekik* «él te-masc. vendría», pero hay algunos datos en contra, como la *l-* abreviada de *ahal* «poder», y, aunque uno se inclinase a relacionar *seraikala* (A10) con el vasco **zeraikala* (de *eraiki* «construir») «que él construyera», no podemos olvidar que la *z-* en la 3ª persona del pretérito no es originaria en vasco y que su ausencia fue general en todos los dialectos, como todavía ahora en vizcaíno.

Por consiguiente, hay muchos factores que nos impiden hablar de formas verbales vascas al referirnos a la inscripción de Alcoy, lo que no descarta que aquí y allá, sobre todo allí donde las formas parecen más complicadas, estemos realmente ante formas verbales. Con la salvedad hecha de que estas formas no son vascas ni mucho menos vascas antiguas.

Ciertamente la *-k*, que aparece en varias ocasiones (B5, 10, 19), nos recuerda al sufijo vasco de plural y de activo. Aunque este último quizá tenga su origen en **ki* (de acuerdo con la opinión de Schuchardt). Además, nos falta la prueba de que *-k* sea realmente un sufijo, lo que se comprobaría si una misma palabra se atestiguara con y sin *-k*. El ejemplo más cercano lo tendríamos en la *-g*, en A2, pues tenemos *salirg* al lado de la misma palabra sin sufijo *salir* (B21) y quizá se refiriera al étnico **Salires* (ID 37). También los sufijos *-(a)n* (B3) e *-i?* (B22) se dan en vasco con el valor de indicadores de genitivo y dativo respectivamente. Pero nada nos permite aquí suponer una función tal, y sufijos de este tipo se encuentran en muchas lenguas. Además, sonidos y/o letras aislados no demuestran nada.

³⁷ El original dice escuetamente EN, que hemos entendido como abreviatura de *Eigenschaftnamen*.

No podemos evitar citar que *ba-* (B7, 11?) tiene dos correspondientes en vasco: los prefijos verbales en *bá-dator* «ya viene» y *ba-dator* «si viene». El primero, sin embargo, queda totalmente excluido, dado que surge de *bai* “sí” (de **bae?*). De todos modos nos quedaría el segundo, pero tampoco está demostrado que *garok* sea una forma verbal. Su relación con *tagis-* (B19), que parece repetirse en un antropónimo, hablaría en contra de esta hipótesis.

Tanto en el texto que nos ocupa como en vasco, la *f* y la *r-* inicial son relativamente raras en una medida parecida. La *f*, de acuerdo con la opinión de Gómez Moreno (1922: 363)³⁸, falta en todas las lenguas hispánicas, también por cierto en celta, con algunas excepciones, por ejemplo *fl-*, (comp. con el árabe). El ibérico no tiene *p*, mientras que el vasco sí la tiene, salvo en posición inicial. *t-* y *d-* en posición inicial se dan con frecuencia en ibérico, mientras que no aparecen en vasco o solo excepcionalmente. Llama mucho la atención la ausencia de *h* en Alcoy y en los demás testimonios, dado que este sonido y las sordas aspiradas aparecen a menudo de manera llamativa en vasco y en vasco antiguo-aquitano. El texto que nos ocupa distingue, de la misma manera que los demás textos ibéricos, dos sonidos sibilantes *s* y *ś*. La lengua vasca, por su parte, diferencia tres: *s*, *z*, *x* (= equivalente al alemán *sch*), que aparecen a menudo formando un grupo consonántico con *t* (*ts*, *tz*, *tx*), lo que no observamos en ibérico. De entre los frecuentes grupos consonánticos ibéricos con *s* (*ś*) + oclusiva, el vasco solo conoce los que tienen una consonante sorda, y cuya sibilante es siempre sorda. Una secuencia como *z-g* solamente puede aparecer en una pronunciación cuidada del límite morfológico de un compuesto (monte *Aiz-gorri*). En lo referente a los diptongos, el texto de Alcoy coincidiría con el vasco (aunque no se den particularidades dignas de mención). Finalmente la estructura de la palabra nos muestra que estamos ante una lengua predominantemente sintética o, para utilizar la expresión de Vinson, polisintética (Schuchardt ID 79). Lo mismo podríamos decir del vasco, aunque, mediante este comentario solo se da una opinión referente al tipo de lengua y a su estructura. Llama la atención una consideración hecha por Gómez Moreno (1922: 366), que atañe a ambas lenguas. Describe la lengua ibérica de Alcoy como suave, armoniosa y rica en vocales, y adjudica las mismas características a la lengua vasca. Esta opinión se contrapone a la de la mayoría de sus coetáneos, que ven en el vasco una lengua que suena dura, nada armoniosa e incluso bárbara. Estas consideraciones estéticas, especialmente cuando se refieren a una lengua muerta, no tienen ningún valor ni fuerza probativa, dado que son solo apreciaciones subjetivas.

Como conclusión, podemos decir que se aprecian ciertas similitudes en el sistema fonético de ambas lenguas, al tiempo que se comprueban diferencias importantes. La coincidencia en la ausencia del grupo *muta cum liquida* es propiamente solo un *argumentum a silentio*. Dado que estos grupos *muta cum liquida* son propios de las lenguas indoeuropeas, su ausencia en cualquier lengua solo permitiría establecer una conclusión respecto a su relación con las lenguas indoeuropeas, pero no respecto a la relación entre ellas. Lo más importante de nuestro estudio es finalmente el hecho de que el texto de

³⁸ El texto alemán ofrece en este caso y en el siguiente una referencia errónea: *RFE* 16 (1929), 563 y *RFE* (1929), 366, respectivamente.

Alcoy, que a primera vista suena tan vasco, no se puede interpretar en absoluto con la ayuda de la lengua vasca.

B) Las inscripciones de los vasos de Liria

Durante las excavaciones arqueológicas que se efectuaron bajo el patrocinio de la Diputación Provincial de Valencia en verano de 1934 cerca de Valencia se hallaron varias vasijas y fragmentos en escritura ibérica septentrional. Me referiré a estos textos por el nombre del lugar de su hallazgo, Liria. Son textos pintados y muestran en parte formas redondeadas que, según las ilustraciones de la publicación (Diputación Provincial de Valencia, 1935), no siempre se distinguen con claridad. No presento la transcripción del editor, que no parece ser un buen conocedor de la escritura ibérica, sino la mía propia. Las inscripciones están en ocasiones asociadas a escenas gráficas, que parecen representar la caza, la pesca y actividades parecidas.

51³⁹ bi.ti.i... ba.n/ u.n.s.ce.l.te.ca(gi?).a.r./ba.n... ba/n i. s gi.n.i.ba.n.i.te.

52 . a.r.e.s.du.r... /du.i.du....

53 ..e.r. . / . .ta. n. /be.e. ?

54 (transcurre alrededor de una vasija sin signos para separar las palabras ni espacios intermedios)

gi.e.bi.r.gi.ś.a.l.e.i.cu.gi.be.gi.a.l....r.ce.i.a.ba.r.i.e.gi.te.a(?)o.r.a.ca.r.cu.ta.l.b
e.r.e.gi.r.u.l.ce.r.s.i.be.r. du.gi.te.te...

Los últimos signos responden quizá a una rúbrica.

56 ba.n.cu.r.s. : ca.r.e.s.ba.n.i.te : e.gi.a.r. : s.a.l.du.ti.ba.i.te : i.u.m.s.ti.r :
to.l.i.ta.n.e : ba.ś.s.u.m.i.a.ti.n.i.r.e.i. s.to.ś/ba.i.n.a.b.a.r.

57 a.ba.r.ta.n.ba.n / ba.l.ce.u.n.i. (?)...

58 cu.du.a / te.i.s.te.a i.du.ba.n(?)...

59 ...n / a.n.to(ti?) .ca.s.... ...n / a.n.to(ti ?).r.ba.n... du.ś.e.a.ti.a ca.cu.e.gi.a.r
ce.m.i.e.gi.a.r.

60 ta(?) .ta.r.

Dado que estos restos están en parte mutilados, no se pueden establecer conclusiones de su estudio en solitario, de ahí que prefiera dedicarme a ellas en relación con el próximo texto. Solo quiero apuntar que el signo ibérico *Mem* aparece en dos ocasiones: p. 56 (*iumstir*⁴⁰, que en Alcoy tiene *n*) y p. 59.

³⁹ Las cifras se refieren a la publicación de la DPV 1935. Las referencias correspondientes en la obra de Untermann, 1990, MLH, son las siguientes: 51: F.13.21; 52: F.13.34; 54: F.13.4; 56: F.13.5 + F.13.31; 57: F.13.38; 58: F.13.13; 59: F.13.07.

⁴⁰ El texto alemán trae *iumstir*.

C) *El plomo de Castellón de la Plana*⁴¹

Esta plaquita grabada por un cara en escritura ibérica septentrional (Hü. XXII) se encontró el año 1851 en una fosa destruida en las cercanías de Castellón de la Plana, no lejos de Valencia. Estas fosas, conocidas como *pujols*, datarían, según Serra-Ráfols, del segundo período de la cultura de la costa valenciana, cuyos portadores fueron los iberos ilercavones, y se habrían construido hacia el siglo III a. C. En caso de tratarse de un dato correcto, tendríamos aquí un referente para conocer la datación de la inscripción misma.

Stempf, Giacomino y Vinson han intentado interpretar el sentido, pero sin tener en cuenta ni el contexto ni alguna etimología –la lectura efectuada por Hübner tampoco les abría otras posibilidades–, sino dando rienda suelta a combinaciones fantásticas, de las que se mofa Schuchardt (ID 78 ss.). Stempf cambió la lectura realizada por Schuchardt de manera arbitraria y llega incluso a encontrar el resultado que buscaba, es decir, que se trata de un texto vasco que relata un “idilio campestre”. Vinson, debido al material en el que está grabado (plomo) y al lugar en que fue hallado, cree que se trata de una *defixio* en una lengua no vasca. Giacomino interpreta el contenido como un donativo ofrecido al fallecido. A. Audollent (1904) se inclina también por considerar que se trata de una *defixio*, incluyéndola en su obra *Defixionum Tabellae* con el nº 121. No creo que haya dudas sobre el hecho de que el texto se refiera a una defunción o a la sepultura. Basta con fijarnos en el lugar del hallazgo. Pero no podemos sacar ningún tipo de conclusión basándonos en el material en el que está grabado el texto, porque en España el plomo constituía un soporte habitual para la escritura.

Por suerte, el texto cobra otra dimensión con la nueva lectura que Gómez Moreno nos ofrece tras estudiar a fondo el original. Procederé a presentar esta nueva lectura con algunas modificaciones hechas por mí (*Hom.* 498). Hay que señalar también que la transcripción de dos signos mediante *bo* y *cu* no es completamente segura.

¹ a.ba.r ti.a.i.gi.s : ² a.ba.r.i.e.i.gi.te : ³ s.i.n.e.be.ti.n : ⁴ u.r.ce.ce.re.re :
⁵ a.u.r.u.n.i.be.i.ce.a.i : ⁶ a.s.te.be.i.ce.a.i.e. : ⁷ e.ca.r.i.u : ⁸ a.du.n.i.u : ⁹ bo.du.e.i :
¹⁰ ba.i.te.s.gi. : ¹¹ e.cu.s.u. : ¹² s.o.s.i.n.bi.u.r.u : ¹³ bo.r.be.r.o.n.i.u : ¹⁴ qo.ś.o.i.u. :
¹⁵ ba.i.te.s.gi. : ¹⁶ be.r.i.ca.r.s.e.n.s.e. : ¹⁷ u.l.ti.te.ce.r.a.i.ca.s.e : ¹⁸ a.r.gi.ti.ce.r :
¹⁹ a.i.ca.s. : ²⁰ ba.l.ce.bi.u.r.a.i.e.s. : ²¹ ba.i.te.s.gi.ba.n.i.e.ca.r.s.e. :⁴²

La grafía es bastante descuidada, de ahí que el signo *gimel* en 1, 2, 10, 15 adopte distintas formas. Lo mismo ocurre con *sigma* (en parte, invertida), la *thet* se muestra en 10

⁴¹ Es la inscripción F.6.1 en el corpus de Untermann 1990, MLH.

⁴² En el segmento 21 Bähr editó *ba.i.te.s.gi.ba.n.i-* en vez de *ba.i.te.s.ba.n.i-*, repitiendo la secuencia *ba.i.te.s.gi.* de los segmentos 10 y 15. Por el comentario siguiente y por la tabla de elementos (p. 100) se aprecia que se trata de un error de composición y no de lectura.

con una cruz, en 15 solo con un trazo vertical (aunque aparentemente se trate de la misma palabra). El signo para *ti* tiene aquí tres o cuatro dientes, no dos como es habitual. La separación de palabras se indica mediante tres puntos. El autor no siempre estaba muy seguro de lo que era una palabra autónoma o un sufijo, p. ej. 19 está claramente relacionado con 18, dado que en 17 *-aicas-e* formaría parte de la misma palabra. La *sigma* es muy frecuente, *shin* solo aparece una vez, la *r* se indica casi siempre mediante el signo similar a *qof*. El signo correspondiente a *resh* se da en 18 en posición final, *beth* aparece boca arriba. Como ocurría en el texto de Alcoy, faltan *p f h m*. El sonido de las dentales (*ti* o *di*?) y velares (*ki* o *gi*?) no es seguro y se puede averiguar solo en parte mediante la comparación con los otros textos.

Posiblemente el texto sea obra de un solo autor, que ha dedicado poca atención al acto de inscribirlo. ¿Puede estar relacionado con el hecho de que *-tia-* en 1 e *-iei* en 2 aparecen en la misma posición? Un estudio más detallado del original podría darnos ciertas pistas sobre si la coincidencia entre 1 y 2 va aún más allá o si se da tal y como aparece en la transcripción arriba ofrecida. Ya a partir de la posición y de las relaciones recíprocas de las palabras y sus componentes se pueden conseguir algunos resultados.

1 y 2 coinciden en su primer componente *abar-* y, como este por lo demás aparece en antropónimos, estaríamos tentados de concluir que en este caso también se citan dos antropónimos, posiblemente el del fallecido y el de su padre, razón de más para aceptar que el componente del antropónimo del padre se repita en el del hijo. Comparar con TS 23 *Sosinaden* y 25 *Sosimilus*, ambos hijos de 24 *Sosinasae*.

3 y 4 aparecen aisladas (*-tin = din* de *adin*-?) aunque en la última llama la atención la doble reduplicación.

5 y 6 presentan alguna relación sintáctica entre sí. El segundo componente *-beice* es el mismo en ambos, solo que en 6 se le ha añadido el sufijo *-e* («también», «y»?). Algo parecido ocurre quizá en 17 y 18-19 que tendríamos que entender como una sola palabra. Estas palabras compuestas tienen tres elementos. Coinciden en el (segundo?) y tercer elemento (*-tecer-* : *-ticer* y *aicas(e)*), solo que 17 es portador del sufijo *-e*, que aparece en 6.

Entre medio constan los términos 7-16. Si prescindimos de 16, por la repetición de *baitesgi* estarían estructurados en dos grupos paralelos. Esta palabra podría referirse a lo anterior, resumir lo adelantado o finalizarlo, porque las palabras de las dos columnas, con la única excepción de 9 *bodu-ei*, terminan todas ellas en *(i)u*. Estos dos grupos paralelos suenan como una enumeración de partes oracionales similares, marcadas con el mismo sufijo.

Ahora bien, el 15 parece extenderse hasta 16, puesto que partes esenciales de ambos se repiten en 21: *baites-gi beri-car-sen-se* : *baites-gi-banie-car-se*. Ciertamente se da una relación entre el 21 *-ecar-se* y el 7 *ecar-iu*.

Hasta aquí podemos avanzar con el estudio de este texto en solitario. Pero podemos ir aún más lejos si lo comparamos con los demás antropónimos ibéricos y con las inscripciones de Liria.

abar- (1, 2) es, como ya lo hemos apuntado, componente frecuente en antropónimos. *Abartiaigis* nos recuerda en la terminación al antropónimo *Dubertig(is?)* de Écija (Córdoba), por tanto de una zona muy lejana.

sosin-biur-u (12), *balce-biur-ai-es*⁴³ (20) presentan la misma base léxica que numerosos antropónimos que constan de uno o dos elementos, en concreto *biur*, *balce* (del celta **balco* «fuerza»?) y *sosin*, y como en este caso aparecen uno al lado del otro, podemos concluir que se trata de nombres, probablemente nombres propios⁴⁴. Y es que, aunque temas verbales pueden aparecer también en un nombre de persona, me parece que a la vista de la libertad posicional de estos elementos onomásticos tanto en primera como en segunda posición es más verosímil que sean sustantivos o adjetivos. Incluso el hecho de que el antropónimo ibérico proceda del celta corroboraría esta hipótesis.

De todo ello llegamos a la conclusión de que *-u* y *-ai-es* funcionan como sufijos nominales y que los demás términos con *-u* (7, 8, 11, 13, 14) y *-ai* (5) o *-ai-* (6, 17?, 18, 19?) serían elementos nominales. La forma *adu-ni-u* (8) se podría comparar con el antropónimo *durś-biur-adu* (Emporion); es menos probable su relación con los antropónimos celtas *Attun-us*, *At(t)oni-s*.

Más adelante tendríamos un antropónimo de dos componentes *ulti-tecer-ai-cas-e* (17), además de *argi-ticer-ai-cas* (18-19). Este último parece incluir *argi* del vasco *argi* «luz», celta **argi-os* «claro, luz»; *ticer* se encuentra en el antropónimo *sus-tar-tice*, *isbe-dar-ticer* (del celta **tigernos* «señor»; así, podría traducirse por «señor de la luz»?).

El texto parece incluir un gran número de antropónimos, algunos de los cuales presentan características evidentes (1, 2, 12!, 17, 18, 20!). Ahora bien, si no creemos hallarnos únicamente ante oraciones nominales, tendremos que admitir la posibilidad de que en una inscripción de veintiuna palabras haya también alguna forma verbal. Quizá fuera una forma verbal *baitesgi* (10 =15) sobre todo debido a su función al final de una enumeración de antropónimos, y poniendo punto final al texto (21).

Algunas similitudes llamativas con este texto nos ofrecen las inscripciones de los vasos de Liria. Los comparamos a continuación :

Castellón	Liria
1 abartiaigis	57 abartanban 56 baia-abar
2 abarieigite	54 abarieigite
16 beri-car-sense	56 car-es
21 bani-ecar-se	52 banite, cares-banite
10, 15 baites-gi	56 salduti-baite

⁴³ El original trae *balce-biru-*, por error tipográfico.

⁴⁴ El texto trae EN, que interpretamos como *Eigennamen*.

Se dan numerosas coincidencias, más de las que cabría esperar ante el estado fragmentario de los testimonios de Liria. Una palabra, probablemente un nombre <de persona>⁴⁵, coincide incluso en cada letra. No hay ninguna duda de que ambos textos muestran una misma lengua. Corresponden a una misma zona. Pero por lo demás son completamente independientes uno del otro.

La lengua de los textos de Castellón y de Liria parece ser la misma. No creo que haya dudas de que la lengua recogida en los textos de Alcoy sea también la misma. Ahora bien, debemos tener en cuenta la distancia que separa los textos tanto geográfica como cronológicamente (el texto de Alcoy dataría del siglo V(?) o III a. C.).

A primera vista, la semejanza entre los textos de Alcoy y de Castellón no es muy importante. Ello puede estar relacionado con que ambos tengan un contenido distinto y su estilo sea diferente. En virtud de la abundancia y acumulación de sufijos en el plomo de Castellón se podría pensar que el contenido recogido en el texto fuera bastante apasionado, subjetivo, mientras que el contenido de los textos de Alcoy iría más en dirección de un texto comercial, lo que no excluye que pueda estar relacionado con un santuario. No constatamos ninguna coincidencia léxica. Liria se constituiría como el punto de unión entre ellos gracias al término *iumstir*. Los sufijos *-ai* y *-gi* son comunes en ambos textos. A continuación presento los componentes nominales y los sufijos de la inscripción de Castellón, tanto los seguros como los presuntos, de forma sistemática:

abar (1, 2)	-ai (5, 6, 14?, 19?, 20)
adu- (8)	-ca(s) (17, 19)
argi (18)	-gi (1?, 2?, 10 = 15)
belce- (20)	-e (6, 17)
baites- (10 = 15, 21)	-es, -s ? (20, 1 ?, 19 ?)
-beice- (5, 6)	-(i)u (7, 8, 11, 12, 13, 14)
-(e)-car (7?, 16, 21)	
sosin- (12)	
tiger, tecer ? (18, 17 ?)	
urce- (4)	

De entre estos signos, nos recuerdan al celta *argi-* (préstamo?), *belce-*, *bodu-* (**bodua-* «combate»)⁴⁶ y *tiger-?*, al vasco *argi-*, *sosin-*, entre los sufijos solo *gi*, y *bai-* entre los prefijos. Un sufijo nominal tan común como *-u* o *-e* no se conoce en vasco. En contraposición con el plomo de Alcoy, al enfrentarnos a este texto, no tenemos la impresión de estar ante un texto vasco.

⁴⁵ El texto original trae la abreviatura PL. Pensamos que puede ser una errata por PN ‘Personenname’

⁴⁶ En el texto *Zampf* por *Kampf*.

D) Inscripciones más breves

Se trata de epitafios, compuestos en parte de nombres propios. Dado que ya han sido estudiadas por Hübner, Schuchardt y Gómez Moreno, solo me detendré en lo más significativo y en algunos datos que me parecen novedosos.

- a) Fraga (*Ephemeris Epigr.* 8, 431, 1899)
¹ a.l.o.r.i.l.du
i : ² be.l.a.s.ba.i.s
e.r.e.ba.n . ³ ce.l.ta.r
e.r.ce.r.u.i : ⁴ a.u.e.
te.i.ce.o.e.n : ⁵ .e.r.c.i.
- b) Cretas (Hü. XVIII, *Eph. Ep.* 8, 512, 1899, aquí una mejor lectura)
be.l.u.n.s.e.l.ta.r.(o ce.l.ta.r.?)
- c) Iglesuela (Hü. XV)
¹ i.qo.n.u.c.i.u.i. ² i.l.du.be.l.e.ś.e.ba.n
Heic est sit...
- d) Tarragona (Hü. VII)
¹ are...gi ² s.a.ca.r.i.l.o
- e) Tarragona (Hü. VI)
¹ a.r.e.ta.ce ² a.di.n.be.l.a.u.r. ³ a.n.ta.l.s.l.r.
FVLVIA. LINTEARIA
- f) Sagunto (Hü. XXIII)
¹ a.r.e. ² ta.ce ³ s.i.ce.du.n
i.n.e.ba.n. : ⁴ n.e.r
e.i.l.du.n : ⁵ ta...
- g) Sagunto (Hü. XXVI)
¹ a.r.e. ² ta.ce
³ a.i.u.n.i.ba.i.s.e.a.r
te.l.i.? ... a
- h) Sagunto (Hü. XXVII)
¹ i.s.ba.ta.r.i.s ² s.e.r.e..
- i) Sagunto (XXVIII)
¹ n.e.r.s.e.a.di.n ² ba.l.ce.a.di.n.e

- j) Sagunto (XXX)
¹ l.u.i.n ² ba.l.ce.n.be.
- k) Sagunto (XXXI b)
¹ ba.l.ce.a.di.n. ² i.s.be.ta.
r.ti.ce.r ³ e.ba.n.e.n
- l) Valencia (XXXII)
lin. 6: gi.r.i.n.a.ba.r
lin. 7: ba.ś.ce.r.ti.ba.n
- m) Soses (en un anillo): s.u.s.ta.r.ti.ce
- n) Antropónimos en monedas:
balcageldur (Sagunto)
i.s.ce.r.be.l.e.ś (Ilerda)
i.qo.r.be.l.e.ś (Sagunto)
i.qo.r.ta.ś (Saetabis).

La fórmula ibérica que correspondería a «*hic situs est*» sería *are tace* (o *tac, dage, dag?*). Todos los intentos para explicar esta fórmula mediante la lengua vasca han fracasado. Ciertamente aquí la tercera persona también comienza con *d-*, pero aparte de este dato no hay ninguna otra coincidencia. Por lo demás, los otros textos ibéricos no ofrecen ningún término similar (con *ta-*, *da-*); *are* suena más bien como el celta **are-* «ante».

Numerosos epitafios ofrecen al principio o después de la fórmula en la mayoría de las ocasiones dos antropónimos, cada uno de ellos compuesto por dos elementos. Tanto es así, que se ha llegado a la conclusión acertada de que el primer antropónimo se refiere al fallecido, mientras que el segundo se referiría a su padre o a su madre en caso de que rigiera un matriarcado. En la mayoría de los casos, el segundo de los antropónimos se completa con un sufijo, por ejemplo:

- a) alor-ildui belas-baiser-eban,
c) iqonuciui ildu-beles-eban,
f) sice-dunin-eban nere-ildun (cambiado?),
k) balce-adin isbetar-ticer ebanen (escrito separado y completado por el sufijo *-en*)
l) bas-certi-ban (contexto incierto)

Posiblemente *eban* se corresponda con el lat. *filius*, de ahí que nos podamos permitir traducir *Alorildui* hijo (o descendiente de la estirpe ?) de *Belasbaiser*, etc. Por la forma, el sufijo *-e-ba-n* nos recuerda al vasco *-ba*, que se emplea en esta lengua para designar relaciones de parentesco (*osa-ba* «tío», *ize-ba* «tía», *ala-ba* «hija», *ilo-ba* «nieto»), pero

que no tiene un significado concreto. Solo parece ser un indicador de parentesco. Al sufijo ibérico recuerda también el cario *-wo*, hitita. *-was*, que se añade a los nombres de los padres, con el mismo significado y la misma función que el alemán *Sohn* «hijo», pero no parece tener ninguna relación con el ibérico *-ban* (*-ba-n?*).

En ciertas monedas de Ilerda-Lérida encontramos tanto *šalircen* como *šalirban* (n 30b). Schuchardt cree que el primero indicaría el gen. pl. de un étnico *Salires* (*-ce* = Plural, *-n* = marca de genitivo?), es decir, *Salirum*; y *šalirban* expresaría una relación similar, al igual que *ausescen*, *ausaban* (n 18). Como parece que el sufijo es el mismo que el de los antropónimos de los epitafios, deberíamos intentar buscar una relación entre el modo de empleo de *-ban* y de la terminación *-cen*. Esta hipótesis no sería muy descabellada, si tenemos en cuenta que expresan una misma idea general de pertenencia. En un epitafio, la dependencia del fallecido para con su progenitor, y en el caso de las monedas, la pertenencia de dicha moneda a un determinado pueblo o lugar (compárese con el eslavo *-ov*).

Más difícil, y por el momento no tan claro, es el hecho de que en las monedas no solo se intercambien *-cen* y *-ban*, sino también *-ce* y *-ba*: *qonte-ba-qom* : *qonte-ce-qom* (n. 103, m y n)⁴⁷. Da la impresión de que en este caso un etnónimo contiene primero un sufijo ibérico (*-ba-* o *-ce-*) y luego uno celti(béri)co *-qom*. Pero a partir de estos casos aislados no podemos llegar a ningún tipo de conclusión, sobre todo al no conocer ni el pueblo ni la ciudad a la que pertenecen dichas monedas (según la opinión de Livio pertenecerían a los contestanos de la desembocadura del Ebro, o de acuerdo con Plinio, serían próximas a Cartago Nova?, cf. Hü. p. 95).

Prestamos especial atención a las inscripciones a) y c) porque Schuchardt supone que el sufijo *-i* constituye un indicador de dativo en el antropónimo *alorildui*, *iqonuciui* (incluso *celtarercerui*), similar al sufijo dativo vasco *-i* (ID 60). Primero, sorprende que solo aparezca tras *u-*, y ello recuerda inmediatamente a los dativos lepónticos de nombres de persona como *Latomarui* (también en epitafios), así como a *ueisui* de la inscripción celtibérica de Luzaga, es decir, a dativos indoeuropeos.

Con referencia a *ildu*, *ildur*, *ildun* no quisiera negar que el sufijo propiamente dicho, tanto en a) 1, en a) 3 y en c), sería *-i*. Si el primer antropónimo estuviera en dativo, de acuerdo con el sistema de la lengua vasca, tendría que haber estado también el segundo, es decir, el nombre del padre, en dativo: es decir, «a Alorildu, al hijo de Belasbaiser». Pero este no es el caso. Tampoco creo acertado interpretar *-eban* como un sufijo de dativo de otro tipo flexivo, puesto que en los otros ejemplos, f) y sobre todo k), el nombre del fallecido aparece sin sufijo. Por consiguiente, *-i* parece desempeñar la misma función que *-r*, *-n* en *ildur-*, *-ildun* (comparar también *tice-*, *ticer*), una función derivativa, no flexiva. Si la *i-* designara realmente el dativo, lo que no está comprobado, no podríamos establecer ninguna relación sintáctica entre a), c) y el vasco.

⁴⁷ La lectura *qonteceqom*, tomada de Hübner 103n, no existe, de modo que todo el comentario posterior, en especial sobre la afiliación ibérica de los sufijos implicados, carece de fundamento.

En el caso de a) tenemos que añadir que 1, 2 e incluso 3 son antropónimos. Si en alguna parte se puede esperar una forma verbal, estaría más probablemente en 4. No podría estar en el segmento 5, o en todo caso podría estar en el segundo elemento de 3.

La inscripción e) es una especie de bilingüe, en la medida en que *Fulvia* es una traducción de 2, *Lintearia* «tejedora de lino» correspondería a 3 en cuanto al significado. Es evidente, de acuerdo con el valor fonético de los signos, que la lectura de 3 no es correcta. Como la inscripción ha desaparecido, no es posible comprobarlo. Por tanto, no podemos avanzar nada concreto referente a esta palabra. Ahora bien, no consideramos acertada la comparación hecha por Giacomino (1897: 14) con el vasco *antolatu*, «vestirse», en realidad «preparar» tomado del provenzal a partir de lat. **intabulare*, ni incluso con *saldu* «vender», puesto que el indicador de participio *-du*, *-tu* tiene un origen latino.

En cambio, el antropónimo del fallecido nos anima a seguir estudiándolo, primero porque su lectura es correcta, y segundo porque se puede comparar con otros antropónimos. La frecuencia con la que aparece *-adin* nos recuerda al celta *-rix*, pero es difícil que tenga el mismo significado, pues aparece tanto en la primera como en la segunda posición:

Adingibas (TS), *Adimels* (Adin-bel-es) (TS), *adinbelaur* (Tarragona) : *Baes-adin-es*, *Balci-adin* (TS), *ildur-adin* (Azaila), *Nalbe-aden* (TS) *nerse-adin* (Sagunto), *Sosin-aden* (TS) y los inseguros *Turcir-adin*, *Viser-adin*.

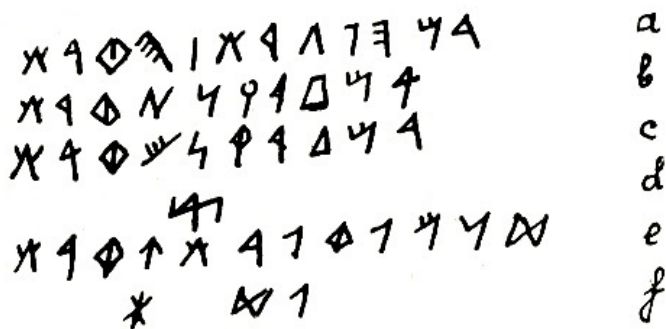
Bel-aur se podría explicar a partir del vasco *bel-*, en *beltz* «negro, oscuro», *ori* (de **auri?*, «amarillo», pero ¿dónde se ha quedado la *-i* en ibérico?). Sería posible la traducción «los del linaje de los negri-amarillos». Así habríamos dado a *adin* el significado de ‘linaje’, que no parece ser correcto si nos centramos en las distintas posiciones en las que aparece en la composición nominal. La interpretación de «tejedora de lino» con ayuda del vasco es demasiado forzada para poder ser aceptada. Yo solamente la he mencionado para ver con qué medios e interpretaciones jugamos, al querer hacer coincidir el legado lingüístico ibérico con el vasco.

E, F) Las inscripciones de Albacete y Mogente.

Hace algunos años se encontró cerca de Albacete un tesoro en plata, bandejas de plata, que según su publicación en *Investigación y Progreso*, Madrid 1934 (Martínez Santa-Olalla 1934), estarían datadas hacia el año 500 a. C.⁴⁸. Desgraciadamente, las inscripciones, que aparecen en varias piezas del hallazgo, no han sido publicadas. Sin embargo, logramos reconocer claramente una de estas inscripciones en una ilustración de dicha publicación (c). Agradezco el conocimiento de las demás a la amabilidad del Dr.

⁴⁸ Se trata de las bandejas de plata procedentes de Abengibre (AB). Las inscripciones largas (a, b, c y e) reciben las referencias G.16.1D, G.16.4, G.16.3 y G.16.5 respectivamente en el corpus de Untermann 1990, MLH. Al tratarse de inscripciones en escritura meridional la lectura de Bähr queda bastante alejada de la aceptada actualmente.

Schoeller, quien dibujó las bandejas tomando como base fotografías que ya no están disponibles. Yo las distingo mediante letras latinas, correspondiendo cada letra a la inscripción de cada bandeja. El sistema de escritura es el ibérico meridional, «tartesio»:



Posiblemente podríamos transcribirlo de la siguiente manera:

- a) a.i.e.l.du?.a.be?.ba.te.a.be?.
- b) a.i.du.a.r.s. ...?.. te.a.be?.
- c) a.i.du.a.r.s.e.te.a.be?.
- d) ?
- e) qo.n.i.l.te.l.a.be?...u.te.a.be?.

b) y c) posiblemente sean iguales; a) coincide con ellas parcialmente al principio y al final; e) solo al final; f) se compone solo de sellos y abreviaturas; y quizá también d).

Posiblemente las palabras se refieran al nombre del propietario de esas bandejas. Las terminaciones similares podrían dar a entender la noción de pertenencia. Así *aiduar* en b) y c) corresponderían al tema celta *aedue-* («thème de nom de peuple», Do. 224). Pero puede asimismo tratarse de pura coincidencia fonética. Se podría ver otro antropónimo en *goniltela...*

La forma *teabe*, común a a-c) y e), entonces se referiría a la noción de posesión.

Por otra parte, la inscripción opistógrafa de la placa de plomo de Mogente fue recogida por Pericot (1934) en su *Historia de España* poco tiempo después de su hallazgo, pero no fue comentada en detalle⁴⁹. Desgraciadamente, y dado el desorden que reina en España, no he podido tener más noticias sobre las circunstancias del hallazgo ni sobre otros aspectos. La escritura es tartesia-sinistrorsa y coincide con las breves inscripciones de Albacete. Vemos que los lugares en los que se hallaron ambos testimonios no distan mucho entre sí, y que presentan una escritura similar; por ello fecharemos ambas inscripciones hacia el siglo V a. C., asumiendo siempre que las

⁴⁹ Se trata de la inscripción G.7.2 del corpus de Untermann 1990 MLH, aunque el orden de las caras A y B es distinto en ambos autores.

inscripciones en las bandejas de plata no hayan sido grabadas mucho después de la fabricación de las piezas, en torno al 500 a. C.

Las dos últimas líneas se encuentran boca abajo en el margen inferior del reverso.

Anverso A

:ϕ 9 Z Δ 9 1 Δ 1 9 ϕ¹
 ϕ : F 9 1 X Y M 9 3⁵ : ϕ A Y 0 Y + M Y 1 X P⁴ : ϕ A 9 X + 9 4³ : ϕ A X Y M 9 3²
 : ϕ 4 Z Δ 9 1 Δ 1 4 ϕ² : ϕ 4 Z Δ 9 1 Δ 1 4 ϕ⁵ : ϕ A 9 Q 1 Q 0² : ϕ A 9 X + 9 4⁶
 • ϕ 9 Z ϕ 9 4 Δ Y 4¹⁴ : ϕ A X Y M 9 3¹³ : ϕ A M 7 9 1 4 ϕ¹² : ϕ A X Y M 9 3¹¹ : ϕ A Y F 9 3¹⁰
 : ϕ 4 Z ϕ 9 4 Δ Y 4¹⁹ : ϕ A 9 X + 9 4¹⁸ : ϕ A 1 X Y ϕ¹⁷ : ϕ A 9 ϕ 1 Y 9 4¹⁶ : ϕ A Y F 9 3¹⁵ : Y Y A¹⁵

Reverso B

: ϕ A Y 9 4 1 9 Y ϕ² : X N Y Z Y 1 1 + ϕ¹
 : Y 7 Y 4 Y⁵ : A X X 0 Y Y ϕ ϕ⁴ : X 9 X 4 + 9³
 : X + 9⁷ : ϕ A Y 4 4 M 9 Y 7⁶
 : 1 4 1¹⁰ : X 9 0 ϕ 9⁹ : A X X Y 0 X 9 Y⁸

Reverso C (invertido)

: 9 A 4 4 + X Y M 7³ : + Δ² : X Y 1 9 M¹
 2 Y⁴

La placa mide 180 mm de largo y unos 50 mm de ancho. Está grabada por las dos caras sobre 4 o 5 líneas trazadas de antemano. Lo más llamativo es que detrás de cada palabra, tanto del anverso como del reverso, se señala una cantidad mayor o menor de puntos, quizá un dato numérico referido a la palabra antecedente. La última palabra, que sería posiblemente una abreviatura, constituye una excepción. Al parecer puntos aislados aparecen de manera irregular dentro de una letra o antes de la última letra de una palabra. Los puntos gruesos del reverso –posiblemente también algunos del anverso– podrían resultar de un uso anterior de esta placa, porque se sitúan en su mayoría en la parte no escrita de la superficie. En el espacio libre cerca de B, sobre todo en las líneas 2, 3, 4 se notan claramente huellas de un escrito anterior que no se ha borrado en su totalidad, llegando incluso a poder identificar alguno de los signos como *Beth* (?) y *Ti*. También es curioso que en A, de las 19 palabras de las que consta, 17 estén tachadas (todas menos la 2 y la 5) al igual que algunos grupos de puntos del texto B (excepto detrás de 11 y 12).

Sin embargo, no es este el caso para C. En este sentido creemos estar ante una especie de lista de la que se fueron tachando las posiciones que ya habían sido revisadas.

La idea de que las dos maneras de tachar se deben a que los dos textos principales A y B provienen de dos manos distintas, aunque tengan funciones parecidas, se puede ver confirmada mediante las distintas formas de las letras. Citamos las diferencias más significativas:

A	B
1. <i>r</i> (en forma de <i>Qof</i>): el asta vertical atraviesa una cabeza alargada o angulada (1, 2, 3, etc.).	La cabeza es redonda, el asta llega solamente hasta el borde inferior (2, 3, 6, 7, etc.).
2. <i>Kappa</i> : un arco hacia la izquierda, al lado un trazo vertical (3, 6, 17, 18).	Solo formas angulosas (4, 8).
3. <i>Aleph</i> : el extremo izquierdo es bastante alto (1, 3).	El extremo izquierdo llega hasta abajo (1, 5, 6, 10).
4. <i>Jod</i> : las dos astas verticales son bastante paralelas y similares (2, 5, 10!, 11, 13, 14).	La mayoría no son paralelas, sino irregulares (sobre todo en 2, 6, algo menos en 4, 8).
5. <i>Beth?</i> : los dos últimos trazos complementarios son cortos y hacia arriba (2, 5, 11, 13).	Los trazos bastante hacia el medio y más largos (1, 3, 4).

Algunos signos solo aparecen en uno de los textos: un cuadrado (*bu?*) solo en A7, la *Chet* (forma cerrada) solo en B1, 9, un rombo al revés solo en B4, 9 (con punto), B8 (sin punto). La escritura de A parece estar trazada por una mano fuerte, regular; la escritura del reverso, en contraposición, es más pequeña y grácil, aunque irregular. El texto C también presenta caracteres más pequeños, y en la medida en que nos lo permite su brevedad, no parece haber sido escrito por ninguno de los autores de A y B. Acaso podría haberlo escrito el autor de B. Si no, solo cabría la posibilidad de pensar en un tercero. De ahí que haya un cierto paralelismo con las inscripciones de Alcoy, que también habrían sido escritas por dos o tres autores. Por otro lado, el orden de la tercera parte C y la aparición de signos numéricos en la inscripción nos recuerda a las planchitas de Gádor (Hü. LVIII). Esta última resume en tres líneas quizá el trabajo realizado en la mina de plomo (se hallaron en una galería abandonada) y la tercera fila apunta una cantidad modificada, solo 3 trazos en lugar de 4, que se repiten invertidas en el margen inferior, para concluir de alguna manera la inscripción.

Aun cuando la lectura de la inscripción todavía no está madura, quiero intentar dar una transcripción en la que distingo las dos formas de *r*, mediante *r* (= para el signo

similar a *Qof*) y *R* (para *Resh*), y sustituyo los signos más inseguros por un guión. Podemos transcribir igualmente $\Lambda = ce$ (en lugar de *ca*) y al contrario $K = ca$ (en lugar de *ke*). La dirección de la escritura va hacia la derecha. He omitido los puntos y no he tenido en cuenta las rayas.

Texto A

¹ s.a.l.du.la.qo.gi.a.r. ² e.R.ś.i.ca.r.⁵⁰ ³ a.R.ta?.ke.R.ka.r ⁴ qo.l.ti.ś.ta.u.te.n.ca.r
⁵ e.R.ś.i.be.ca.a.-r ⁶ v.u.R.ta.ke.R.ca.r ⁷ bu.R.l.te.R.ca.r ⁸ s.a.l.du.la.qo.gi.a.r.
⁹ s.a.l.du.la.qo.gi.a.-. ¹⁰ qo.e.R.-i.ca.r ¹¹ e.R.ś.i.be.ca.-. ¹² s.a.ca.R.bi.ś.ca.r
¹³ e.R.ś.i.be.ca.r ¹⁴ a.i.du.a.R.r.gi.a.r ¹⁵ ca.n.i.e.R.-n.ca.r ¹⁶ v.u.R.i.l.-R.ca.r
¹⁷ s.ti.ke.l.ca.r ¹⁸ v.u.R.ta?. ke.R.ca.r. ¹⁹ a.i.du.a.R.r.gi.a.r

Texto B

¹ -ta?.l.a.u.gi.ti.-be ² s.i.r.l.ti.R.i.ca.n ³ r.ta.R.be.r.be ⁴ s.o?.s.i.n.-ke.be.ca
⁵ n.a.n.bi.n ⁶ bi.n.r.ś.a.R.i.ca.n ⁷ r.-.be ⁸ u.R.ke.-i.ke.be.ca ⁹ r.-.-R.be ¹⁰ l.a.gi

Texto C

¹ ś.r.l.i.be ² u.du.ta ³ bi.ś.i.be.ta.R.a.ca.r ⁴ n.gi

Mientras que A y C en parte ofrecen palabras que se pueden leer muy bien, mucho de lo que aparece en B no es tan claro. Se presenta muy extraña la *r-* en B3, 7, 9, de ahí que, como el valor de este signo es seguro, casi podríamos pensar que nos hallamos ante un texto en lengua no ibérica. Tampoco existe una coincidencia entre las palabras de A y B, y con excepción del realmente dudoso *sosin-* (4, cf. *Sosin* en Castellón y TS) y *nan-bin* (cf. *bin* en Alcoy), no existe ninguna semejanza con palabras ibéricas.

El texto A, por el contrario, da la impresión de ser ibérico. Llama la atención que 1 se repita en 8 y con otro sufijo también en 9. Del mismo modo, 2 es igual que 5 (exceptuando el sufijo) y que 13; y 14 es equivalente a 19.

El aspecto fónico de las palabras, por muy dudoso que sea, suena igual que el ibérico. *Saldu-laqo* 1, 8, 9 nos recuerda a *saldu-tibaite*⁵¹ de Liria 56. *aiduar-* 14, 19 podría ser la misma palabra que *aiduar* en Albacete b, c (quizá celta?), en la que yo me inclino a ver un antropónimo. *SacaRbiscar* 12 tiene el aspecto de un antropónimo ibérico de dos componentes. El primer elemento coincidiría con *śakar-iśker* de Alcoy C2, *Sacaliscer* de Cástulo. El segundo término sería similar a *Ar-biscar* (TS 38). También la frecuente terminación *-car*, en C3 *-caR*, o *-cer* recuerda a los finales de palabra en *-car*, *-cer*, que

⁵⁰ Errata del original, donde se ha saltado la transcripción del quinto signo. Debería haber transcrito e.R.ś.i.be.ca.r.

⁵¹ En el texto *śaldu-* con *ś* marcada.

aparecen en ibérico en no pocas ocasiones. Incluso en sufijos claros parece que se extiende la coincidencia. En 1, 8, 14, 19 tenemos una terminación *-giar* (quizá compuesta, pues en 9 *-gia-* se ha sustituido la *r* por otro signo) y esta se recoge posiblemente en los vasos de Liria *unsceltegiar?* 51, *egiar* 56, *cacu-egiar*, *cemi-egiar* 56, los dos últimos referidos a una escena gráfica de un ataque o una escena de caza a caballo. *giar* parece repetirse en dos inscripciones sudlusitanas apenas legibles (Hü. LXIV en el extremo inferior izquierdo y LXIX?). ¡Todos estos ejemplos no pueden ser mera coincidencia! También hemos barajado la posibilidad de hallarnos ante una lectura errónea, pero no creo que sea este el caso, ya que el grupo de signos que transcribo mediante *-giar* presenta en el texto de Mogente la misma forma invertida que la de las inscripciones de los vasos de Liria. Como A consiste posiblemente en nombres propios, la terminación mencionada podría ser considerada como un sufijo nominal. Sin embargo, el *egiar* de Liria 56 aparece bastante aislado; de ahí que podríamos presumir una forma verbal bastante frecuente, con lo que coincidiría su aparición en las pinturas sobre los vasos. Algunas de las palabras más largas de Mogente A, sobre todo las que llevan el mencionado sufijo, estarían compuestas posiblemente de nombres propios, a los que se les puede añadir de manera estrecha una forma verbal, que a su vez hace referencia al valor numérico expresado en los puntos.

Aunque estas consideraciones parezcan dudosas, creo haber hecho lo posible para demostrar que la lengua del anverso de la placa de plomo de Mogente es ibérica. Debíamos de haberlo supuesto ya de antemano, pues Alcoy y Mogente están muy cerca una de otra y pertenecen a la misma cuenca fluvial. El hecho de que las coincidencias lingüísticas entre ambas no sean más importantes podría ser debido a que el contenido y la estructura son completamente distintos. En el caso de Alcoy conservamos dos textos bastante largos y relacionados entre sí, mientras que en el texto de Mogente se muestra un número de frases de estructura similar y monótona que bien pudiera corresponder a un texto de carácter comercial.

III. INSCRIPCIONES CELTIBÉRICAS

a) (Hü. XXXVI). Piedra, encontrada cerca de la antigua Clunia. Representa una lucha en la que participa un toro. La inscripción parece expresar n.u.r.u.ca.a.i.a.u. Dado que la piedra ha desaparecido hace tiempo, no se puede comprobar la lectura. No tiene ningún sentido dejarse llevar por combinaciones fantasiosas.

b) (Hü. XXXVII). Piedra, hallada cerca de Guadalajara con la inscripción l.o.bi.s.a (el último signo dudoso). Parece referirse al antropónimo ya atestado *Lobe(s)sa*, *Lovessa*. La inscripción *Lobesa Viriatis (filia)* muestra que se trata de un nombre celta. Se puede relacionar *Lobessa* con el celta **lovo-* «luz» (Do. 267).

c) Piedra, hallada cerca de Tarazona (*Turiaso*) con la inscripción m.a.da.a.bi.l.i.qo/m.a.n. No tiene ningún sentido intentar transcribir el resto, pues la piedra se ha perdido y lo transmitido al respecto es insuficiente. A pesar de la opinión de Hübner, la presencia de *m* demuestra que la lengua no es la ibérica. El sentido de las dos primeras palabras es

claro: *Mada* del linaje de *Abilus*. En relación al primer nombre propio propongo, no sin ciertas reservas, *Madigenus*, *Matigenus* (Hü), que es celta, y en relación al segundo, el hispano-celta *Apilus*, *Apilicus* entre otros, con lo que posiblemente debamos leer el ibérico *Pe* como *.pi.*, no como *.bi.*, como es habitual. La forma iliria del nombre propio reza *Aplo*, *Aplus*, *Aplius* (Pokorny 1940: 154) del indoeuropeo **ap(e)lo-* «fuerza».

d) Epitafio de *M. Folvius Garosa* en alfabeto latino, hallado cerca de Cástulo. A excepción de algunas abreviaciones incomprensibles, la inscripción solo presenta dos antropónimos *Uninaunin* y *Uninit*. Se corresponden con el nombre de una liberta *Unini(ta)* de una sepultura de la misma zona y de *L. Quintius Uninitus* de África (Hü. 178). Los nombres son hispanos y no africanos. Ya tenemos más dudas sobre si son ibéricos (reduplicación) o celtas (sufijo celto-ligur *-aun*) o si podría tratarse de una tercera lengua. La última palabra de la inscripción, *sierouciut*, constituye igualmente una incógnita. La *-ou-* es ajena al ibérico, no al celta. Según la fórmula latina, en epitafios deberíamos esperar algo similar a *...posuit* o *...faciendum curavit*, es decir un verbo en la tercera persona del pretérito. Esta fórmula concluía en galo también en *-t*, a juzgar por los escasos testimonios con los que contamos (*legasit* Do. 37). Por otro lado, la palabra nos recuerda a la forma gala *ieuru* (1. sing. pres. «yo doy»?), cf. Do. 37. Numerosos indicios inseguros apuntan al celta, pero en ningún caso se trataría de ibérico.

e) Sepultura de *P. Cornelius...Diphilus Castlosaic* (Hü. XLV), encontrada en Cástulo. La última palabra significa con toda probabilidad que el fallecido provenía de Cástulo. Pero la palabra apenas es ibérica. Quisiera plantear otra vez una conexión con el celta, y así completo la terminación como *Castlosaic(os)*. La formación sería muy parecida a la de los nombres celtibéricos con *-iqos* o a la de los galaicos con *-aegus*. Solo nos plantea dificultad la *-s-*, que se ha intercalado entre el tema y la desinencia.

f) Casco de plata con inscripción en escritura tartesia, hallado cerca de Cástulo en 1618, desaparecido posteriormente. No intento dar una transcripción porque lo que nos ha sido transmitido de su escritura es posiblemente incorrecto. En todo caso, la aparición de la escritura tartesia y quizá de restos lingüísticos celtas muestra que aquí en Cástulo pudieron llegar distintos pueblos y lenguas. Las ricas minas de plata, que ya en tiempos remotos atrajeron a numerosos pueblos lejanos, debieron de atraer a los celtas. No parece que se hayan expandido más al sur de esta zona.

Los testimonios siguientes constituyen un grupo compacto, de ahí que los tratemos juntos.

g) Placa de bronce hallada cerca de Luzaga (Hü. XXXV), con varios orificios, de lo que se deduce que estaría destinada a ser colgada. Por ello, ya se ha supuesto que el contenido tendría que ver con un documento oficial (ver Hü). El texto, en la nueva lectura⁵², es como sigue:

⁵² La lectura dada por Bähr se aparta de la actual solamente en la transcripción de los signos para nasales. Ha transcrito por <c> el signo Y de la nasal /n/, aunque ha tenido el cuidado de señalar que no se trata de un silabograma (así en ce.c.e.i, ce.c.i.ś). La transcripción e.l.a.s.w.c.o.n, con <w> en vez del usual <u>, es

¹ a.r.e.qo.r.a.ti.cu.bo.ś. ² ca.r.u.o. ³ ce.c.e.i. ⁴ qo.r.ti.ca.
⁵ l.u.ti.a.ce.i : ⁶ a.u.gi.ś : ⁷ ba.r.a.s.i.o.ca. ⁸ e.r.c.a :
⁹ u.e.l.a : ¹⁰ ti.ce.r.s.e.bo.s : ¹¹ śo. ¹² u.e.i.s.u.i :
¹³ m.l.a.i.n.o.cu.n.cu.e ¹⁴ ce.c.i.ś ¹⁵ ca.r.i.qo.cu.e :
¹⁶ ce.c.i.ś ¹⁷ ś.ta.n. ¹⁸ qo.r.ti.ca.n : ¹⁹ e.l.a.s.w.c.o.n
²⁰ ca.r.u.o. ²¹ te.ce.s. ²² śa ²³ qo.r.ti.ca ²⁴ de.i.u.o.r.e.i.gi.ś

h) Tésera de bronce de Cabeza del Griego (?) (Hü. XL), la antigua *Segobriga*. Estas téseras se empleaban para cerrar un pacto de hospitalidad o una alianza. El texto no es claro en su parte final y no ha sido correctamente leído. Yo lo transcribo de acuerdo con la versión de Fita (1913: 354 ss.): s.e.go.bi.r.i.r.ge. Probablemente haya que leer *Pe* como *b* y sin vocal de apoyo, de ahí que resulta el nombre de la ciudad de *Segobriga* en forma celta, pero con un sufijo dudoso.

i) Tésera en forma de toro joven, hallada en las cercanías de Bayona⁵³. El texto se puede leer con claridad, mejorado tras Fita (Hü. XXXIX):

n.i.bi.a.ca qo.r.ti.ca ca.r

k) Tésera en forma de jabalí, con muesca (orificio?) para colgarla, hallada en Las Cogotas, cerca de Cardeñosa⁵⁴.

ce-r-i-l-ta n.i.bi.a.ca qo.r.a.ś.a.ti

l) Tésera en forma de toro, encontrada cerca de Cardeñosa.

m) Tésera en forma de jabalí.

e.r.bi.e.r. n.i.bi.a.ca qo.r.a.ś.a.ti

En la transcripción de Fita, *Bol.* 1913, 354ss. la *.a.* de la segunda palabra se omite por descuido:

n) Tésera de ?: e.r.bi.e.r n.i.bi.ca qo.r.ti.a.ś.a.ti

o) Amuleto (?) encontrado cerca de Tornavacas en las proximidades de una escombrera de una mina de cobre prehistórica⁵⁵. El anverso muestra una cara con un disco solar y cuatro alas, con una ornamentación de influencia oriental; pero también de arte antiguo (Fita, *op. cit.*). Según Fita, representaría al Dios Sol «Beleno o el celtogalo Apolo». En el reverso se distingue claramente:

b(i).e.l.e.n.n.o i.di.a.ta.e.ca.di ta.cu.a.r/ś.ca

innecesaria y quizá un despiste. Es curioso que no haya marcado como signos diferentes las secuencias śo. y śa.

⁵³ Se refiere a Fosos de Bayona, Huete (Cuenca).

⁵⁴ Provincia de Ávila. Las téseras k, l, m y n, editadas por Fita 1910, son falsificaciones modernas. Cf. Untermann 1997, MLH, p. 354.

⁵⁵ Tanto esta inscripción como la siguiente (letra p), editadas por Fita 1913, también se consideran falsas. Cf. Untermann 1997, MLH p. 354s.

p) Amuleto como o), solo que más pequeño y con dos orificios para pasar un cordel. El texto, de acuerdo con la transcripción, sería

b(i).e.l.o ce.m.u

También se ha hallado cerca de Berrueco una figura similar, pero sin inscripción. Podemos considerar que la primera palabra de p) es una abreviación del teónimo celta, que aparece completo en el amuleto mayor o). La escritura muestra algunas particularidades. La *Pe* asume el valor de *b* o *p*, no de la *bi*. La *n* se duplica, lo que en la lengua ibérica apenas se conoce. La *e* ha adoptado una forma similar a la *e* latina. Por ello se compara con el alfabeto latino y sus formas. Auténticamente ibérico solo es H = o. No es fácil determinar el significado de las terminaciones. *Belenzo* se podría interpretar bien como una omisión de la *-s* (como sucede a menudo en galo) o como un dativo latinizado 'a Beleno'. *Belenus* está bien testimoniado como el equivalente celta de Apolo, comp. *belinuntia* «Apollinaris» (Do. 232). También encontramos *Belenos* en una vasija de Azaila en escritura ibérica (*Hom.* 485). La segunda parte tanto en o) como en p) es oscura.

La inscripción de Luzaga.

Schulten es el autor que se ha ocupado de ella más detalladamente (Schulten 1915, 247 ss.), donde corrige la transcripción hecha por Hübner basándose en el facsímil de Fita. Schulten subraya la importancia de la interpunción. Las palabras se separan mediante un punto, mientras que, al parecer, las unidades de sentido más grandes están separadas mediante puntos dobles. En vista de la finalidad de las téseras y las semejanzas lingüísticas entre algunas de ellas y las de Luzaga (especialmente *qortica*, *car*), Schulten sospecha que este testimonio también fue un documento, más exactamente un pacto entre varias ciudades, cuyos nombres aparecerían en la versión de Hübner (revisada con posterioridad): *Areqorata* (1), *Lutia* (57), *Uxama* (6), *Termantia-Termes* (10), *Visontium* (12), *Iria*, *Irippa?* (7), *Ercavica* (8), *Veluca-Oilaucu* (9), *Sh?* (11), *Malia* (13). Un buen número de estos términos pierde vigencia en la nueva versión que he adelantado, pero la mayoría se mantiene. De ahí que la suposición de Schulten sobre el sentido general y la finalidad de la inscripción se pueda considerar acertada.

Me gustaría acercarme a esa nueva versión desde el camino inverso, es decir, sin considerar el texto en general, sino intentando estudiar cada palabra, y, en la medida de lo posible, determinar lingüísticamente sus estrechas relaciones sintácticas. Comenzaré por lo que me parece más evidente:

24 *deiuoreigis* es con toda seguridad el nombre celta *Divorix*. La *-ei-* en lugar de *-i-* no es extraña, porque ya la hemos constatado en monedas. *Dubnoreix* al lado de *Dubnorix*, en César. De forma parecida se intercambian –temporalmente?– *Deiviciacos* y *Devi-*, *Diviciacus* (Do. 59). No creo que tengamos un genitivo celta en su origen, porque habría evolucionado hasta *-os*: *-rigos*. Solo es posible el nominativo, por lo que hay que leer *Deivoreic(i)s*. En la escritura ibérica la *-c-* solo se podría transcribir mediante un signo silábico.

1 *areqoraticubos* coincide con el nombre de una ciudad, *Areqorata* (hoy Ágreda), que se menciona sobre un número de monedas (Hü. n 79): *are(i)qorata(s)*, *areiqoratiqos*. La denominación primitiva no nos ha sido transmitida. No podemos saber qué vocales debemos leer y cuáles debemos dejar fuera. Si, por ejemplo, el nombre hubiera sido *Areocrata*, la *c* tendría que estar transcrita por un signo silábico. Ya *are-* nos recuerda la conocida preposición celta «ante». También en ibérico *are* «aquí», pero no se conoce como prefijo. De *Areqorata* se podría haber formado el adjetivo celta **areqoraticos* y de este el dativo plural **areqoraticobos*, que sería la forma con la que contamos aquí. En todo caso se trataría de una forma muy arcaica, pues el galo ya ha perdido la *-s*: *matrebo Nemausikabo*.

10 *ticersebos*, con *-s* y no con *-ś*, parece hallarse en el mismo caso. A pesar de ello, creo que se trata también de un dativo plural, quizá una derivación del protocelta **tigernos* «señor»?

5 *lutiacei*: del topónimo *Lutia* se habría formado el adjetivo celta **lutiacos*. De este quizá el nominativo plural (de *-oi*) o el genitivo singular.

4, 18, 23 *qortica(n)*⁵⁶ tiene posiblemente el significado de «ciudad», comparable con el equivalente protocelta del latino *hortus* **gort-*, al que se le podría haber añadido el sufijo *-ica*, que observamos en el antropónimo *Boudica*. El cambio semántico supuesto es conocido: p. ej. inglés *town* o eslavo **gord-*.

22 *śa*, en este caso podríamos estar ante el conocido pronombre demostrativo indoeuropeo. En 22-23 está relacionado con la palabra que significa «ciudad», por tanto, quizá «esta ciudad». En 17-18 aparecen ambos con el sufijo *-n*. Este sufijo es conocido en ibérico, pero creo que es más verosímil, sin embargo, un acusativo. En todo caso en 17 *tan śtan* resulta extraña la *-t-*.

11 *śo*, parece la forma masculina del pronombre demostrativo. En este caso sería forma independiente, pues no advertimos relación estrecha con la siguiente palabra terminada en *-ui*. Si esta suposición fuera cierta, tendríamos que establecer una consideración muy importante: se trata de una lengua que distingue el género gramatical, a diferencia del vasco e incluso del ibérico, pues estas dos lenguas no conocen esta distinción. Estaríamos pues, ante una lengua indoeuropea o una lengua indoeuropeizada.

12 se podría relacionar con el tema celta **visu-*, galo «digno». Parece estar en dativo, a comparar con el lepont. *-ui* (*Latumarui*). El galo, por su parte, parece tener un dativo *-u* en los temas en *u-* (Do. 117).

2 suena como la palabra gala para «ciervo» *carvos* (Do. 93). También podría estar relacionada con el 15 *cariqocue*.

13 muestra al principio el grupo consonántico *ml-*, que también se da en celta y que en galo adopta la forma *bl-*.⁵⁷ Pero falta en vasco y en ibérico. En esta palabra, así como

⁵⁶ En el texto por error *quortica(n)*.

⁵⁷ El primer signo de la palabra, que tiene una forma como de M latina, se transcribe ahora <be>.

en la 15, llama la atención el sufijo *-cue*, que aún no ha sido interpretado debidamente (podría ser una lectura dudosa del signo silábico *.cu.!*).

6 leído como *aug(i)ś* podría ser una abreviatura de *Uxama, Auxama*.

8 *erca*, equivalente a *Ercavica* «colonia variada» (?)

19 *elasucon* coincide tanto en el tema como en la desinencia con el antropónimo *Elaisus* y el nombre de familia *Elaisicum gens* (Hü), que, al menos en lo referente a la terminación, es celta. Sorprende que el fonema *-co-* no esté transcrito mediante la *Qof* ibérica, como es habitual, sino a través de *Ce* y *o*.⁵⁸ De ahí que la lectura no sea del todo segura. Quizá no se quiera expresar *con-*, sino *-quon*, comparable con los sufijos *-cum*, *-com*, *-quom*, *-gun*, en los nombres de familia.

3 *cecei* y 14, 16 *ceciś* nos plantean serias dificultades. Estamos tentados de identificar formas verbales en pretérito, basándonos en la reduplicación. Ahora bien, tampoco podemos olvidar que en un principio *ce* se expresa mediante el ibérico *Ce*, y, con posterioridad, haciendo uso de una variante de *Ce* y *e*. Este cambio debe responder a alguna razón. A mi parecer, quizá indicaría la necesidad de diferenciar las velares y el autor, al no encontrar signos equivalentes en la escritura ibérica, echó mano, precisamente, de las posibilidades que conocía. Si se considera esta diferencia, entonces la semejanza con el galaico *Dei Ceceaigi* no parece tan atractiva (cf. Schuchardt, ID 44). Por otro lado, también nos recuerda al galo aún no interpretado *cecos* «dimitte», (Do. 32, not. 2 y 122).

7 *barasi.ca* podría estar relacionado con el término ilirio en suelo galo *Baracio*(?)

Respecto a las demás palabras no puedo decir nada. El texto no parece presentar ninguna coincidencia con el ibérico. En contraposición, se pueden constatar componentes célticos (palabras y sufijos). Tenemos que tener en cuenta que la escritura puede ocultar algo. No sabemos siquiera cómo un pueblo no ibérico, que se valió de las grafías ibéricas, operó para expresar grupos consonánticos que no había en ibérico. En cualquier caso, está claro que el carácter lingüístico de este testimonio queda encubierto, en parte, por estar transcrito en un sistema de escritura que no parece ser el apropiado. El signario en el que está transcrito se aproximaría en cierta medida al ibérico. Aunque en mi interpretación quedan todavía muchos aspectos inseguros y dudosos, no se puede dudar, sin embargo, de que la lengua del texto, palabras aisladas y formas flexivas tienen un carácter celta.

Algo similar ocurre con las téseras. Están relacionadas lingüísticamente con el texto de Luzaga a través del término *qortica* y entre sí, en su mayoría, por la repetida presencia de *nibi(a)ca* y *qoraśati*. En palabras aisladas podríamos suponer la presencia de nombres propios (*erbier-*, *cerilta*) pero los textos son demasiado breves como para poder establecer

⁵⁸ Bähr se da cuenta de la contradicción de esta transcripción, ya que asume que en este caso el silabograma en forma de V, que toma por una < girada, /ke/, tenga valor meramente consonántico. Tiene el mismo problema con el segundo signo de las palabras 14 y 16 (ce.c.i.ś), para el que admite un valor consonántico. El valor del signo es en realidad /n/, propuesto por la investigación posterior.

algún tipo de combinación. Fita supone bajo el frecuente elemento *-śa-* el pronombre demostrativo «celtogalo». Además, se podrían interpretar las terminaciones añadiéndoles una nasal, es decir **qoraśanti*, como una forma verbal de tercera persona plural del presente.⁵⁹

¿A qué pueblo y a qué grupo étnico corresponderían estas últimas inscripciones que en apariencia guardan una relación tan estrecha entre sí? Es seguro, si se consideran todos los datos en conjunto, que solo se puede tratar de los celtíberos. Pero se podría dar quizá un paso más e intentar averiguar algo más sobre la filiación. En el centro de la península se asentaron los carpetanos y los lugares en los que fueron hallados estos textos parecen estar repartidos en la periferia del territorio carpetano. Mientras los autores antiguos limitan las fronteras de los celtíberos de forma más estricta, Ptolomeo incluye a los carpetanos en el grupo de los celtíberos (cf. *Num.* I, 116). Desde la Antigüedad se hace hincapié, de manera explícita, en el parentesco lingüístico entre estos y los celtas de la Bética. Las comparaciones entre palabras que hemos aportado (*caelia, caerea : cerevisia; viria : viriola*) muestran incluso un mismo tronco, aunque la forma celtibérica pueda entenderse como una abreviación del celta.

Desde un punto de vista etnológico Schulten considera a los celtíberos como iberos. Opina que habrían mantenido su esencia inalterada, como hoy los castellanos, (*Num.* I, 121), pero considera explícitamente que el celta habría tenido un mayor peso lingüístico. Basa su hipótesis en el hecho de que los topónimos hispanos que se han mantenido hasta la actualidad han transmitido la forma celta y no la presunta ibérica (ibíd. 106). Incluso los epitafios del interior de la península escritos completamente en latín apoyarían el carácter celta de los celtíberos (ibíd. 231 ss.). Al lado del nombre del fallecido no solo se nombra el de su padre, sino que era común mencionar el nombre de familia, derivado del de un antepasado, como *Desoncom, Avoligun* en la forma indígena o *ex gente Desoncorum, Avoligorum* en la forma latinizada. Nombres de familia de este tipo en *-cu, -co, -go, -ico(m), -igo(m)* se encuentran aisladamente en el norte de la península y más numerosos en el interior, es decir en la Celtiberia propiamente dicha. Alguno que otro también en Bética, donde, como sabemos, también se habían asentado los celtas. Estas formas están ausentes en Lusitania, zona de profunda influencia celta (ibíd. 238). Este dato solo indicaría que se regían por otro tipo de relaciones sociales o que la costumbre de incluir el nombre de familia no se extendió hasta ellos. Pero ya no cabe la menor duda de que Schulten tiene razón al ver en los nombres de familia celtibéricos el gen. pl. de una derivación céltica en *-co*, que también se atestigua en la inscripción de Luzaga y en algunos trazos de restos numantinos en escritura ibérica (*Num.* II, tabla 34).

Así las cosas, estas características se confirman tras la investigación de las inscripciones monetales, sobre todo haciendo hincapié en los sufijos de topónimos y étnicos, entre los que se distinguen claramente dos tipos. Los topónimos *Ilerda, Otobesa, Ausa, Sagunt-Arsesa?* y los étnicos de los indigetes terminan en *-(s)cen*. En cambio, el

⁵⁹ El comentario de este párrafo carece actualmente de valor, ya que está basado en las téseras falsas k, l, m y n publicadas por Fita (1913), que ha recogido en las páginas anteriores.

otro grupo muestra derivados toponímicos y gentilicios en *-qos*, *-qom*, que se encuentran, en la medida en que pueden ser localizados, en su mayoría en territorio celtibérico, pero nunca aparecen en monedas halladas en territorios propiamente ibéricos. Solo encuentro un ejemplo, *aulaqos*, quizá un antropónimo, en una moneda de Sagunto (Hü. n 40cc, dd). Pero la presencia de antropónimos de forma aislada no nos sirve de prueba: compárese con el teónimo celta *Belenos* en un recipiente de Azaila en territorio ibérico. El portador del nombre *aulaqos* sería quizá originario de la ciudad de *Segobriga*, cercana a Sagunto –cf. los *Aul-erci* en Galia– y parece improbable que *aulaqos* sea una palabra ibérica.

También hay que tener en cuenta que *-qo* se da muy a menudo con la terminación *-s*; pero más aún con la *-m*. Dado que esta última letra apenas aparece en inscripciones propiamente ibéricas, una terminación ibérica *-qom*, y con ella *-qos* y *-qo*, no solo no se conoce, sino que tampoco se espera.

Constituirían un aporte decisivo para esta cuestión los testimonios de las inscripciones más largas. Si se hubiera dado en ibérico el sufijo *-qo*, y desempeñara un papel similar al vasco *-ko* o al celta *-co*, tendría que esperarse en los textos. Pero no encontramos un solo testimonio de ello. Yo creo que si todos estos hechos se consideran conjuntamente, solo se puede concluir que un tal sufijo no existía en ibérico.

Esta constatación de base pondría en tela de juicio la teoría aceptada hasta la fecha y cuyo precursor y defensor principal ha sido H. Schuchardt. Dicho autor ha estudiado el mencionado sufijo a fondo (ID 42 ss.) y explica su evolución hasta el español de manera convincente. En realidad, este sufijo se habría transformado, a partir del celta, en los sufijos *-cus*, *-icus* que han desembocado en el español actual (*Lupus*, *Lupicus*, *Lupici*, *López*). El sufijo de filiación se da en celta y en vasco. Schuchardt cree que la lengua vasca lo ha tomado prestado del celta, aunque el ibérico haya jugado el papel de transmisor. Como ejemplos de ibérico *-co* aduce Schuchardt, además de las formaciones celtibéricas citadas arriba, ejemplos de las inscripciones del noroeste, cuyo carácter nada ibérico sino probablemente celta ya ha sido señalado, a lo que añade *abiliqo* de la celtibérica *Turiasso* (Tarazona), que tanto en su tema como en su derivación se explica, en todo caso, a partir del celta.

El ibérico no conoce el sufijo derivativo *-co*. En cambio, este se halla presente en el celta. Y es tal la frecuencia con la que aparece en la lengua esencialmente celta de los celtíberos, que de estos se pasó al vasco y al latín provincial que, a su vez, contenía formaciones como *alpicus*. A través de este último continuó en las lenguas iberorrománicas. En este aspecto el ibérico queda fuera.

Creo que esta consideración es de suma importancia, no solo por el valor que tiene para entender o poder explicar las relaciones lingüísticas en la Hispania antigua, sino también porque se hace extensiva a la tan discutida cuestión de los sufijos ligeros *-asca-*, *-asco-*, etc. Respecto a la cuestión de si son indoeuropeos o no, Pokorny (1940: 73) cree poder afirmar sin reparos que el sufijo “proviene del ibérico y pertenece al sustrato

mediterráneo-ibérico que por lo demás se puede hallar también en el ligur⁶⁰. Pero no se puede echar mano del ibérico para poder aclarar la terminación del ligur de acuerdo con los datos aportados hasta ahora. Tampoco el vasco nos sirve de ayuda, puesto que esta lengua toma el sufijo compuesto *-z-ko*, *-z-ka* (rara vez) para la formación de topónimos. El supuesto topónimo ibérico *Vipascum* no es ibérico, ni tampoco parece vasco.

A partir de las formaciones celtibéricas en *-qoś* se podría reclamar la presencia del vasco al lado del celta, si aceptamos que *-ko* constituye una forma autóctona y no responde a un préstamo. La monedas de *Calagurris* –que, la mayoría de las veces, aunque no siempre, se toma como ciudad de los vascones–, traen la leyenda *calagoriquoś*. Sin embargo *-iqoś* no se puede separar de *-iqom* y la *-m* es ajena al vasco. Además, el uso combinado del vasco *-ko* y de *-z*, que hoy es un sufijo de instrumental, sería imposible. En vasco solo se podría decir *Calagurri-ko* = *Calagurritanus* o quizá *Calagurri-z* «de Calagurris». No cabría ninguna otra posibilidad. En cambio, se pueden aceptar sin problemas como celtas cada una de las dos formaciones, una como nom. sg. masculino, referido a una palabra como *denarius*, la otra como neutro, en relación con *aes*.

Aun aceptando que están aclaradas estas terminaciones tanto en lo referente a su origen como a su empleo, las monedas celtibéricas nos siguen planteando dificultades, pues la forma de los topónimos celtas en la escritura ibérica aparece un tanto deformada y a menudo acompañada de una *-s*. La ausencia de consonantes finales en los topónimos, que tendrían que acabar normalmente en *-s* puede deberse a mero descuido, pues también *Bilbili*, *Calagurri*, *Saguntinu* muestran omisión de la consonante final por descuido. Así se podrían explicar las formas celtibéricas de los topónimos en escritura ibérica *bilbili(s)*, *orosi(s)*, *nertobi(s)*⁶¹ y no tendríamos por qué suponer, como hace Schuchardt, que a las palabras que terminan en *-s* se les ha añadido un sufijo *-s* en las formas nominales que normalmente habrían terminado en vocal. De todos modos, quizá podríamos interpretar *virovias* junto a *virovia* (= *Virovesca*) como un genitivo, lo mismo que en *segotias lacas* n 95 *Segontia Lanca*, *areiqovatas* n 79, hoy en día Ágreda. Precisamente, la contigüidad de *areiqovata(s)* y *areiqovatiqoś*, n 79s y t, permite suponer diferentes formas de derivación de la misma lengua, es decir, del celtibérico, como muestra *-qoś*. En *usamus* n 74, *Uxama*, podía estar el topónimo en masculino, a comparar con *Rigisamus*, al igual que en *segiśanos* n 66, *Segisama*, en caso de poder aceptar que en este caso *Nun* adoptaría el

⁶⁰ “aus dem Iberischen stammt und dem auch sonst im Ligurischen nachweisbaren mediterran-iberischen Sustrat angehört”.

⁶¹ En este párrafo he dejado sin corregir las leyendas en escritura ibérica. Bähr trata en él sobre el valor de la *-s* final existente en muchas palabras, de modo que en principio se esperaría un especial cuidado en la transcripción de la sibilante documentada. Como se verá por la lista de las transcripciones correctas que apporto a continuación, no ha sido el caso. No parece que se deba achacar en todos los casos a erratas de imprenta o a incuria del editor (como sería por ejemplo la lectura *areiqovata*, con *v* en lugar de *r*, que no tiene ninguna justificación), sino que es posible que en este asunto el propio Bähr no fuera completamente preciso. No hay que olvidar que la cuestión del valor de las dos sibilantes en celtibérico empezó a resolverse con Villar 1993. Las lecturas correctas de las leyendas citadas por Bähr en este párrafo son, en orden de aparición: *bilbilis*, *orośis*, *nertobiś*, *virovias*, *śekotias lakas*, *arekorata(s)*, *areikoratikoś*, *usamus*, *śekiśamoś*, *śekobirikes*, *nertobiś*.

valor de *m*. Ahora bien, tengo mis dudas respecto a que *Segob(i)riges*⁶² n 89 *Segobriga* y *nerrobi(s)* n 87 *Nertobriga* puedan ser explicadas morfológicamente desde el celta. En el primer caso podríamos pensar en el ibérico *-es* –compárese con latín *-ensis*–, mientras que en el segundo da la impresión de que el elemento *-briga* ha sido pasado a una lengua extraña. No podemos establecer a qué lengua nos referimos, si es la lengua autóctona precelta, de la que desgraciadamente no conocemos nada, o la lengua de los iberos que se introdujeron tras los celtas. A pesar de que no haya uniformidad de criterios, a mi parecer, no se puede introducir el sufijo *-s* de forma general en cualquier posición. Sobre todo, porque de esta manera no se llega a explicar el cambio de la vocal precedente (*úsamus*, *ségiśanos*). Schuchardt ve en esa *-s* un caso flexivo ibérico, que le gustaría poder explicar haciendo uso del vasco (*ID 55 ss.*)⁶³.

Resumiendo, podemos establecer que el interior de la península, la zona habitada por los celtíberos, presenta lingüísticamente una unidad bastante compacta de evidente carácter indoeuropeo-celta. Ciertos elementos extraños (en las leyendas monetales) podrían ser ibéricos, pero este dato aún no ha sido probado. En este caso, nos parece acertado el uso del término *celtibérico* también en sentido lingüístico, puesto que da la impresión de que el celta y el ibérico se entremezclan. Ahora bien, tendremos que seguir conservando la denominación que nos ha sido transmitida desde la Antigüedad porque, aunque la escritura sea ibérica, la lengua es celta. Debemos, pues, tener en cuenta que el término *celtibérico* en el sentido meramente lingüístico casi equivaldría a *celta*.

Con ello creo haber demostrado que es preciso establecer una diferencia clara entre los pueblos de la costa este y los de la cuenca baja del Ebro, que hablaban ibérico, y los pobladores de la Meseta, que en lo esencial hablaban celta. Ni Hübner ni Schuchardt se han atrevido a sopesar esta posibilidad, porque han partido de un legado lingüístico envuelto en un disfraz engañoso, es decir, revestido de la escritura ibérica septentrional. Esta escritura dejaba entrever un estado lingüístico homogéneo que, a partir del momento en el que contamos con una lectura correcta de los testimonios, nos ha permitido establecer con claridad las diferencias fonéticas y morfológicas. A decir verdad, corresponde a Gómez Moreno el mérito en la corrección de la lectura. Me extraña, sin embargo, que no haya visto con más claridad los aspectos que he señalado. Él solamente dice (*Hom.* 497 s.) que la inscripción de Luzaga y algunas otras serían distintas de las ibéricas y “posiblemente celtibéricas”. Pero no explica lo que él entiende por este término ni profundiza en las diferencias que le llevan a esta tesis. Quizá en este punto recuerda que sus intentos de interpretar o dar un sentido a las inscripciones de Alcoy con ayuda del vasco y del celta no han tenido mucho éxito.

⁶² Al ser leyenda en escritura ibérica, debía de estar citada en letras minúsculas. Ver nota anterior.

⁶³ Al final de la p. 102 del original existe la siguiente nota: “(1) Vgl. *Illinoi(s)* in USA. Bouda”. Al parecer se trata de un añadido del editor K. Bouda, que al hilo de la lectura del párrafo sobre la *-s* final pensó en el caso del nombre de la ciudad americana. Ahora bien, la *-ois* de *Illinois* es una adaptación a la ortografía francesa de un diptongo original *-we*, *-wa* de la lengua indígena.



Bronze de Luzaga (BDHESPERIA GU.01.01)
Cliché: Real Academia de la Historia-A. Fernández-Guerra

IV. LOS ANTROPÓNIMOS DEL DIPLOMA DE ASCOLI (TURMA SALLUITANA).

En una placa de bronce del año 90 a. C. aparecen los nombres de 56 jinetes de la *turma salluitana* a los que se les otorgó el derecho de ciudadanía romana. Junto a la mayor parte de ellos aparece también su lugar de procedencia: los *ilerdenses* (Ilerda) y los *succonsenses* eran seguramente ilergetes, es decir iberos. Los *segienses* serían vascones, y no se discierne con claridad el origen de los restantes. Schulten cree que los jinetes serían esencialmente celtíberos «de este lado». Schuchardt se inclina por considerarlos como ilergetes y vascones, (Schuchardt 1990: 238); Gómez Moreno (*Hom.* 478) apunta en dirección de los vascones; algunos los considera además como ausetanos, edetanos y jacetanos. No es nada segura la localización de los lugares mencionados en el diploma. Aunque Gómez Moreno añade que la capacidad de lucha se basa en la relación étnica, esto no es argumento decisivo. A ese nivel, se podría considerar a priori que los vascones son de la misma raza que los ilergetes, es decir incluirlos entre los iberos. Sin embargo, si nos fijamos en los nombres desde un punto de vista meramente lingüístico –dado que aquí nos ocupa principalmente el parentesco lingüístico– emitiremos un juicio más cauteloso y quizá negativo, si para nuestro estudio partimos de la lengua vasca. Desgraciadamente, hoy en día no contamos con antropónimos propiamente vascos, y solo podemos hacernos una idea parcial de la forma que podrían haberse presentado estos en época antigua. Un vistazo superficial nos permite comprobar que en los ejemplos de la TS echamos de menos la *h*, tan frecuente en vasco. A lo sumo, *Chadar* 10 –de acuerdo con la clasificación numérica establecida por Gómez Moreno–, en caso de que *ch* indicara *h*, se podría entender como vasco *hadar* «cuerno». De todas maneras, es curiosa la ausencia de la *h* en los demás casos, sobre todo si observamos de qué manera tan ejemplar coinciden en este punto el aquitano y el vasco.

No quiero repetir todas las consideraciones efectuadas por Schuchardt respecto a estos nombres. Ahora bien, tampoco quiero omitirlas, porque Gómez Moreno cree encontrar en ellos numerosos elementos vascos (en mi opinión demasiados). Así las cosas, los voy a ir tratando por grupos y voy a intentar separar los elementos vascos, celtas e ibéricos de este material.

1 *Sani-bel-ser*, *Esto-pel-es* (de *-bel-?*), 34 *Benna-bel-s*, 41 *Beles*, 42 *Umar-bel-es*, 51 *Bel-ennes* incluyen el ya mencionado *bel-*, que se recoge también en aquitano. Se pueden comparar con otras inscripciones ibéricas de antropónimos como *iscerbel-es* (Ilerda), *Iqor-bel-es* (Sagunto) e *ildu-beles* (Iglesuela), *Adinbel-aur* y *enu/bili* (Tarragona).

Schuchardt cree que estaríamos ante el vasco *bel-tz* «negro» (*bele* «cuervo», *bel-ats* «corneja»). También incluye dentro de este grupo *-melis* 21, *-mels* 44, de *adin-bels?*, *-meles* 45 y *-milus* 25, de *Sosin-bilus?* A la vista de unas variantes tan numerosas, le han surgido después serias dudas sobre la equiparación del aquitano *Bel-ex* con el vasco *bel-ats* (Schuchardt 1909, 242).

Es posible que en el citado caso el indoeuropeo desempeñe un papel destacado. Schulten ya lo ha anticipado, pues él los compara con los nombres ligures *Arcus*

Segusinus Blustiemelus, Lebriemelus (Num. I, 66). Schuchardt (1909: 242) se da cuenta de que palabras galas incluyen un *-bil(o)*, que también aparece en estos casos. Posiblemente sea celta el antropónimo (?) *bilos* (sobre un peso, hallado cerca de Azaila) transmitido desde territorio ibérico, del celta **bilos* «salvo, seguro» (Holder), *belenos* (en un ánfora en Azaila), el nombre del Apolo celta, de **bel-os* «blanco». Celta **bili(o)* «bueno» (Do. 234) podría estar incluido en el nombre del jefe de tribu ilergete, por tanto ibérico, *Bilistages*, así como en el antropónimo oretano, quizá incluso celtibérico, *Corcibilo* (a comparar con el topónimo galo *Coro-bilio-*, Do. 248?).

Quizá respondan a una mezcla lingüística o a una transmisión defectuosa, o quizá a ambas cosas a la vez, las diferentes variantes que conservamos del nombre de un rey de los ilergetes: *Indibeles, Indebilis, Indibilis, Indibolis, Andobales, Andobalos*. A partir de estas variantes no podemos establecer ninguna conclusión etimológica. Según Pokorny 1940: 156⁶⁴ 174, se podría entrever en estos nombres el preverbio proto-irlandés **endi-*, **endo-*, proto-británico **ando-*. Apenas se puede pensar en vasco *handi* por la *h-* y por la *-i*, y menos todavía en *enda* «tronco, familia». ¿Quizá presente una similitud con celta *ando-* «ciego» (Holder)?

Sin embargo, el elemento *bel-* se destaca de entre todas las demás formas derivativas tanto en aquitano como en ibérico en la formación de antropónimos. Mediante la misma raíz se expresan en vasco y en celta nociones de color. Ahora bien serán contrapuestas en ambos casos, pues el vasco indica «negro», mientras que el celta se refiere a «blanco». No sabemos si el ibérico ha tomado prestada esta forma y en caso de haberlo hecho, no sabemos de dónde la ha tomado prestada. Ni siquiera nos atrevemos a emitir un juicio hasta que no se haya aclarado la cuestión de su significado. Pero la circunstancia de que precisamente aparezca tan a menudo en antropónimos del norte y sur de los Pirineos, en zonas que no presentan una unidad lingüística ni étnica, nos acerca a la posibilidad de que haya sido introducida por algún pueblo migrante.

2 *adi-*, *aden-* en 23, 35, 47 (de **adin-bels?*), 55, ver arriba *-gibas*: 39, 40.

3. *Illur*: quizá se podría relacionar con el topónimo *Ilur-o* entre los laietanos?; *-tibas*: con el *-tiban* de Hü. XXXII lín. 8 de un antropónimo (?) *bascertiban*. Si esta combinación fuera correcta, *-s* y *-n* podrían indicar terminaciones flexivas, es decir *-s* sería marca de nominativo.

4 *Esto-*: comp. con el antropónimo celta *Isto-latinios*? El topónimo *Istónion* en Castilla La Nueva y en el *Samnium*, Pokorny 1940: 153.

5 *Ord-ennas*: galo **ordo-s* «martillo»? 45 *Ordu-meles*.

7 *tors-inno*: coincide con el aquitano *Tors-teg-inno* y el ibérico *durs (turs)-biur-adu*?

8 *Austin-co*: el sufijo *-co* nos remite al celta.

⁶⁴ Las referencias a Pokorny dadas por Bähr en esta página y las siguientes son confusas. Hemos comprobado que en todos los casos se refieren a Pokorny 1940, aunque las páginas están equivocadas. Hemos cambiado la página, indicando en su lugar la que en realidad corresponde a la cita.

9 *-susin*: en 11, 23, 24, 25, 26 *sosin* (*sosinbilus*), se encuentra como *Sosimilos* hasta en Cástulo. Se le podría relacionar con el vasco *zuzen* «derecho, recto», como hace Gómez Moreno, pero el significado de la palabra ibérica sigue siendo incierto.

13 ...*el-gaun*: comp. con el antropónimo femenino *Basto-gaun-ini* (dat.), *Galduri-aun-in* (Cástulo), *Soceder-aun-in* (Cástulo). Este nombre nos recuerda el curioso antropónimo de Cástulo *Uninaunin*. La secuencia fonética *-aun-* nos recuerda el celta y sobre todo el sufijo *-aun*, tan frecuente en ligur: *Anauni*, *Ligauni*, *Ingauni*, *Genauni*, *Concanaumi*, *Vellauni* etc., en su mayoría étnicos de Liguria, Retia, Galia e Italia del norte; además el topónimo ligur *Albi-gaunum*.

14 ...*nes-paiser*: dado que en ibérico no había *p*, sería la traducción latina del ibérico *-baiser* (tras *s* sorda), del antropónimo *Tannepaiser-i* (dat.)⁶⁵, *Baes-adines* (antropónimo en Polibio), *belás-baiser* (antropónimo de Fraga), *aiuni baisear* (Sagunto).

16 *suise-*: la raíz no es ibérica. Corresponde posiblemente a un pueblo celto-ligur. Se incluye también en el topónimo del Lacio *Suessa Aurunca*, Pokorny 1940: 147, según su opinión un nombre ilirio, difundido por los celtas (p. 154).

-tar-, al respecto 15 *Urgi-dar*: a menudo en nombres aquitanos, también se da junto con *-dar* (*-ar?*) al sur de los Pirineos. Schuchardt identifica con esta forma el sufijo vasco *-tar*, que forma etnónimos a partir de topónimos: *Paristar*⁶⁶. En *suise-tar(ten)* encuentra él el equivalente de *Suessetanus*; en *Urgidar* 16 un derivado del topónimo *Urci* en Bética. En este decreto, al portador de este nombre se le designa como *Segiensis*, es decir se le considera vascón. Por lo demás, la hipótesis de Schuchardt se presenta tentadora. Dicha hipótesis establece una correspondencia entre vasco, aquitano e ibérico, que del mismo modo que el elemento *-bel* arriba tratado supondría un punto de apoyo importante para la hipótesis de parentesco genético de las lenguas citadas. En territorio propiamente ibérico encontramos algunos antropónimos que incluyen el mencionado sufijo: *sus-tar-ticer* (Soses, Aragón), *isba-tar-is* (Sagunto), *isbe-tar-ticer* (Sagunto). Está claro que el sufijo *-tar* se empleó con frecuencia en la formación de antropónimos ibéricos, si bien entre los iberos no se diera de forma tan extensa y generalizada como en Aquitania. Ahora bien, las raíces de estas palabras ibéricas no parecen indicar topónimos. Entre los antropónimos aquitanos *Orco-tar* (abuelo), *Hotar* (padre), *Senarr* (madre), *Bontar* (hijo), (Sacaze 1892: 342), no se puede pensar en topónimos como raíces nominales en esta sucesión de parentesco. Desgraciadamente, no podemos aclarar las raíces de esos nombres a partir del vasco, por lo que tampoco podemos establecer el significado del sufijo de manera concluyente. Tal vez tenga un sentido meramente diminutivo. Pero si nos referimos a la teoría de Schuchardt, y al vasco actual, en el que *-tar* y *-ar* indican procedencia, los ejemplos claramente aquitanos e ibéricos no coinciden en absoluto. Es cierto que no se puede dudar de la equivalencia de los sufijos en aquitano y en ibérico, pero no cobran ningún sentido al compararlos tomando como base la lengua vasca. La distancia sería aún mayor, si el nombre de persona de TS 50 *Tar-bantu*, lectura aceptable en vez de *Tab-*

⁶⁵ En el texto *Tannepeiser-i* por error.

⁶⁶ Es decir, “oriundo de París”.

bantu, presentara el mismo elemento en posición inicial. Desde la perspectiva del vasco esta posibilidad sería impensable.

-ten : posiblemente el mismo sufijo que el aquitano *-ten*.

21 *Turtu-*: según Schulten (1930: 392 s.), la stirpe etrusca *turte*, por lo demás atestiguada, sería la responsable de la fundación de *Tartessos*. El primer componente del nombre *Turtumelis* podría representar una prueba más para la presencia del nombre de este pueblo en España.

22 *Atanscer*: el grupo fonético *-nsc-* no tiene por qué parecer extraño ya que en textos ibéricos se encuentran combinaciones similares: *-nst-* Alcoy, *-nsc-* Liria.

28 *Luspan-ar*: de *-ar*, se puede decir al respecto lo ya adelantado para *-tar*.

29 *Gur-tar-no*: *gur-*, a comparar con *gur.s* en Alcoy; *-no* aparece también como sufijo en el ejemplo 30, tal vez sufijo diminutivo.

30 *Biur-no*: del antropónimo ibérico *biur* (Castellón, dos veces y *tur's-biur-adu* sobre una vasija en Ampurias-Emporion). Seguro que no tiene nada que ver con el vasco *biur-tu* «volver», que no tendría ningún sentido en un antropónimo.

31 *Elandus*: quizá relacionado con el protocelta **elani* «cierva»? En las inscripciones hispanas el antropónimo *Elanus* (*n* : *nd*, similar al celta *dunno-*, vasco *dundu*, hisp. *Manus*, vasco *mando*). Incluso Schuchardt acepta el origen celta de *Elandus*.

33 *Agirnes*: suena como el vasco *Agirre* (nombre en toponimia menor), pero no existe en vasco ningún sufijo derivativo *-nes*. La opinión de Gómez Moreno a este respecto no tiene mucho fundamento.

34 *Benna-bels*: del celta *benno-* «cuerno». Es decir algo similar a «cuerno blanco» o «cuerno negro»? Al respecto el celta **cantobennon* «cuerno blanco», topónimo hisp. *Cantibedonis* (Holder).

36 *Agerdo*: sufijo (?) *-do*, 46 *Bur-do*; en celta antropónimo *Cerdo*; pero también en nombres comunes vascos *lerdo*, *mordo*.

37 *Arranes*: según Gómez Moreno se correspondería con el vasco *aran*, *haran* «valle», pero no es posible debido a la *h*. Tampoco coincidiría con *arren* «rengo, cojo», pues esta es solamente una derivación aislada de la forma común *erren*. Tendría quizá más semejanza con el vasco *arrano* «águila», pero esta palabra es posiblemente un préstamo del celta.

38 *Ar-biscar*: coincidiría literalmente con algunos nombres de monte vascos, que podríamos traducir como «loma de piedra». Ahora bien, echamos en falta la *h-* propia de la forma primitiva para *harri* «piedra». Al menos el segundo componente de la palabra parece vasco. Habría que añadir también el nombre de montaña de los ilerlavones *Biscargis*, en la actualidad un nombre de monte en Bizkaia, *Bizkargi*.

39 *Umar-gibas*: apenas se puede relacionar con el vasco *ume* «niño» (forma primitiva *hume*, *kume*), como menciona Gómez Moreno; véase el n° 49.

43 *Tur-innus*: nos recuerda a los numerosos topónimos y antropónimos celtas que comienzan por *Tur*; variante de *Turennus*. A comparar con el *Bel-ennus*.

47 *Bastu-gitas*: antropónimo femenino *Basto-gaunini*, *basto-gisa* (Hü. n 6, 19 de Emporion).

49 *Umar-illum*: ¿con una terminación latinizada? Probablemente relacionado con *nere-ildun*, antropónimo de Sagunto; a comparar con el n° 39.

50 *Tarbanu*: quizá relacionado con el celta **tarvos* «toro». Observar el n° 16 citado con anterioridad.

52 *Alb-ennes*: quizá relacionado con los topónimos ligures en *Alb-*, en especial *Albinnum*.

54 *Tautin-dals*: puramente celta, de **touta-* «pueblo» y *talos* «frente». La *t* tras *n* se ha sonorizado como ocurre en vasco.

55 *Balci-adin* y

56 *Balci-bil*: con el antropónimo (?) ibérico *balce-adin* (Hü. XXXVIII), *balcen...* (Hü. XXX), *balce-biur* (Luzaga)⁶⁷, *balce-uni* (Liria 57), *balca-gal-dur* (Sagunto), *balcarcais* (Azaila). Quizá esté relacionado con el tema celta **bal-co* «fuerza», Do. 230. También antropónimos y topónimos en galo, *Balcianus*, *Balcinium* (Holder). En una pesa de Azaila encontramos *bilos balcarcais*. En este caso el primer elemento de la palabra también parece celta.

También quisiera añadir algunos antropónimos ibéricos presentes en Livio, Polibio y Diodoro (según *Hom.* 485)⁶⁸:

Bilis-tages: a comparar con Alcoy. El primer componente galo *bili-* «buen»?

Coricibilo, un oretano (celta o ibero?): del celta **bilo-* «seguro, a salvo». A comparar con el topónimo galo del tipo *Corobilio* (Do. 248).

Cerdubetus: del celta **cerda* «arte, artesanía» (Holder).

Baes-adines: propiamente ibérico.

Cara-cutios: del antropónimo celta *Caratios*, *Caratacos* Do. 114?

Tautamos: formación del superlativo del celta **touto*, a comparar con *Rigisamus*.

Los restantes términos, *Mandonios* (con respecto al étnico galo *Mandu-bii* Do. 62, topónimo *Mandu-essedum*), *Boriantos*, *Cacuros*, *Nicorontes*, *Orisson*, *Edecon*, todos ellos suenan más cercanos al celta que al ibérico.

⁶⁷ La palabra procede del plomo de Castellón, no del bronce de Luzaga, como trae el texto por error.

⁶⁸ El autor solo señala a GM (= Gómez Moreno) como fuente de la relación de los nombres citados. Se trata del *Homenaje a Menéndez Pidal*.

El material de antropónimos ibéricos (tomados estos en el sentido más estricto de la palabra) que conservamos, nos va a permitir establecer la estructura que presenta su composición. Dominan los términos de dos componentes, como es el caso del celta, griego y germánico. Ahora bien, también se dan ejemplos de un tema más sufijo, como sería el caso en *italico*, *ligur* y *etrusco*.

Este resultado, alcanzado a partir de los testimonios transmitidos en escritura latina, coincide con los resultados obtenidos tras el estudio de los nombres en ibérico, sobre todo los provenientes de epitafios. En este caso también contamos con antropónimos de tres componentes, en cualquier caso solo con dos temas: *isbe-tar-ticer*. El hecho de que en estas inscripciones ibéricas la mayoría de los términos sean antropónimos no solo es verosímil por el carácter del propio testimonio, sino también por la comparación de la estructura de las palabras con los antropónimos de la TS. Otra peculiaridad de la mayoría de los nombres es la ausencia de una terminación de nominativo. Normalmente se encadenan unos temas a otros, por lo que los formantes pueden ocupar tanto la primera como la segunda posición en la secuencia nominal. Algunos temas se ven complementados por sufijos (*ildu*, *tice*, *bel*), sin que podamos afirmar si se trata de sufijos flexivos o derivativos. También es curiosa la oscilación de la vocal en posición final en *balce*, *balci*, *balca*.

Schuchardt (1909: 239) ya sospechaba desde hace mucho tiempo que los iberos han formado sus nombres con dos temas a imitación de los celtas. Añade, a su vez, que nombres celtas e incluso elementos antropónimicos celtas se habrían expandido de manera generalizada entre los iberos, ofreciendo algunos ejemplos en su estudio «Iberische Personennamen», basados, en su mayoría, en el material de la TS. En ese material Gómez Moreno, por el contrario, busca semejanzas con la lengua vasca. Creo haber podido demostrar que el porcentaje celta dentro del legado lingüístico ibérico –sobre todo si nos referimos al legado transcrito en escritura ibérica, al que Schuchardt no tuvo acceso– es superior a lo que Schuchardt supuso; el componente vasco es seguramente inferior a lo sospechado por Gómez Moreno (*Hom.* 491). Si se me echa en cara que las equivalencias entre el celta y el ibérico no han sido demostradas y que podrían responder a la mera casualidad, tendría que replicar que lo mismo ocurre con las supuestas equivalencias entre el vasco y el ibérico, puesto que ni siquiera conocemos el significado de las palabras ibéricas que comparamos. Como, a fin de cuentas, se trata de la cuestión del parentesco lingüístico entre vasco e ibero, sería lícito preguntarse, si en cada reminiscencia vasco-ibérica que intentamos establecer, la lengua celta no tendría más derecho a ser incluida en esa comparación. No podemos excluir el peligro de asociar palabras que presentan una semejanza fonética casual, de ahí que en el caso del ibérico tengamos que decidir si la posibilidad de una correspondencia se inclina hacia el vasco o hacia el celta.

Si recogemos los temas y los sufijos que se dan con mayor frecuencia, podemos presentar el siguiente cuadro:

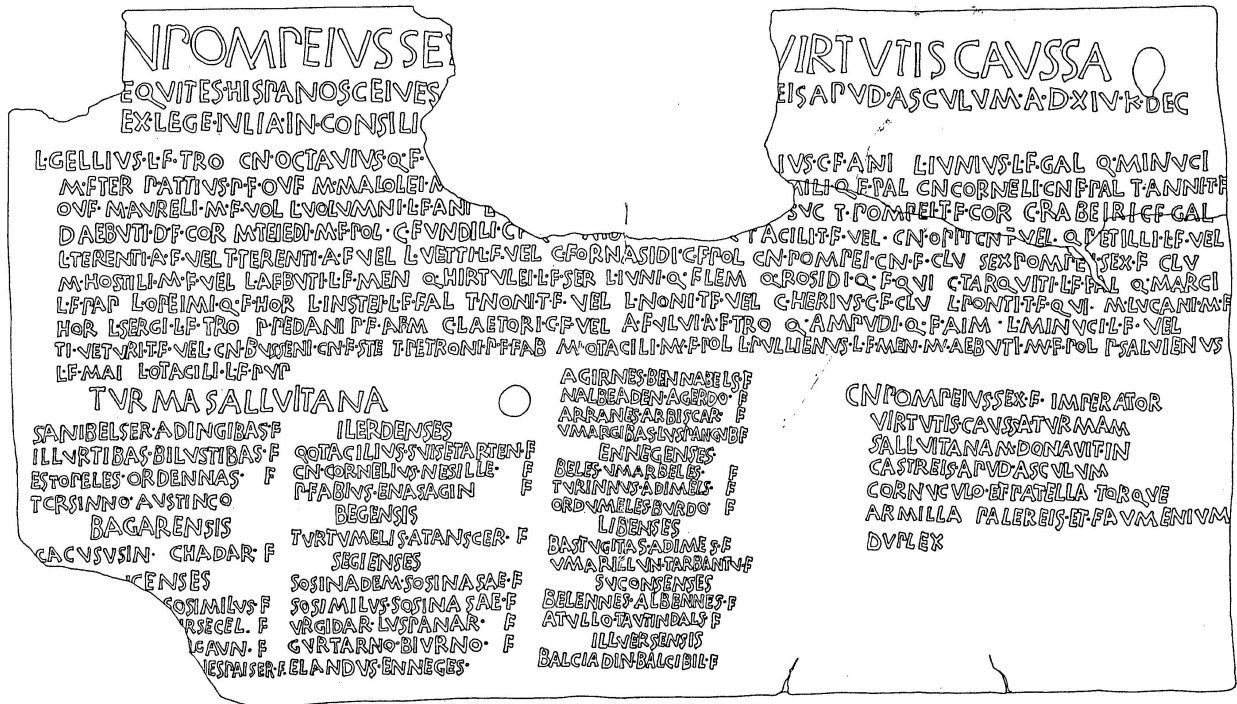
1 <i>adin</i>	9 <i>iltir</i>
2 <i>baiser</i>	10 <i>išker</i>
3 <i>balc</i> (-e, -i-, -a)	11 <i>olor</i> (alor)
4 <i>bast-u</i> (-o)	12 <i>šakar</i> (sacal)
5 <i>biur</i>	13 <i>sosin</i>
6 <i>bel</i> (-eš, -aš)	14 <i>tar</i> (-dar, -ar?)
7 <i>galdur</i>	15 <i>tas</i>
8 <i>ildu</i> (-i, -r, -n)	16 <i>tice</i> (-r)

De los ejemplos mencionados, los números 3?, 6?, 16? podrían ser celtas, mientras que 6?, 13?, 14? serían vascos. Con bastante certeza, podemos considerar aquitanos los ejemplos 6 y 14. Ahora bien, el aquitano no nos permite decidir si el número 6 es de origen celta o vasco, pero parece permitirnos hablar, por el contrario, del carácter vasco del ejemplo número 14.

Cabría la posibilidad de que las correspondencias aquitano-ibéricas, sobre todo en 6 y 14, se debieran a algún tipo de movimiento de población, llegando de este modo a los iberos, aunque en primer lugar debamos pensar en los celtas como transmisores. Parece más plausible la idea de que iberos propiamente dichos habrían llegado hasta Aquitania. Así se podría explicar que el aquitano (o lo que nosotros conocemos bajo este nombre) constituya una tercera rama, junto con el vasco primitivo y el celta, que presenta diferencias con respecto a estas dos últimas lenguas, pero que parece mostrar ciertos puntos de contacto con el ibérico. Los prehistoriadores opinan, de hecho, que una parte de los iberos, que se expandieron desde sus asentamientos originarios en la costa sur de la Galia hasta el Ródano, fueron empujados hacia el oeste por los celtas en el siglo V a. C.

Por lo que se refiere a la cuestión vasco-ibérica, y tras el estudio de los citados antropónimos, llegamos a una conclusión curiosa y al mismo tiempo muy importante. Los portadores de muchos, si no de la mayoría de los antropónimos de la Turma Salluitana (*segienses*, *libenses*) son posiblemente vascones y se considera a los vascos como sus descendientes. Sin embargo, sorprendentemente, los nombres propios coinciden con la lengua vasca solo en contadas ocasiones. En cambio, los antropónimos vascones casi no presentan diferencias tanto en la estructura como en la composición de sus elementos con respecto a los términos ibéricos de la misma fuente (TS, *Ilerda*), ni con otros testimonios ibéricos que se extienden hasta casi llegar al sur. Este hecho llamativo no se puede explicar ni siquiera en parte, por la razón de no contar con un material de comparación en lengua vasca homologable, es decir, por la carencia de antropónimos vascos propiamente dichos, ya que la mayoría de los antropónimos aquitanos de un solo elemento se pueden considerar en su mayoría como vascos.

Por tanto, está claro que se da una estrecha relación entre el vasco y el aquitano. En contraposición, la coincidencia entre la lengua vasca y los antropónimos vascones compuestos de dos elementos no nos ha llevado muy lejos y los resultados de esta comparación son un tanto inciertos. Ahora bien, esta comparación se presenta mucho más clara y evidente si se comparan con los restantes antropónimos de la zona de *Caesaraugusta*, que corresponderían al tipo ibérico más extendido.



Bronce de Áscoli, con los nombres de los equites de la *Turma Salluitana*

V. -El parentesco lingüístico

El resultado principal de las investigaciones de Schuchardt es el haber establecido un cuadro de la declinación ibérica con un armazón bastante estable, con la que debería corresponder en lo esencial la declinación de la lengua vasca (ID 62):

<i>Singular</i>		<i>Plural</i>
Nom.	-ce
Gen.	-n (-m)	-cen
Dat.	-i (-e)	-cei (-ceai)
Instr.		-ciś
Act.		?

Schuchardt ha expresado la necesidad de un examen profundo y detallado de sus resultados y ha rechazado un voto de confianza generalizado. A pesar de ello, la ciencia, a excepción de Vinson que no aceptó sus tesis sin haberlas estudiado en detalle, aplaudió sus ideas basándose en el principio de autoridad. Pero en su momento no hubiera sido posible rebatir una teoría que se había construido en base a una extraordinaria perspicacia y a un dominio bien meditado de la materia. El cambio definitivo llegó cuando las lecturas de Hübner, ya superadas sobre todo en lo referente a la escritura ibérica septentrional, fueron reemplazadas por las lecturas de Gómez Moreno, que han hecho cambiar de manera sustancial el contenido fonético de muchos de los términos. A partir de ese momento, y siguiendo de cerca los nuevos estudios relativos a las características fonéticas de los testimonios con los que contamos, se diferencian con claridad varios grupos en una gran parte de la península, que aparentemente responden a una distinción lingüística: celta e ibérico. Con ello se dejó de lado una gran parte del material, incluso el mayor, es decir, el que había sufrido la influencia indoeuropea y las inscripciones suribéricas que aún no han sido interpretadas, puesto que no nos servía de ayuda en la discusión del problema vasco-ibérico. Por otro lado, se cuenta con nuevo material, de ahí que ahora sería el momento oportuno para revisar las conclusiones de Schuchardt sobre una base que ha cambiado de una manera tan esencial.

De momento vamos a dejar de lado las inscripciones galaicas. Su carácter fonético tan típicamente celta, incluso en aquellos textos que no han sido interpretados en detalle, no nos abre la posibilidad de encontrar terminaciones flexivas ibéricas. Si se quisiera clasificar estos testimonios como inscripciones ibéricas con gran cantidad de términos léxicos celtas, tendríamos que establecer algún cambio en la transcripción de los fonemas ajenos al ibérico, es decir los grupos consonánticos, para poderlos integrar dentro del sistema fonético ibérico. Pero este no es el caso.

Tampoco debemos referirnos a las inscripciones celtibéricas. En algún punto, en el que la inseguridad de la lectura repercute desgraciadamente en la valoración de cada elemento, deberíamos presumir una influencia ibérica más importante, solo con tener en cuenta la cercanía geográfica. Pero su carácter lingüístico general nos aleja del ibérico (al respecto *Hom.* 497s.). De entre los sufijos solo *-n*, que he identificado como el sufijo de acusativo celta⁶⁹, aparece también en ibérico.

Antes de pasar a ocuparme de las singularidades, me gustaría hacer una pregunta de base, que incluso, y desde un principio, pondría en tela de juicio la hipótesis de Schuchardt. Schuchardt cree haber demostrado que las declinaciones del ibérico y del vasco prácticamente se corresponden. Ahora bien, no consigue descifrar el significado de los textos ibéricos partiendo del vasco, ni siquiera de aquellos que estarían supuestamente relacionados entre sí. Tendríamos que haber esperado el fenómeno inverso, es decir, en lenguas que están estrechamente relacionadas cabría esperar una coincidencia léxica entre ambas y una mayor divergencia en los sufijos y en las terminaciones flexivas. Schuchardt toma sus ejemplos de las extremadamente breves inscripciones monetales, que además presentan dificultades para su comprensión y que están expuestas a numerosas interpretaciones. La inscripción más larga y que se lee con más seguridad, la de Alcoy que se conoce desde 1921, no dio resultado cuando se buscó en ella la confirmación de la declinación ibérica.

A la hora de revisar la teoría de Schuchardt me atengo al orden y a los párrafos de ID (p. 31ss.).

1. El nominativo no presenta ningún sufijo, opina Schuchardt. En otro pasaje subraya que ni siquiera el gran detractor del “iberismo”, Julien Vinson, ha descubierto una terminación de nominativo en ibérico. Este juicio parece, en general, acertado, pero es lícito hacerse la pregunta de si, como ocurre en las lenguas indoeuropeas, también es necesario distinguir entre clases flexivas, pues desde este punto de vista el nominativo, aun siendo el mismo caso en todas ellas, presenta terminaciones diferentes, por ejemplo *amicus, familia, homo, mater*. Es decir, si *salirban* junto a *salircen* –según Schuchardt gen. plur.– se identificara también como genitivo, quedaría libre un sufijo *-ba-*, que a la vista del genitivo (?) *bascertiban*, parece documentarse en los nominativos de los antropónimos *Illurtibas* y *Bilus-ti-ba-s*, TS 3, 4 y en otros en *-gibas* (TS 1, 39, 40). Así las cosas, la desinencia de nominativo sería *-s*, en contraposición con la de genitivo en *-n*. Presento este caso un tanto incierto para que nos impulse a reflexionar, sin querer cuestionar completamente la teoría de Schuchardt.

«2 a) *-scen, -ścen...*, genitivo plural de etnónimos, que se han derivado de topónimos». El sufijo ibérico *-es* forma adjetivos a partir de topónimos, es decir, *Ausa: auses*, donde *-c(e)* sería marca de plural y *-(e)n* de genitivo. *Aús-es-ce-n* correspondería al latín *Ausetanorum*. Ya nos hemos referido a este sufijo *-es* al tratar ciertas leyendas de monedas celtibéricas. Curiosamente lo encontramos también en *barścunes, baścunes*, Hü.

⁶⁹ Hoy día, gracias al descubrimiento independiente de Michelena y Schmoll en los tempranos años 60, este signo se lee como /m/ en los textos celtibéricos occidentales.

n 54, que Gómez Moreno interpreta como *vascones* (con alguna duda). Si en este caso no estuviéramos realmente ante el nominativo plural de la forma nominal latina transcrita en escritura ibérica, lo que sería sorprendente, tendríamos que aceptar la presencia de una denominación primitiva de *vascones* provista de un sufijo ibérico. Sin embargo, este sufijo no se conoce en el vasco actual, donde se diría **ausatar*, **bascondar*. No tiene que ver con esta cuestión la *-tz*, que en vasco, en algunas ocasiones, forma derivados de adjetivos y sustantivos, sin que su significado varíe de manera sustancial (*bel-* “oscuro, negro” : *beltz* “negro”; *mehe* “delgado” : *mehatz* “escaso”; *auña* “cabra” : *a(h)untz* (íd.).

En cambio, los otros dos sufijos *-ce* y *-n* tienen sus correspondientes en vasco *-k*, y *-n*. Por ejemplo, *gizon-a-k-en* “de los hombres”, que en la mayoría de los dialectos de hoy en día se ha abreviado en *gizonen*. En vasco, las desinencias flexivas son las mismas en singular y en plural. En singular se unen directamente al tema, *gizon-en* : *hominis*; en plural se unen al tema provisto del indicador de plural, *gizonak-en* : *hominum*. En vasco se podría entender el plural como una especie de sufijo colectivo. Así sería más fácil explicar por qué la unión de un *nombre más k* como formación de colectivo se declina de manera idéntica al nombre en sí. Compárese un fenómeno parecido en etrusco (Brandenstein 1937: 38).

De entre los tres sufijos ibéricos *-ś-ce-n*, el primero es ajeno al vasco, y los otros dos parecen desempeñar la misma función en ibérico que en vasco. Esta tesis es el resultado no solo del estudio de las leyendas monetales ibéricas, sino de que Schuchardt (y su antecesor Boudard, ID 73) siempre han tenido al vasco en su punto de mira y se han referido a esta lengua.

Me pregunto si las conclusiones a las que se llega tras el estudio de estas leyendas monetales con ayuda del vasco pueden ser probadas con ejemplos de las inscripciones. Serán relevantes aquellos casos en los que una palabra aparezca unas veces con y otras sin *-c(e)*, *-g(e)*, lo que nos acercaría a la posibilidad de que estuviéramos ante el mismo término, unas veces en plural y otras en singular. El único ejemplo de este tipo lo encuentro en *salirg* junto a *salir*, Alcoy, que sería el nominativo plural de un supuesto genitivo *salircen* (o *salirgen*). Si el primero fuera un nominativo plural, en sentido del vasco, tendríamos que esperar un verbo finito, pero ninguna de las palabras que le siguen nos permite pensar, ni siquiera de lejos, en una forma verbal vasca. La comparación no nos aporta ninguna claridad sobre el significado del sufijo. La única posibilidad sería considerarlo como una partícula de unión. *Bask* es muy incierto. No veo más posibilidades para suponer un sufijo *-k*.

Encontramos un sufijo *-n* en *garok-a-n* junto a *ba-garok*, Alcoy (la desinencia homófona que se halla en la inscripción de Luzaga no puede ser incluida en este apartado por las razones ya mencionadas). Si en este caso se tratara de un nombre –aunque antes se ha considerado la posibilidad de una forma verbal–, habría que plantear otra vez la objeción ciertamente débil de que el lugar en cuestión, si se considera vasco, no ofrece ninguna posibilidad para un núcleo sintáctico del cual dependería el genitivo supuesto.

De todas formas, debemos aceptar que las inscripciones nos ofrecen un ejemplo con *-g* y otro con *-n* y que no es imposible ponerlas en relación con las hipótesis de Schuchardt. Existe la posibilidad –no se puede hablar de probabilidad– de que se diera una marca de plural *-g* (*-c(e)*) y un sufijo de genitivo *-(e)n*, *-(a)n*, aunque los textos implicados apenas permiten una confirmación clara.

«b) *-cen*, *-cn*, *-gin*, genitivo plural en general». En cuanto a los ejemplos es válido lo ya dicho en el párrafo anterior, a excepción de *crougin*, p. 38, una inscripción celta, que en ningún caso se debe identificar como un genitivo plural ibérico. En esta palabra se esconde la forma celta para “peña, altura”.

«c) *-n* genitivo en general, es decir sin *-c*, genitivo singular... c) a) *-m*». La lectura correcta de Hü. n 3 sería *rotin* (*rodin*), que apenas puede ser el genitivo del topónimo no ibérico Rhode. En *alaun* n 32, de *Allabona*, la *n* pertenece al tema. Los otros ejemplos o son surhispánicos (*sisiren*) o dudosos (*celin*) o celto-latinos: *meduainum* n 70 de *Meidubriga*, *Meiduber* y sobre todo los numerosos casos de las inscripciones galaicas en *-om*, *-um* (p. 40). Ya solo la frecuencia de *m* debería suscitar reparos respecto al ibérico. De la riqueza de los testimonios no queda nada que sea dudoso.

«d) *-tn*, *θn*». Las inscripciones de monedas que cito a continuación, yo las leería como *biricaidin*, *-adin* n 11; *bolscan?* n 47; *teruteru*, *-adin* n 16; (*curucuru* ?) *cecaceadin* n 117.⁷⁰

La última es rara y la escritura de la primera parte parece un tanto sospechosa (falsificación?). Podría haber un genitivo, tal como lo entiende Schuchardt, solo en el n 47 (con el topónimo *Oscá*?). Los demás presentan el conocido *-adin* propio de antropónimos. Las otras leyendas complementarias que nos han sido transmitidas de las monedas de Obulco (ver 41) nos dan una lectura tan insegura que nos ahorramos su discusión. Las inscripciones dobles Hü. XXVIII, XXIX (Sagunto) son, como ya lo ha apuntado Schuchardt, diferentes versiones de una misma. La interpretación correcta de la original –la Hü. XXVIII– tendría que ser *nerseadin balceadin*... De esta manera, no parece que quepa la posibilidad de relacionar el primer término con el vasco *neskato* “niña”. Creo que nos hallamos ante dos antropónimos. Cuando Hübner escribe al respecto «potest igitur fuisse nersenatinis Ilcatondei (filii) vel simile quid» [puede por tanto haber sido nersenatinis Ilcatondei (filii) o algo similar], es algo no totalmente alejado de la realidad, como dice Schuchardt (ID 42), sino que, dejando a un lado las deficiencias de la transcripción, puede ser hasta verosímil.

«e) *-ein*... un genitivo... quizá incluso el de plural». La nueva lectura *-eban*, *-ein*; esta se elimina porque estaría relacionada de manera un tanto incierta con la forma (*śaulein*) en una inscripción celta. No creo que se pueda hablar de una relajación en *-i-* de la marca de plural. Por el contrario, *-eban* y *-ba-n*, que se añade a nombres de persona, podría contener el sufijo *-n* (genitivo?), dado que en una ocasión alterna con *-ce-n*.

⁷⁰ Schuchardt, siguiendo a Hübner, las leía: *bricitn*, *θruθruatn*, *klšθn*, *ecacatn*.

«f) *-qm, -qn, -kon...* de los étnicos en *-qo* o *-qu*». Estas formaciones han sido tratadas detalladamente con anterioridad. Ninguna de ellas es ibérica. Sobre todo, el signo más anti-ibérico de entre todos ellos lo constituye la *-m*. No voy a ocuparme de la interpretación de las inscripciones sudportuguesas, aún sin descifrar (ID 44).

El sufijo *-ida-*, (p. 51), descubierto por Schuchardt, está bien atestiguado, pero en general aparece en temas más o menos claramente celtas (*Abla-*: ¡-bl-!, *Coune-* : ¡-ou-!, *Longe-*). También el antropónimo *Lesur-idan-tar-is* (del nombre de río *Lesyros*) tiene un tema celta y, según Pokorny 1940: 97, ilirio. Solamente el sufijo *-tar-* parece ibérico. No hay ninguna razón para suponer una terminación ibérica o incluso vasca *-ida*. Si proponemos una división en *Lesuri-dan-tar-is*, podríamos considerar el sufijo *-dan-* como ibérico (podría verse una correspondencia con el antropónimo *abar-dan-ban* Liria 57), pero todo esto es muy inseguro.

«3 a) *-qś*, instrumental o ablativo (singular) de un étnico en *-qo*». Los numerosos derivados de *-qos* se testifican, como ya se ha dicho, solo en territorio celta y celtibérico, excepción hecha de algún caso aislado. También en los ejemplos de Schuchardt (p. 54 s.) los topónimos que le sirven para argumentar su hipótesis (*Libia, Velia, Var(e)ia, Calagurris, Ouélouka *Areqovate, Lutia, Argela*) y el étnico (*Tittoi*); *arsagos* y *arsaqoson* (n 67) no han sido identificados, pero se los considera como ubicados en las cercanías de Calagurris. Schuchardt también cree que el ejemplo de Luzaga 1 *areqratoqś* «con mucha probabilidad» se puede incluir en este grupo. En cambio, yo leo esa forma como *areqoraticubos* y asumo en ella la forma protocelta del ablativo plural. En el caso de *augis* y *deiuoreig(i)ś* él mismo se muestra un tanto escéptico. El último término sería más bien un antropónimo celta en nominativo.

«b) *-s, -ś*, simplemente el instrumental (singular)». Debemos eliminar de este apartado los ejemplos n 7 *atabeles*, n 8 *gorbeles*, *iscerbeles*, n 40bb *igorbeles*, n 43h, *igortaś*, pues todos ellos son antropónimos en nominativo. En los nombres de linaje me planteo la duda de si explicar todos los términos con o sin la *-s* de la misma manera, es decir, a partir del celta. Los pocos casos dudosos presentan irregularidades especiales en la terminación, que ni Schuchardt ni Gómez Moreno pueden explicar; sin embargo los ejemplos “irregulares” no hablan a favor de un instrumental en su forma vasca. Tampoco podemos aducir el celtibérico *ceciś*, junto a *cecei* de Luzaga, ID 57.

«4 *-k, -c* activo (sg.) que equivale al vasco *-k*». El comienzo de la inscripción Hü. XXVI reza, según Gómez Moreno, que tuvo la suerte de tenerla ante sí, *aiunibaisear*. El último signo es con certeza *-r*, no *-c*, como lo han leído Schuchardt y Hübner. La inscripción del recipiente de plata de Cástulo no se ha descifrado. El intento por parte de Hübner es, en gran parte, erróneo, de ahí que no nos sirva de prueba para el activo. Los últimos signos Hü. XXXII, 6 y 9 no son, como supone Schuchardt, el ibérico *Ce* (*ucasunic, anedunic*), sino *n* o *l*. *Ce* está abierta hacia la derecha, como se ve en la línea 8 *bas-ce-rtilan*; en aquella, sin embargo, el signo está abierto hacia abajo. El dibujo en Hübner es suficientemente claro.

Tampoco los textos más largos contienen, por lo que veo, ningún ejemplo a partir del cual se pueda constatar un sufijo de activo. Como mucho, la *-g* en *salir-g* (Alcoy) se podría considerar tanto marca de activo como de plural, puesto que en vasco los sufijos para el plural y para el activo se expresan ambos mediante la *-k*. Pero las dudas que me rondaban en el párrafo anterior se intensifican. Si consideramos el sistema verbal vasco como se entiende hoy en día, es decir como transitivo e intransitivo, es válida la regla siguiente: el sujeto de la oración transitiva y el agente en pasiva tienen que estar indicados con el signo de activo. Así, *ni nabil* “yo voy”; pero *nik dakit* “yo lo sé”; *nik egin zan*⁷¹ “eso fue hecho por mí”. Dado que las oraciones transitivas o al menos aquellos grupos que hemos identificado como transitivos son tan frecuentes como los intransitivos, esperaríamos encontrar testimonios tanto de unos como de otros en los textos, ya sean estos breves o más extensos. Frente a la frecuencia de *-k* en vasco, –para el activo plural y singular y para el tema de plural–, llama la atención la rareza de esta terminación en ibérico. Me parece una objeción de peso contra la hipótesis general de que, por ejemplo, la inscripción de Alcoy encubriría una lengua gramaticalmente similar al vasco.

«5. a) *-i, -e* dativo (sg.)». Los dativos de las inscripciones de Iglesias se asientan sobre pilares muy inseguros. Los demás ejemplos en ID 60 o son sudlusitanos y leídos de forma arbitraria, o celtas de los testimonios galaicos en alfabeto latino, o celtibéricos como Luzaga. Aunque Schuchardt cree haber demostrado que el ibérico como el vasco forma su dativo mediante *-i*, esta hipótesis, vista desde la perspectiva del vasco, presenta un punto débil, que él no ha ocultado. A pesar del ibérico, considera seguro que vasco *-i* proviene de la *-ki*, que encontramos como *-ki* de dativo en muchas formas verbales.

«b) *-cei, -ceai*, marca de dativo más plural». Paso por alto los ejemplos de Luzaga así como los celtas. La nueva lectura de Castellón 5, 6 reza *aurunibei-ce-ai, aste-bei-ce-ai-e*, con lo que casi desaparece la semejanza con los topónimos *Aurungis* y *Astigi*. De acuerdo con la teoría de Schuchardt podríamos decir que desaparece afortunadamente, porque así aún nos queda la posibilidad de interpretar el sufijo *-ce* como marca de plural. Pero, ¿cómo podemos explicar la *-a-* intercalada entre la marca de plural y “el dativo en *-i*”? Me parece más fácil considerar *-ai-* como sufijo, que además está atestiguado en varias ocasiones.

Tras efectuar un examen de los materiales presentados por Schuchardt, el esqueleto de la declinación ibérica cambia sustancialmente:

	Singular	Plural
Nom.	--- -s ?	-g ?
Gen.	-n ?	-ce-n ?
Dat.	-i ?	---
Act.	--- -g?	---
Instr.	---	

⁷¹ La construcción es: *nik egina zan*.

De todas aquellas coincidencias con los sufijos flexivos más importantes del vasco, solo nos queda la posibilidad de que cada cual decida añadir ahora uno o dos signos de interrogación a las propuestas señaladas.

Junto a estos puntos de referencia positivos también tenemos que hacer mención a los negativos. En ibérico se han dado ciertos sufijos que en parte desempeñan una función derivativa, pero que al mismo tiempo podrían corresponder a la flexión nominal. La sorprendente *-u* en los antropónimos de Castellón no encuentra ningún paralelo en vasco, como tampoco ningún análogo de *-ai* y *-giar*: Alcoy, Castellón, Liria, Mogente. El ibérico *-gi*, *-ki* (Castellón, Alcoy), podría tener relación con el vasco *-ki* (adverbio), pero el sufijo vasco no nos ayuda a interpretar las formaciones ibéricas con *-gi*, *-ki*.

Por otro lado, el vasco presenta un número de sufijos que del mismo modo se pueden contar dentro de la declinación, en caso de querer emplear esta terminología, como los pocos sufijos que Schuchardt ha incluido en su esquema. Ahora bien, tenemos que admitir que esta limitación está en cierta forma fundada, pues las funciones de nominativo, genitivo, dativo (y acusativo) son las más frecuentes, al menos si tomamos nuestras lenguas como punto de referencia. En cambio, si partimos del vasco tenemos que mencionar el activo como el caso más frecuente. El vasco presenta entre otras, las siguientes desinencias, que podemos incluir en la declinación (entendido este término en el amplio sentido de la palabra).

	<i>Cosas</i>	<i>Personas</i>
1. Locativo	-n	-gan, -bait(h)an
2. Ablativo	-tik	-gan-dik
3. Directivo	-ra, -a	-gana(t), -baitara
4. Partitivo	-ik	
5. Unitivo	-kin, -kila, -gaz	
6. Privativo	-gabe, -bage	
7. Causativo	-gatik, -gaiti	
8. Destinativo	-tzat, -tako, -tzako	

Los casos 2, 4 y 7 aumentan la ya abundante presencia de *-k*, cuya rareza en ibérico ha sido ya señalada anteriormente. Ni en las leyendas monetales ni en los testimonios más largos se encuentra ningún paralelo de todos estos sufijos. Si las declinaciones vasca e ibérica coincidieran tan exactamente como Schuchardt supone, habría que esperar esta semejanza también en otros sufijos, es decir, al menos en los elementos originarios del esquema arriba mencionado en 1, 2 y 4, 3. Los restantes parecen ser algo más recientes, puesto que el sufijo no se une directamente al tema, sino al genitivo: *nere-kin* “conmigo”, literalmente «en mi compañía», de *nere-kiden* (de *kide* “compañero”, cf. Lafon 1936: 62-68). Por consiguiente, en estos casos no estamos ante una declinación propiamente dicha, sino ante la unión estrecha de un genitivo y un caso local. Parece que tendríamos que interpretar por este camino aquellos sufijos cuyo origen no conocemos.

Si echamos un vistazo a todo el material aquí tratado, tenemos que llegar a una conclusión negativa: no hay pruebas para afirmar que el vasco está relacionado con el ibérico o que incluso continúa una lengua ibérica.

